

Carpeta 330 / 12

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

PABLO ALVAREZ RUBIANO
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DE ESPAÑA

LECCION INAUGURAL DEL CURSO 1962-1963

VALLADOLID
1962



carpeta 330/12



**LA HISTORIA
Y EL PROBLEMA DE ESPAÑA**

(Lección inaugural para la Apertura de Curso)

COPIA 468192

Carpeta 330 / 12 BiCe



1>0 0 0 0 4 6 8 1 9 2



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

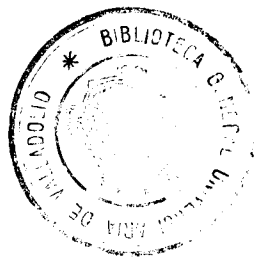
R. 24609

PABLO ALVAREZ RUBIANO

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DE ESPAÑA

(Lección inaugural para la Apertura del Curso 1962-1963)



VALLADOLID
1962

Núm. de Registro: VA. 35/62
Depósito Legal: VA. 329 - 1962

Talleres Tipográficos de la Editorial SEVER-CUESTA.—Valladolid



Magnífico y Excelentísimo Señor,
Autoridades,
Claustro universitario,
Estudiantes,
Señoras y Señores:

Por segunda vez en mi vida universitaria, me corresponde ostentar, en virtud de turno reglamentario, la representación de la Universidad en el solemne acto de la apertura de curso.

Para quienes estamos vinculados, por los sutiles e inmovibles lazos de la vocación, a las tareas universales de la docencia, aquí donde la sed y el goce de la sabiduría son más intensos y fundamentales, la llamada de la Universidad no sólo tiene la fuerza de un mandato, sino que es también como una especie de sollicitación mística que nos arrastra, sin posibilidad de apelar a humanas renunciaciones, al cumplimiento de un deber amorosamente querido, a la sombra del frondoso árbol de la cultura.

Y es gracias a este sentimiento, por lo que lo protocolario pierde su envarada rigidez y el símbolo se vivifica y adquiere el rigor de lo que es auténtico, a través de la emoción renovada de otro curso que empieza, reemprendiendo la marcha, otro año más, por el mismo camino, aunque estamos seguros que el paisaje a contemplar será distinto a la luz de las nuevas aportaciones de la ciencia, o nos descubrirán facetas y matices ignorados bajo los reflejos cambiantes de la mente humana.

En una época de crisis como la actual, donde tantas tradiciones se hunden al paso de las nuevas corrientes históricas, la Universidad no solamente guarda las esencias más puras de su pasado, como cuna de los valores universales del espíritu, sino que sigue siendo, dentro de la sociedad presente, la institución más capaz para la perfección y el progreso de las ideas, de tal modo que cualquiera que fuere, en lo porvenir, el rumbo de nuestra vieja patria, es aquí, en los recintos venerables de las Universidades hispánicas, donde ha de encontrarse la base espiritual para cualquier andadura histórica.

La solemnidad de este rito inaugural, en el que me cabe el honor de ser su humilde oficiante, no debe hacernos olvidar que no sólo participa en él la comunidad de maestros y escolares, tal como definió a la Universidad

el monarca Alfonso X el Sabio, sino también la representación jerárquica de las autoridades y corporaciones, las fuerzas vivas de la sociedad, la Iglesia y el Estado, así como los padres y familiares de los alumnos, muchos de los cuales rememorarán quizá, con sentimiento y con nostalgia, el período fugaz y denso de sus estudios.

Con el peso inevitable de la responsabilidad que me incumbe, me dirijo a todos vosotros, los fieles amigos de la Universidad, para mostraros el fruto de nuestros trabajos y desvelos de un curso académico, lo que en el orden cíclico de la enseñanza, representa el paso y la continuidad, que es también la esencia fundamental de la vida y de la historia.

Por propio deseo, animado de la mejor voluntad, llegué a este centro, ilustre en tantos conceptos, para ocupar la Cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras, y quiero aprovechar esta ocasión solemne —honor es recordarlo—, para evocar el recuerdo de los maestros preclaros del pasado siglo que me precedieron en esta disciplina, desde don Joaquín Rubió y Ors, primero que la tuvo a su cargo, la gran figura que recaló después en su Cataluña natal, para impulsar el movimiento literario de la Renaixença, hasta don Juan Ortega y Rubio, su último titular, a quien tanto debe la investigación de los fondos históricos vallisoletanos, que estimuló y fomentó durante su larga permanencia en esta casa.

Y es también justo recordar, porque son nombres a los que la gratitud no puede tener en el olvido, a los profesores que formaron parte de la Facultad, al restablecerse sus estudios en este siglo, y forjaron una escuela de historiadores con el más depurado sentido crítico, exigentes en el trabajo, liberales en la amistad y el consejo, de los que me beneficié yo mismo en gran manera: Julián María Rubio, Claudio Galindo, Ferrandis Torres, Melón, Mergelina, Sánchez-Albornoz, Velasco García. Con los ojos vueltos a Simancas, meta ideal de sus peregrinaciones científicas, estos grandes maestros de la Historia, canalizaron la actividad investigadora de sus alumnos hacia los repletos fondos documentales que yacen en el viejo castillo, testimonios del mayor esplendor hispánico, con el intento, bien logrado en determinados aspectos, de convertir nuestra Facultad en la mejor Sección de Ciencias históricas de España.

LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DE ESPAÑA

El tema de esta lección, casi obligado por la inquietud de la vocación profesional, es, como habréis supuesto, un tema en torno a la Historia de España, que siempre ofrece, por su dimensión y trascendencia, por las implicaciones constantes de la política y de la filosofía, una vivísima actualidad.

La problemática española de la hora presente ha suscitado, una vez más, el interés retrospectivo de todos, profesionales o no de la Historia, tratando de reelaborar una interpretación de nuestro pasado, que nos explique mejor lo que es España. En relación con esta idea se vienen construyendo, de poco tiempo a esta parte, teorías diversas, que pretenden llegar al fondo del problema, prescindiendo de erudiciones tangenciales.

Tampoco nosotros pretendemos hacer, dada la índole de este trabajo, una labor de erudición, ni de síntesis histórica. Ni, mucho menos, sacar consecuencias políticas de nuestros hechos pretéritos.

Por rigor de metodología elemental histórica, se impone obligadamente el lógico deslinde entre lo que es Historia y lo que cae de lleno en el ámbito de la actualidad, aunque ésta se nos manifieste con las perspectivas más prometedoras y con las esperanzas, bien fundadas, de abrir derroteros eficaces de superación. Vivimos un momento palpitante en el acontecer español, que necesita el paso de los años para que pueda ser debidamente enjuiciado, con la natural y necesaria perspectiva.

En cambio, lo que sí puede ser objeto de nuestra consideración, por ser campo propio de la personal incumbencia, es tratar de encontrar el trasfondo de la complicada urdimbre de nuestra Historia, a la luz, muchas veces contradictoria, de las mentes que intentaron bucear en el alma de España, para encontrar ese sentido de la Historia que buscaba anhelosamente, con el ansia de su conversión religiosa, el profesor García Morente en su oración inaugural del curso 1942 a 1943 en la Universidad Central (1). Pero el

(1) MANUEL GARCÍA MORENTE, *Ideas para una Filosofía de la Historia de España* (Universidad de Madrid. Discurso correspondiente a la apertura del curso académico 1942-1943, Madrid, 1942). Nueva edición, Madrid, 1943. Reproducido también en su obra *Idea de la Hispanidad* (3.ª edición, Madrid, 1947). Inserto más tarde, en unión de otros trabajos del autor, en volumen de Ediciones Rialp (Madrid, 1957), a esta edición haremos referencia.

objetivo es demasiado ambicioso y nos daremos por satisfechos si en este modestísimo esquema, lográramos simplemente iniciarlo.

La tentación del tema hispánico, del destino de nuestro país en estos instantes cruciales, es demasiado honda y demasiado atrayente para que podamos eludirla. En nuestro ser de españoles y de cristianos, nos duelen las diversiones ideológicas que parecen atentar contra la unidad de la patria, aún no rehecha de la pasada tragedia, y arrastrada por las corrientes económicas que configuran el futuro de los grandes pueblos europeos.

El análisis superficial, que es el predominante en los estados colectivos de histeria, nos lleva inevitablemente a la sobrevaloración de los peligros y dificultades del momento presente. Falto de perspectiva y de contraste, el hombre de la calle, agobiado por la aparente decadencia de los valores espirituales, en un clima de noticias adversas, de sensacionalismos deprimentes, se siente fatalmente inclinado al pesimismo.

No es éste un fenómeno exclusivo de nuestra época. En mayor o menor grado, salvando distancias temporales, lo propio ocurrió en la crisis de 1640, tras la quiebra de nuestro Imperio; y en la “débacle” de 1898, tras la pérdida de los restos de lo que había sido la España de ultramar. Es esta última una efemérides relativamente próxima, y por haber tenido una fecunda floración literaria, que resiste victoriosamente al embate del tiempo, tenemos hoy una cabal idea de su positivo alcance en el área nacional.

La literatura del desastre motivó, como natural consecuencia, la llamada generación del 98, de la que nos ocuparemos oportunamente con mayor amplitud, la cual fue una generación pesimista, si atendemos al modo como denunciaron, sin tapujos, ferozmente a veces, las desdichas políticas de la patria. En tal sentido, contribuyeron a aumentar el pesimismo de un pueblo, que despertaba de pronto de su viejo letargo. Pero no es menos evidente que su actitud polémica, sus indignados gritos, sus exageraciones y, acaso más que todo, su soberbia calidad literaria, fueron un poderoso reactivo para hacer un honesto balance de nuestro pasado, buscando la verdad de lo que habíamos sido, de lo que éramos, de lo que todavía podíamos ser.

A la vista de nuestras más íntimas y desnudas realidades, no faltaron espíritus avisados, pertenecientes en algún modo a esa mágica generación de famosos, que, más ponderados en el juicio y sin servidumbres literarias, supieron ver que la nación, aun vencida, tenía todavía reservas morales y físicas para continuar dignamente su devenir histórico. La historia del reinado de Alfonso XIII, contemplado ya con la necesaria dimensión impresa por el transcurso del tiempo, a pesar de sus errores y de las implicaciones inevitables de los imponderables de la política europea, es buena prueba de la profunda vitalidad del pueblo español.

Al cabo de breves decenios, en los que asistimos en la Historia de Europa al orto de la edad actual y al declive de las no ha mucho poderosas nacio-

nalidades dirigentes, apenas el paso de una nueva generación, y un sentimiento análogo de crisis colectiva se produce en torno al futuro histórico, que si para el hombre corriente llega a ser motivo de preocupación y de angustia, para el pensador o el sociólogo, desde sus particulares encuadres, es una panorámica de incertidumbres, que merece un meditado, un profundo estudio.

Sin embargo, creemos que es una tarea eminentemente histórica la de examinar el estado de ánimo de un pueblo, de una sociedad que se siente solidaria de su destino, porque tiene aún conciencia de su pasado.

En este acontecer del mundo, cualesquiera que sean los sentimientos que dividan o agrupen a los españoles, como consecuencia de los estados pasionales de la lucha última —“la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos”, la calificaba el Pontífice Pío XII, desde su atalaya del Vaticano, en su radiomensaje a España de 16 de abril de 1939 (2)—, hay una exigencia ancestral que nos obliga a seguir el común destino del pueblo. Mirándonos hacia dentro, podemos sentir el peso de una situación nacional desfavorable, pero conviene destacar que, en muchas ocasiones, a lo largo de la Historia, el particularismo pesimista de los españoles, cuando se hace colectivo, no solamente pierde virulencia, sino que se convierte, por lo general, en una fuente insospechada de energías.

Profundizar en este tema complejo de las reacciones colectivas de un pueblo tan soberbiamente individualista como el nuestro, es la tarea urgente, a nuestro entender, de los historiadores.

Particularmente nos tienta el problema de España, tan diverso en sus enfoques, que si es para alguno un enigma histórico, para otros es una realización frustrada o un semillero fecundo de iniciativas en potencia, sin dejar por esto de ofrecer puntos racionales de contacto. Llega un momento en que las doctrinas, por dispares que sean, no son antagónicas, sino sólo complementarias, facetas de un mismo conjunto contemplado desde ángulos diversos.

Mirad hacia atrás, a la España declinante de Carlos IV, en los días de la invasión napoleónica. ¿Cómo el pesimismo de una Corte sometida, podría hacer sospechar el heroísmo impar del pueblo?

Habremos de convenir que las lecciones que nos ofrece el pasado son por demás aleccionadoras, y si interesan al pensador o al político, desde sus peculiares puntos de vista, creemos que es el historiador, en la más profunda de sus acepciones, quien ha de darnos, al examinar las causas que produjeron los hechos, una interpretación más acorde con el ideal esclarecedor que en definitiva tiene la Historia.

(2) “Discursos y radiomensajes de Su Santidad Pío XII. I. Primer año de Pontificado”, Madrid, Ediciones Acción Católica Española, 1946, pág. 57.

El tema, pues, se presta sobremanera al análisis y la discusión, que consideramos obligados desde el punto de vista profesional, no sólo por su agudo interés ideológico, sino también por fidelidad a la vocación histórica. Y ya, puesto en el trance de intervenir, con mayor o menor fortuna, quisiera que mis palabras tuviesen la objetividad propia del verdadero historiador, que resplandeciese en ellas el espíritu que presidió mi larga docencia de poco menos de un cuarto de siglo en la cátedra de Historia de España de la Universidad de Valencia, donde tuve el pesado privilegio de ser, al menos oficialmente, el responsable único de ofrecer a mentes juveniles españolas la visión histórica patria.

Formado en la austera tradición de la metodología de mis maestros, que la recibieron a su vez de la Historia-ciencia de Bernheim, imperante en las postrimerías del pasado siglo, consideraba yo como deber fundamental el estudiar la historia nacional con la mayor objetividad crítica, sin disculpar ni silenciar nada, procurando en la medida de lo posible ser estrictamente justo, desapasionado, ante los acontecimientos, para no incurrir en pecado de partidismo o de parcialidad.

¿Pero no será esta postura objetivista a ultranza, que sobrevino como lógica reacción contra las corrientes románticas anteriores, una especie de no intervención —permítasenos la frase, al estilo de la terminología política de nuestros días—, que nada esclarece en definitiva, ni en pro ni en contra, juzgando que los acontecimientos se explican por sí mismos?

Al cabo de estos veinte largos años de docencia, sin dejar de comulgar en la insobornable línea del objetivismo histórico, considero que esta posición, llevada a sus últimas consecuencias, puede inducirnos a la concepción de una historia fría, deshumanizada y, por ello mismo, tan falsa a la postre como la apasionada y lírica imagen histórica de las escuelas románticas.

El profesor García Morente, anteriormente citado, que había de morir, para desgracia de la ciencia de España, pocos días después de pronunciar su discurso de apertura de curso en la Universidad de Madrid, nos decía en aquella magna lección inaugural, tan impregnada de los cálidos efluvios de su reciente conversión religiosa, con una fe nueva por los destinos de la patria, decía —repito— que había que sentar las bases de una interpretación auténtica, nuestra, de la historia nacional, lo cual no significa ciertamente que tengamos que dejar de ser objetivos, sino que la verdad no está reñida con la pasión justificadora de defectos y virtudes raciales.

* * *

Aunque la índole de este trabajo no aconseje la sistematización rigurosa, hemos preferido deslindar las diversas partes de que consta, más que por

seguir un orden lógico, obligado por la conexión gradual que los enlaza, para llegar a las conclusiones finales que nos hemos propuesto.

La primera realidad histórica que nos ofrece el pasado es el medio físico que tuvo por escenario. La geografía nos facilita su estudio, pero no debemos olvidar la influencia recíproca del hombre sobre el paisaje y de éste sobre el hombre, lo que tiene una importancia capital en la evolución de las culturas.

La segunda parte está destinada al acontecer histórico, o sea, a intentar entresacar los trozos más acusados de la historia de nuestro pueblo en las líneas fundamentales de su proceso formativo, integrado por la Prehistoria, la Antigüedad y el Medievo.

A ella seguirá una breve exposición sobre la polémica interpretativa de nuestra historia, cuyo enunciado es lo suficientemente explícito y nos releva de subrayar la importancia de este apartado.

Y, por último, intentaremos ofrecer unas consideraciones valorativas en torno al fenómeno histórico patrio, que será el contenido de la cuarta y última parte de esta lección inaugural.

I. EL MEDIO GEOGRAFICO

La pasión justificadora de nuestra actuación histórica nos lleva directamente, en un lógico proceso esclarecedor, al conocimiento del suelo sobre el cual se ha forjado, a lo largo de los siglos, con migraciones, asaltos, colonizaciones y mezclas de razas y pueblos, esta nacionalidad hispánica a la que pertenecemos.

En España, como en los demás países, el territorio ha tenido siempre una enorme influencia en todos nuestros avatares históricos. La ruda geografía peninsular ha impreso carácter a la población, en cada momento, en cada proceso de su historia.

Conviene, pues, para juzgar adecuadamente la vida pretérita de nuestro pueblo, traer a consideración, siquiera sea en forma brevísima, el escenario natural donde se desarrollaron los hechos, el medio geográfico con toda su gama de motivaciones —territorio, mares, costas, montañas, ríos, climas, etcétera—, que si no determinan de una manera decisiva al sujeto, sí influyen positivamente en su actuación y orientaciones.

No incurramos en la exageración de creer en el determinismo geográfico, porque el medio físico por sí solo no explica la diversidad de los hechos históricos. Pues aunque se admita, por regla general, que los habitantes de comarcas marítimas serán navegantes y los de suelo rico agricultores; sin embargo, no podemos olvidar cómo —pongamos de ejemplo— en un momento crucial de nuestra historia, el del descubrimiento y colonización de

América, los adelantados de la raza fueron gentes de tierra adentro, que apenas si habían oído en sus vidas oscuras el rumor del mar tenebroso.

Aunque la Geografía no produzca la Historia, como pretendiera Hipólito Adolfo Taine, en su "Filosofía del Arte", es evidente que la presión del medio ni puede descartarse totalmente, ni elevarse a la categoría de valor decisivo y absoluto.

Como acertadamente apuntaba don Eloy Bullón, maestro que fue durante muchos años en la Universidad de Madrid, "la geografía no basta para la explicación de la historia, pero sin ella no se explica la historia" (3); y glosando su pensamiento, convengamos en que España se explica, mejor acaso que cualquier otro país, por su geografía, por su áspera, ruda y tremenda facies terrestre.

Si aceptamos la comparación nación-río de Giménez Soler (4), asimilando el territorio al cauce y el elemento humano a las aguas que por él discurren, tendremos un esquema ideal de las constantes históricas que la geografía imprime en pueblos esencialmente dispares.

Existe en ellos, iberos, celtas, romanos, germanos, musulmanes, tan lejanos y distintos entre sí por su cultura, su lengua, su raza, su religión, un trasfondo común que les dio la tierra, empapándolos de la misma sustancia histórica. La sobriedad del ibero primitivo, pongamos por caso, presenta la misma raigambre física que la del español de nuestros días.

Separada de Europa por los Pirineos y rodeada de mar por casi todas partes, España hubiera podido —y así lo hizo, en efecto, en determinados momentos— abstraerse en sí misma, formando la segunda insularidad europea. La otra es, como sabemos, Inglaterra. Pero una orografía cruel y paradójica le impidió sacar el fruto que correspondía a su posición geográfica.

Mientras el contorno le daba una cerrada y robusta unidad física, la anarquía orográfica interna, con sus enormes cordilleras quebrando el suelo en todas direcciones, la dividía en comarcas diversas, frustrando o dificultando el sentido de su historia. Ningún gran río unificador, como el Rhin, como el Nilo, que llevase en sus aguas, a través de toda la geografía peninsular, el mismo espíritu nacional.

Constituye la Península hispánica una unidad geográfica perfecta, bien definida y caracterizada. Con razón hace notar Gómez de Arteche (5) que

(3) ELOY BULLÓN, *Valor educativo de los estudios geográficos*, Madrid, 1930, pág. 67.

(4) ANDRES GIMENEZ SOLER, *La antigua Península Ibérica* (Barcelona, 1918; tomo X de la nueva edición de la *Historia Universal*, de Oncken).

(5) JOSE GOMEZ DE ARTECHE Y MORO, *Geografía histórico-militar de España y Portugal* (Madrid, 1859 y 1880); cf. también M. ROMERALES, *Estudio geográfico, militar y naval de España* (Madrid, 1915).

no cabe posición geográfica más señalada, ni hubo jamás límites más potentes, ni condiciones más ventajosas para la constitución de una nacionalidad.

De aquí que España, por verdadero imperativo geográfico, constituyera una unidad política y que siempre los pueblos peninsulares se hayan considerado ligados por un vínculo común, así como el que sus habitantes hayan adquirido un carácter especial, que los hace inconfundibles con los de las otras naciones.

Pero en esta Península, que a manera de auténtico castillo, se distingue por su inaccesibilidad, se halla enclavado el promontorio que los antiguos designaron con el nombre de "Finisterre", es decir, "el fin de la tierra", el cual señalaba la frontera con el profundo Océano. España era, por consiguiente, una tierra que no era paso para nadie, el último país del mundo conocido, tras del cual ya no había nada. Por eso nuestra patria ha desenvuelto en gran medida su actuación histórica de muchos siglos, en el aislamiento más completo, a diferencia de las demás naciones europeas. Tan sólo cuando por un cúmulo de circunstancias, España tuvo bajo su dependencia Flandes, Italia y América, sacudió su marasmo tradicional, interviniendo decidida en la suerte del mundo. Mas al perder estos territorios extrapeninsulares, con el declinar de nuestro Imperio, desapareció con ellos también su intervención, quedando de nuevo relegada, aislada.

Aislamiento
occidental.

Mirada desde fuera, esta gran piel de toro que se extiende al sur del continente europeo, tiene el perfil de un todo armonioso, de una unidad geofísica destinada a ser el solar de un gran pueblo. Pero desde dentro, el tablero hispánico se particulariza en mosaicos diversos, la unidad se regionaliza.

Unidad y
variedad.

Las regiones naturales de España ofrecen, en verdad, todas las variedades posibles de paisajes geográficos. Teniendo, además, en cuenta, que a lo largo de los siglos las diferentes razas pobladoras de España se establecieron en aquellos sitios en donde las condiciones del terreno les eran más favorables para su desenvolvimiento, de ahí el hecho de que cada comarca ofrezca hoy en día, también, caracteres étnicos propios.

Y, sin embargo, toda esta variedad se halla envuelta dentro de la gran unidad peninsular hispánica. La naturaleza y la historia están de acuerdo en indicar que la unidad de España no puede ser de absoluta homogeneidad interna, sino a modo de un conjunto que abarca y armoniza, respetándolas y protegiéndolas, las diversidades naturales.

Por eso, la unidad ha resplandecido sobre las diferencias en las épocas de grandeza y esplendor y, por el contrario, han destacado con más fuerza las variedades en los períodos de decadencia y debilidad.

Precisamente lo que hace trágico el destino de España, durante largos períodos, no es su aislamiento exterior, sino su separación interna. Las fronteras naturales guardan casi siempre el reposo de los pueblos activos y con-

quistadores. Cuando por la concurrencia concadenada de los diversos factores históricos, encuentra su unidad interna, la España dividida del medievo se lanza hacia fuera, a completar la obra expansiva de alguno de sus antiguos Reinos, y se convierte entonces en la primera potencia del orbe. En dicho período, de pujanza hegemónica, se demuestra, bien notoriamente, que la superación de los particularismos que nos separan y dividen, se resuelve integrándose en un ideal superior, que nos comprende a todos.

La peninsularidad absorbiendo el regionalismo, sin mengua de los valores autóctonos, produce el milagro de ver unidos, por un mismo sentimiento nacional, a castellanos, portugueses, catalanes, extremeños... Camoens, el dulce cantor de las glorias lusitanas, se siente tan español (6) como el vasco San Ignacio de Loyola, puntal de la raza y de la cristiandad, instrumento de la providencia para poner orden y rigor en la Iglesia combatida.

La supremacía hispánica en el mundo duró en tanto en cuanto se mantuvo internamente la fuerza cohesiva de un pensamiento político de ámbitos universales. Cuando a éste le mellan los embates disgregadores de la Reforma, España vuelve a su aislamiento tradicional y a sus seculares querellas. El particularismo geográfico triunfa sobre el universalismo político.

España es, geográficamente, una tierra de contradicciones, de feroces contrastes. El riachuelo seco, de miserables linfas, que se desborda de pronto con ímpetu incontenible; altas y bajas temperaturas, desde el calor tórrido, sofocante, hasta el frío glacial; tierras sedientas, áridas, y valles fecundos; pobreza y riqueza extremas.

Quizá estas desigualdades bruscas, sin transiciones, expliquen en cierto modo el alma del pueblo español, también disyuntivo y contradictorio, como la tierra que le sirve de morada. Su vigor combativo o su indolencia, su entusiasmo o su apatía, su fe creadora o su sequedad espiritual, su heroísmo o su hajeza, en correspondencia con los antagonismos geográficos, constituyen las circunstancias que configuran la relación nación-tierra, de donde surgen las constantes de nuestra historia.

La indiferencia o el pesimismo del pueblo ante las grandes catástrofes nacionales, la pérdida de los últimos restos del Imperio colonial, o de la casi totalidad de América en la generación precedente, que con tanto acierto ha señalado Fernández Almagro, pongamos como ejemplos bien característicos, ¿no tienen acaso la misma raíz biológica que la del campesino castellano, indiferente y apático, con estoicismo de siglos, frente a los infortunios o a las sequías que agostan su cosecha? Y el heroísmo español de las guerras napoleónicas, sin igual en el mundo, ¿no recuerda quizá el ímpetu de la naturaleza de los grandes ríos que bajan, desbordados, de nuestras altas

(6) Bien conocida es su expresión, tan repetida, con la que designaba a sus compatriotas: "Uma gente fortissima de Espanha".

montañas? Y la esencia, en parte demolidora, de la generación del 98, ¿no sobrepasa los límites naturales de una crítica constructiva, de la misma manera que lo hacen, en un sentido diametralmente opuesto, los ultraístas del patriotismo?

Unida la Península al continente africano, antes del cuaternario, España tiene y ha tenido siempre relaciones estrechas con África y Europa, estando destinada, por su situación geográfica, a ser el lazo de unión entre ambos continentes.

Lazo de unión
tierra de epo-
peya.

Crisol de razas y de culturas, supo expandirlas allende su medio geográfico. He aquí cómo Hernández-Pacheco describe sus propiedades en este orden: "País, éste, de atracción de gentes extrañas que en él se asentaron, aportando sus culturas. País, también, de expansión hacia las lejanías de los remotos mares y de los nuevos continentes, llevando los hispanos, con su cultura y su idioma, los productos de la vieja Europa, y difundiendo por ésta los que de allí trajeron. Tierra la Península hispánica, de tránsito y de oleadas de pueblos. Tierra apta para el arraigo y aclimatación de razas y de gentes extrañas. Suelo y *habitat* asimilador y transformador y fijador de elementos étnicos diversos en un pueblo genuino, con características, propias y especiales, de índole física material, espiritual y social, originadas por el influjo complejo de la gea y del ambiente, pues el hombre, como los demás seres, tanto vegetales como animales, es hijo de la Tierra, la cual es madre de todo y de todos" (7).

Añádase a esto que España es el escenario donde se han dado cita, para dirimir su supremacía en litigio, civilizaciones contrapuestas, pueblos que atravesaban los Pirineos y se encontraban con originarios de África en ruta hacia el norte, desde los más remotos orígenes: en la Prehistoria con la intersección de las civilizaciones auríniense y capsiese (8), después con el choque de los celtas del norte y los iberos del sur, y en la Edad Media, la larga pugna entre los cristianos europeos y los árabes, musulmanes llegados del sur y de Oriente: occidentalismo y orientalismo, frente a frente.

Y nuestra última contienda, en su manifestación de alianzas exteriores, ¿acaso no fue en el fondo más que una nueva lucha antagónica entre las posiciones irreductibles de las potencias que a la sazón pretendían simbolizar Oriente y Occidente? Suelo histórico el de nuestra patria, escogido para decidir las querellas más difíciles y trascendentales, como en los comienzos del XIX en la gesta heroica de la Independencia, o como un siglo antes en

(7) EDUARDO HERNANDEZ-PACHECO, *La Península Hispánica en los tiempos históricos*, vol. I del tomo I de la *Historia de España*, dirigida por RAMON MENENDEZ PIDAL, Madrid, 1947, pág. 5.

(8) Para la dimensión exacta de esta afirmación, en el actual momento de la ciencia prehistórica, conviene tener en cuenta lo que sobre el particular apuntamos al referirnos posteriormente a los tiempos prehistóricos.

la contienda de Sucesión, porfiada por Europa contra la omnipotencia del Rey Sol.

La orientación mediterránea

También en el aspecto activo, cuando los pueblos hispánicos alcanzan su plenitud, es el territorio el que condiciona y determina el rumbo expansivo. En el litoral mediterráneo, que recibiera directamente la influencia de los grandes pueblos de la antigüedad, griegos, fenicios, cartagineses y romanos, es donde con más vitalidad surgen los pueblos medievales, que van a ejercer el dominio político del antiguo mar de la cultura. Y, poco a poco, catalanes y aragoneses lo jalonan de conquistas y dependencias de la gloriosa Corona de Aragón, hasta su último confín en la península de los Balcanes, convirtiendo en realidad auténtica la jactancia de Roger de Lauria: el Mediterráneo fue, en cierto modo, un lago aragonés.

La orientación atlántica.

De igual manera, el litoral atlántico, con su eminencia o atalaya que señalaba el "finis terrae" de los antiguos, parecía presagiar para España, por ser la más occidental de las tierras del viejo continente, el dominio de aquel mar tenebroso, envuelto en leyendas y misterios. En el mismo momento histórico en que se produce la unidad interna de España, y con ella alcanza su máxima potencia expansiva, se inicia también la epopeya de nuestros grandes descubrimientos geográficos.

El regionalismo geográfico.

La consecuencia lógica a que nos lleva el estudio del territorio de la Península, es la de considerar en él, desde el punto de vista de la influencia del medio sobre el hombre, la tendencia al regionalismo, a la existencia de comarcas claramente separadas por los accidentes naturales y, al propio tiempo, la tendencia unitaria que proviene de ser una enorme masa geográfica, limitada y aislada por el mar y por la cordillera de los Pirineos.

Estas dos constantes geográficas determinaron, en buena parte, a lo largo del tiempo, las directrices históricas de los pueblos que habitan la Península (9). Es un hecho desigual, que se inclina casi siempre del lado de la orografía, de las montañas que se interponen entre los grupos humanos, condenándoles al aislamiento y la parcelación.

Cuando un gran pueblo, como el romano, intentó la integración, la resistencia de los pueblos que la habitaban fue tan indomable, que solamente al cabo de dos siglos de luchas, pudo conquistarla por completo, en aquella guerra heroica, épica, trágica, con que la España indígena sucumbía, ante el arrollador empuje de la gran cultura unificadora del mundo antiguo.

Sin embargo, la España romana, una vez asimilada la nueva civilización,

(9) AMANDO MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, *Geografía histórica española* (Madrid, 1928); RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE, *Guía y plan para el estudio de la Geografía*, vol. I, *La Península Ibérica* (Madrid, 1918); EMILIO H. DEL VILLAR, *El valor geográfico de España* (Madrid, 1921).

da a Roma, a través de sus emperadores y de sus filósofos y poetas, una savia y un sentido moral que reverdecen el añoso y fatigado tronco imperial.

La breve unidad peninsular, que preparó la integración de los Reyes Católicos, marca el apogeo del predominio del sentido político de la historia, sobre las fuerzas disociadoras y primarias del territorio. Es precisamente el período cumbre de España como gran potencia. Después, cuando el poder del Estado se debilita y se van perdiendo los antiguos dominios, el pensamiento político de España se regionaliza, al tomar nuevamente conciencia de sus divisiones particularistas, pese a la definida unidad geográfica exterior.

Los textos de los autores clásicos referentes a la España antigua, tan admirablemente estudiados por Menéndez Pidal (10), ponen ya debidamente de manifiesto esta cualidad geográfica de nuestro país. Tito Livio consideraba a España como una entidad sustantiva, y el africano Floro empleaba la frase "Hispania universa" para designar, en compacto conjunto, a la colectividad humana peninsular.

Textos clásicos.

No estaría de más profundizar en la atracción que España ejerce, en muchos períodos de su historia, sobre espíritu preclaros de lejanos países. El hispanismo no es un fenómeno de la historiografía moderna. Siglos atrás los grandes autores griegos y romanos ensalzaron, a veces hasta la hipérbole, los encantos de la vieja Hispania, dando lugar a la leyenda áurea de una geografía fabulosa. En dos colecciones principales, llevadas a cabo por Fernández-Chicarro y Magariños, se ha recogido este conjunto de alabanzas de España (11).

La unanimidad en el elogio, la constancia en el mismo criterio a lo largo del tiempo, son motivos que inducen a pensar en la existencia de una civilización hispánica, admirablemente enmarcada por un medio adecuado, que estaba por encima, exceptuando a Grecia y Roma, de la mayor parte de los pueblos de la antigüedad. Esta corriente ponderativa enlaza con la de la Edad Media, culminando en los encendidos cánticos de San Isidoro y de Alfonso el Sabio.

Digno es también de destacar que si la Meseta, geográficamente es considerada por Reclus como la España por excelencia, porque imprime carácter a su geología, a su morfología y a su clima y vegetación (12), constituía

(10) RAMON MENENDEZ PIDAL, *Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política*, vol. I del tomo I de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, 1947, págs. LIII y LIV; reproducido en *España y su Historia*, Madrid, 1957, pág. 68.

(11) CONCEPCION FERNANDEZ-CHICARRO DE DIOS, *Laudes Hispaniae (Alabanzas de España)*, Madrid, 1948; SANTIAGO MAGARIÑOS, *Alabanzas de España*, Madrid, 1950 (tres volúmenes).

(12) ELISEO RECLUS, *L'Espagne* (capítulo X del vol. I de la *Nouvelle Géographie Universelle*, París, 1876, obra anticuada, pero útil todavía).

también para los romanos el núcleo cohesivo de la Península: “La representación de España entera —afirma Menéndez Pidal— aparece asumida en los momentos decisivos por estos habitantes de la árida Meseta, más pobres en género de vida que los de la costa, pero que merecen ser señalados por Floro como nervio y vigor de la totalidad de la Península: “Celtiberos id est robur Hispaniae” (13).

Esta es la influencia del territorio en cuanto a nuestro pasado. Mirando al porvenir, aunque sea ésta una presunción más propia del político que del historiador, la Península, por su posición geográfica, superadas por la técnica moderna las desigualdades de su territorio, podrá ser el camino obligado para la circulación de los bienes de la cultura entre Africa y Europa.

A la manera de centinela avanzado entre dos mares, su ventajosa situación en el extremo de Europa, la hace mirar al nuevo continente que en momento máximo de su desarrollo descubriera, llevando al mismo su sangre, su religión y su cultura.

Históricamente, siempre fue así, desde los más remotos tiempos, pues en el pasado las corrientes humanas rompían su ímpetu en las fragosidades de nuestro medio geográfico, dividiéndose, fraccionándose, mientras que en la historia que se está fraguando, España, como acabamos de expresar, está llamada a ser un factor importante de unión entre civilizaciones y economías complementarias.

II. EL ACONTECER HISTORICO EN SU PROCESO FORMATIVO

Notas previas: A) Grandeza y servidumbre de la Historia

Antes de acometer la sumaria exposición que vamos a intentar, convenirá que a modo de previa fijación de posiciones, hagamos una alusión sucinta a lo que, siguiendo una expresión feliz, ya generalizada, enmarcaremos en el concepto de

Grandeza y servidumbre de la Historia

No es propio de este lugar detenernos en la consideración del concepto de la Historia. Pero como todo en ella es motivo de controversia, el sujeto, el objeto, el carácter, el contenido, la metodología técnica y pedagógica, la forma de elaboración y exposición, el fin para que se escribe... ; acaso el no profesional de la misma, haciéndose eco de doctrinas críticas y demoleadoras y careciendo, por otra parte, del detenido estudio que todo ello entraña, se adscriba imprudentemente a una posición negativa con relación a la misma.

(13) MENENDEZ PIDAL, *El Imperio Romano y su provincia*, tomo II de la *Historia de España*, págs. XI y sigte. ; *España y su Historia*, pág. 137.

Nada más lejos, sin embargo, de la realidad. En la Historia, como en toda ciencia, se impone necesariamente una distinción fundamental entre lo que teóricamente creemos que es, y los logros, siempre parcos y superficiales, que la investigación puede conseguir; entre la noble aspiración, ya formulada por Cicerón como primera ley de la Historia: “No atreverse a decir nada falso; después, no dejar de atreverse a decir verdad alguna, de suerte que no haya sospecha ni de favor ni de aversión” (14), y las realidades aportadas por la historiografía en su tarea esclarecedora.

Olvidan los detractores de la Historia, por las imperfecciones y limitaciones de su elaboración, que lo mismo puede afirmarse de la Justicia, del Derecho, de las ciencias todas. La mente humana puede llegar a concebir, en su forma arquetípica, lo que las más excelsas entidades puedan ser en su esencia; pero no porque comprobemos la realidad, siempre variable, ofrecida por la evolución de las instituciones, llegaremos a negar su existencia.

Entre la Química de Lavoisier y la del momento actual, existe una diferencia bien notoria; mas no por ello negaremos a aquél su categoría de hombre de ciencia, ni constataremos, con soberbia supervalorativa, que en su tiempo la Química no existía. Porque, de hacerlo así, lo mismo dirán de nosotros las generaciones que nos sucedan y aporten descubrimientos y motivaciones nuevas al contenido de las diferentes ciencias.

Acaso lo que constituye el principal defecto de los estudios históricos sea su aparente facilidad, que inclina hacia ellos a personas que carecen de la preparación necesaria que se exige en otras ciencias. Intrusismo perturbador, que hacía decir a uno de los historiadores más valiosos de nuestros días, si no convendría poner a la entrada del almacén histórico, rememorando una frase del físico inglés Eddington, el siguiente aviso: “Cerrado a los curiosos e impertinentes. Sólo se permite la entrada a las personas solventes, debidamente autorizadas” (15).

Lejos de la posición demoledora de la Historia, formulada por Nietzsche, en su apasionada diatriba “De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida”, uno de los caracteres fundamentales de nuestra época, a partir de los comienzos del siglo XIX, es precisamente el ser de una sensibilidad histórica como no hay ejemplo en el pasado del mundo. Los hombres vibran en nuestro tiempo ante todo lo que es la relación del presente con el pasado. Con razón Wilhelm Dilthey expresó con todo acierto que “el hombre no es sólo naturaleza, sino Historia” (16).

(14) CICERON, *De Oratoria*, II, 15.

(15) JAIME VICENS VIVES, *Mil lecciones de la Historia. Los grandes temas de la política y de la cultura universal*, tomo I, Barcelona, 1951, pág. 5.

(16) Una de las exposiciones más densas sobre los problemas teóricos de la Historia, la ofrece JUAN ANTONIO MARAVALL, *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, segunda edición, 1961.

Pero la misión de la historiografía, en su afán por esclarecer el pasado, tendrá por fuerza una limitación fundamental, en orden a la explicación de la aparición y desaparición de las personas y colectividades, puesto que —como decía Morente— no existe más que un fundamento posible en el sujeto de la vida histórica, y ese único fundamento es Dios. El historiador, en consecuencia, se abstendrá de interpretar a Dios y, por consiguiente, también, de toda interpretación de carácter natural o racionalista, sobre el origen y la muerte de los sujetos históricos (17).

Aclarando este concepto fundamental, en el comienzo de su discurso inaugural de Madrid, ya citado, se expresaba así: “Dios envía a su inescrutable antojo la bonanza y la tormenta. Mas durante los períodos de bonanza que a veces concede Dios a la Humanidad el hombre sucumbe fácilmente a la tentación de creer que el paso lento y regular de los acontecimientos, en una normalidad ecuménica, no es obra de Dios, sino efecto de leyes naturales de la Historia, de la sociología, de la psicología, de la economía. El orgullo del hombre llega a veces —sobre todo en tiempos de próspera regularidad— al extremo de olvidar que la suprema dirección del transcurso histórico pertenece a Dios, y creer que la vida de los hombres —tanto la individual como la colectiva— puede quedar íntegramente determinada por las averiguaciones científicas que obtiene el ejercicio metódico de la razón. Pero un día, de pronto, en el horizonte sereno, aparecen densos nubarrones de tormenta. Estalla el conflicto, sobreviene la crisis. La vida —la vida de cada hombre en particular, como la vida nacional y aun la vida de toda la Humanidad— se hace angustiosamente problemática. Las leyes de las ciencias sociales, morales, jurídicas, económicas, esas leyes naturales de que tan ufano se sentía el hombre, revélanse imprecisas, ineficaces, insuficientes, falsas. El hombre —que se imaginaba timonel omnipotente de su propio destino— vese de pronto náufrago en un mar de incertidumbre e incapaz de prever y preparar el futuro más inmediato. Los acontecimientos se precipitan. Vívase en pocos días mucho más y más intensamente que antes se viviera en años. Lo inesperado acontece. Lo que razonablemente podía esperarse no se realiza. La muerte ronda en torno nuestro, nos acecha y cae sobre nosotros como el tigre sobre su presa. Dijérase que la vida se encajona en estrechuras de torrente y catarata y que la Historia acelera su curso, rindiendo en pocos años y aun en pocos meses, trayectorias que en otros períodos, hubieran necesitado para recorrerlas decenios y aun acaso una evolución secular.

“En estos momentos es cuando el hombre vuelve la vista a Dios. El angustioso espectáculo de su pequeñez y de su impotencia le remite al origen

(17) GARCIA MORENTE, *La estructura de la Historia*, ob. cit., páginas 190 y 197.

de toda grandeza y de toda fuerza. El vendaval que sacude las altas construcciones humanas sobre la faz de la tierra, enciende o reaviva en la intimidad de las almas —de muchas almas— la llama clara de la fe, de la serena esperanza y del amor a Dios. ¡Gracias sean dadas a la insondable Providencia, que en estos períodos de probación consiente los males para extraer de ellos muy mejores bienes y a veces para enderezar el curso torcido de muchas vidas, tanto de individuos como de naciones!” (18).

De manera análoga, formulaba su pensamiento el Papa Pío XII, cuando ante las dolorosas pruebas sufridas por la angustiada humanidad en la conflagración última, pronunciaba estas consoladoras palabras, que constituyen, a la vez que un magistral mensaje de esperanza, la fundamentación más perfecta, en nuestro sentir, de la nueva concepción católica de la Historia. Decía así: “...Es creer que en este mundo nada escapa a su providencia, ni en el orden universal ni en el particular; que nada sucede, ni ordinaria ni extraordinariamente, que no esté previsto, querido o permitido, siempre dirigido por ella a sus altos fines... Es creer que a veces puede Dios permitir que, en esta tierra y durante algún tiempo, triunfen el ateísmo y la impiedad, lamentables oscurecimientos del sentido de la justicia, infracciones del derecho, torturas de los hombres inocentes, pacíficos, indefensos y sin apoyo. Es creer que así es como en un momento dado Dios deja caer sobre los individuos y sobre los pueblos pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, por un designio de su justicia enderezado a castigar los pecados, a purificar las personas y los pueblos con las expiaciones de la vida presente...; pero es creer al mismo tiempo que esta justicia continúa siempre, aun en la tierra... inspirada y dominada por el amor. Por áspera que pueda parecer la mano del divino Cirujano, cuando con el hierro penetra en las carnes vivas, un activo amor es siempre su guía e impulso, y sólo el verdadero bien de los individuos y de los pueblos le hace intervenir tan dolorosamente. Es creer, finalmente, que así la dura agudeza de la prueba como el triunfo del mal no durarán, ni siquiera acá abajo, sino un breve tiempo, y no más; pues luego vendrá la hora de Dios, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación, de la alegría y del gozo; la hora en que, después de haber dejado al huracán extenderse por breve tiempo sobre la pobre humanidad, la omnipotente mano del Padre celestial con ademán imperceptible lo detendrá y disipará, y, por caminos insospechados para las mentes y esperanzas humanas, serán restituídas a las naciones la justicia, la calma y la paz” (19).

(18) Ob. cit., págs. 201-3.

(19) Radiomensaje al mundo en la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, 29 de junio de 1941 (*Discursos y radiomensajes de Su Santidad Pío XII. Tercer año de su Pontificado. III-1*”, Madrid, Ediciones Acción Católica Española, 1947, pág. 144).

B) *La influencia extranjera en los estudios de nuestra historia*

Para la debida clarificación del problema histórico español, conviene destacar las dos facetas, las dos caras contradictorias de la historiografía extranjera respecto a España.

La una es la de la leyenda negra, de la que nos ocuparemos en la parte tercera, que más o menos está dominada por un complejo de resentimiento que nace en los días triunfales del Imperio, ante el poderío avasallador de las conquistas españolas, y que perdura aun después del ocaso de nuestra antigua gloria militar.

El Hispanismo constituye la otra cara, que tiene la ventaja, desde el punto de vista historiográfico, de ser absolutamente científica. Debemos destacar, como se merece, esta aportación extranjera, desprovista de partidismo y muchas veces francamente entusiasta, que ha alumbrado zonas enteras de nuestra historia nacional, subsanando nuestro propio descuido y realizando lo que no había hecho la desidia o la incuria patrias.

La ventaja de esta labor es extraordinaria, no sólo por ella misma en sí, por los frutos históricos conseguidos, sino también porque ha eliminado los prejuicios del exterior, e internamente, nuestros propios historiadores superaron, gracias a ella, la etapa del complejo de inferioridad que les inducía a abultar o inventar defectos y casi a pasar por alto los momentos culminantes de nuestra historia.

Pero el Hispanismo ha ido más allá todavía de lo que pudiera haber soñado una noble exaltación nacional. Entusiastas de nuestro pasado histórico, al que contemplan desde la atalaya de la Historia conjunta de la humanidad, los historiadores extranjeros, con una visión universalista, han devuelto a España sus más legítimas glorias, y es por demás significativo destacar, citando tan sólo por vía de ejemplo, cómo han sido arqueólogos, críticos e historiadores extranjeros, quienes sostuvieron el origen hispánico de la cultura de los dólmenes, motivando la llamada teoría occidentalista de la civilización primitiva; o afirman, con Kingsley Porter, en obras de apasionada polémica, la prioridad de lo español en la génesis formativa del arte románico; o sientan, con Salomón Reinach, la estimación valorativa de Velázquez, no vacilando en reputarle el más grande de los pintores que ha conocido el mundo, bajo el aspecto exclusivo de la técnica; o como Ruskin, en fin, nos incluyen, con Grecia y Roma, en la trinidad de los pueblos clásicos.

Respaldados en el prestigio universal de tales maestros, bien podemos sentirnos seguros en el estudio objetivo y desapasionado de nuestra Historia.

LA TRAYECTORIA HISTORICA

Entramos, pues, de lleno en el acontecer histórico del pueblo español, que intentaremos reconstruir en su proceso forjador de la nacionalidad, en sus líneas más esclarecedoras, no con un propósito de síntesis, enteramente inadecuada aquí, sino para conseguir la visión de las verdades fundamentales en la actuación de la historia patria.

Comenzaremos esta sumaria exposición por una alusión obligada a los tiempos prehistóricos en España.

A) OCCIDENTALISMO PREHISTÓRICO

Al adentrarnos en el orbe prehistórico, remontándonos hacia los oscuros orígenes del hombre, que ha dejado en la Península las huellas más abundantes y más significativas de su existencia, debemos ponderar cuanto se merece la formidable aportación científica de los españoles en el esclarecimiento de los enigmas prehistóricos.

Aportación española a los estudios prehistóricos.

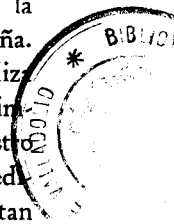
El cronista Pedro Antón Beuter fue el primero en darse cuenta, en 1534, de que las llamadas "piedras del rayo" eran verdaderos instrumentos. Y es que los españoles, al descubrir y colonizar las Indias, se pusieron en contacto con una civilización primitiva, cuyas costumbres y medios de vida, sobre todo en los indígenas más atrasados, fueron decisivos para encontrar significado a los restos materiales de nuestra primitiva comunidad, que hasta entonces habían pasado inadvertidos. La Prehistoria tiene, pues, en sus débiles inicios, un signo claramente hispano, que se corresponde con la importancia de los hallazgos y huellas de los primeros pobladores de España.

No pretendemos sentar conclusiones firmes en materia tan resbaladiza y sujeta a constante depuración, como la de la Prehistoria. Lo que nos importa, por sus afinidades con lo que luego ha sido la historia de nuestro pueblo, es destacar el papel de la Península, y sobre todo del litoral mediterráneo, en el cruce de las culturas primitivas, aludiendo a la hipótesis tan sugestiva del occidentalismo prehistórico.

La abundancia de restos materiales en nuestra Península, produjo, desde el siglo XIX, una gran corriente investigadora en estos estudios, en la que destaca los nombres ilustres de Casiano de Prado, Vilanova y Piera, la figura extraordinaria de Marcelino de Sautuola, descubridor del arte rupestre, el Marqués de Cerralbo y otros muchos buscadores de piedras, de vasos, de cerámicas, que constituyeron la vanguardia de las generaciones científicas de prehistoriadores actuales.

La trascendencia de los hallazgos hispánicos es de tal entidad, sobre

El Paleolítico.



todo para el estudio del Paleolítico (20), del cual tiene géneros exclusivamente suyos, que han sido estudiados por los sabios de todo el mundo.

Fijémonos en un detalle por demás significativo. Dentro de las fases de la industria del Paleolítico superior, tenemos en primer término el llamado auriniense en Europa y el capsense en Africa, que son las dos formas distintas en que evoluciona el musteriense o etapa final del Paleolítico inferior. Pero en España, sin embargo, se dan manifestaciones típicas de ambas culturas (21).

Si en la Península son importantísimos los hallazgos de materiales para los usos cotidianos de la vida y para la lucha constante con la naturaleza; si coexisten, aunque quizá no cronológicamente en ella, dos civilizaciones distintas, la europea y la de los microlitos; si conserva, en fin, restos preciosos que permitía antes inducir el paso del chelense rumbo a Francia (22); más singular es aún la floración en España del arte cuaternario, que hace patente, en las difíciles circunstancias en que vivían estos pueblos remotos, la existencia de seres dotados de una increíble sensibilidad para el arte.

El hombre prehistórico no solamente produce hachas e instrumentos de toda índole, sino que tiende a imprimir en ellos detalles que revelan una balbuciente conciencia artística, que bien pronto alcanzó perfecciones y calidades (23).

En el Paleolítico superior es cuando realmente se desarrolla y alcanza este arte sus cimas más excelsas. Al producirse en dicho período un brusco cambio de temperatura, el hombre se refugió del frío en las cuevas, en las

(20) Obras fundamentales: HUGO OBERMAIER y ANTONIO GARCIA BELLIDO, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* (Madrid, Revista de Occidente, 1941; varias ediciones); LUIS PERICOT GARCIA, *La Cueva del Parpalló (Gandía)* (Madrid-Barcelona, 1942); *Historia de España*, dirigida por MENENDEZ PIDAL, tomo I (Madrid, 1947), etc.

(21) En el estado actual de los estudios prehistóricos, se muestra como totalmente insostenible, la antigua tesis, mantenida por los prehistoriadores hasta no hace mucho, que dividía a la Península en dos zonas, la llamada franco-cantábrica europea y la capsense africana, localizada ésta especialmente en el Levante y Sur de España. Pero no es menos cierto que, a reserva de más detenidas conclusiones, basadas en las investigaciones, aún incipientes, de la Prehistoria de Africa, existen relaciones de la Península con el continente africano durante el Paleolítico superior. Tal es la orientación expuesta y ampliada con gran simpatía por investigador tan autorizado como el profesor LUIS PERICOT, recogida igualmente por MARTIN ALMAGRO en su síntesis expositiva del Paleolítico español, en la *Historia de España* de MENENDEZ PIDAL (vid. especialmente págs. 389-399).

(22) Tesis ya desechada, puesto que incluso la denominación de chelense, aportada por MORTILLET en su clasificación del Paleolítico antiguo, ha desaparecido enteramente, sustituyéndose por la de abbevillense.

(23) MARQUES DE LOZOYA, *Historia del Arte Hispánico*, tomo I (Barcelona, 1931; nuevas ediciones).

grutas, y allí, disponiendo del ocio, perfeccionó la contemplación de los animales, a que la necesidad le impulsaba, descubriendo dentro de sí la llamada artística.

En España son particularmente importantes las manifestaciones del arte moviliar. Pero la culminación de la sensibilidad de nuestro remoto antepasado, al captar con una intuición milagrosa la belleza de las líneas y de los perfiles, que proyectan hacia la eternidad de larte las primeras figuras en movimiento, la constituye el denominado arte rupestre, más reciente que el moviliar, y cuyo descubrimiento, en la zona cantábrica, en 1880, se debe a un español, Marcelino de Sautuola (24).

Manifestaciones de arte rupestre sólo existen, además de la Península ibérica, en el sur de Francia. El área de localización es, pues, reducida, y denuncia la existencia de una cultura refinada, cuya singularidad provocó una agitada polémica en torno a la identificación cronológica de las pinturas descubiertas y estudiadas por Sautuola en las cuevas de Altamira.

Hasta fines del siglo XIX no se conocían otras huellas artísticas del hombre primitivo que las de algunas estatuillas y cierta tendencia simétrica en la fabricación de hachas e instrumentos. El descubrimiento de una pintura figurativa, de calidades estéticas incuestionables, no solamente fue recibida con escepticismo sino que se la tildó de superchería.

Solamente el valenciano Vilanova, interesado en la polémica originada en torno a la autenticidad de las pinturas rupestres de Altamira, defendió a su descubridor, pero la generalidad de los prehistoriadores, algunos de ellos eminentes, como Cartailhac, se negaron por sistema a reconocer, durante mucho tiempo, no sólo sin fundamento científico, sino con saña, la realidad del hallazgo, en el que no veían más que una invención del oscurantismo español.

Cuando posteriormente se descubrió una pintura análoga en Europa, los escépticos, Cartailhac entre ellos, se convencieron de que la cueva de Altamira era una realidad histórica deslumbrante, cuya pintura mereció ser llamada con razón, por Déchelette, "la Capilla Sixtina del arte cuaternario" Pero Sautuola, su descubridor, había ya muerto. Los elogios que se le tributaron entonces, rindiendo culto a una justicia lamentablemente tardía, tuvieron el significado de una reparación moral que mereció en vida (25). Con mayor motivo, cuanto que la cueva está tapiada por terreno cuaternario; las pinturas representan bisontes, ciervos, etc., especies casi extinguidas total-

(24) MARCELINO DE SAUTUOLA. *Breves apuntes sobre algunos objetos de la provincia de Santander* (Santander, 1880).

(25) El propio CARTAILHAC, en 1902, catorce años después de muerto Sautuola, convencido de su error, publicó en la revista francesa *L'Anthropologie*, un artículo con el significativo título "Mea culpa d'un sceptique", para rendir la debida justicia al descubridor español.

mente en aquellas regiones desde hace muchísimos años, y las estalactitas que en ella existen necesitan milenios para formarse. Por todo ello, el error científico es más lamentable.

Si este arte rupestre hispano-aquitano tiene una trascendental importancia desde el ángulo histórico, su interpretación estética nos brinda la posibilidad de ahondar en el alma del pueblo que lo creó. En el milagro pictórico de Altamira se halla en esencia lo que ha de ser una de las características más acusadas del pueblo español, a lo largo de su historia: el realismo.

El hombre primitivo de Altamira, dotado de una fenomenal capacidad observadora, va captando las imágenes del mundo exterior y se ve atraído especialmente por las de los animales, que persigue en sus cacerías. Pero no se detiene ante la mera apariencia. No es el suyo un realismo superficial. El mira más hondo y descubre increíblemente el movimiento, lo rescata para el arte, arrastrado por impulsos mágicos. Tal vez encontremos aquí el hontanar de los dos caracteres más acusados del alma hispánica, el realismo y la espiritualidad, que se dan mano a mano, coincidentemente, en el transcurso de nuestra historia. No hay nada más naturalista en la literatura europea que la picaresca española; ni en ninguna lengua se han encontrado acentos más puros y elevados que los de nuestros escritores y poetas místicos.

En contraste con la pintura rupestre de la zona cantábrica, la del levante español, que fue descubierta principalmente por don Juan Cabré (26), nos da la medida del hombre primitivo desde dentro, representando las figuras humanas con una bien marcada conexión entre ellas, en escenas que simbolizan los actos más importantes de su vida. Y debido a un clima seco y cálido, se localizan en abrigos o salientes de rocas, a diferencia de las cuevas profundas del norte. Hoy en día, se atribuye cronológicamente este arte al mesolítico y aun a etapas culturales posteriores.

Otra característica es la de ser menos realista, menos exactos en su trazado que las pinturas de las cuevas de Altamira, pero las escenas de caza, en las que aparecen juntos hombres y animales, poseen una vivacidad, un asombroso verismo, que delata igualmente el carácter de este pueblo primitivo, de civilización capsiese según la vieja sistematización, hoy derrumbada, del Paleolítico superior español, que venido de Africa o influido por ella, forma en la raíz de los más profundos estratos humanos de la raza española.

Inmediatamente después, hablando en los términos oscuros de la temporalidad prehistórica, aparecen en la Península las manifestaciones más típicas de la arquitectura del Neolítico, los llamados monumentos megalíticos, de los cuales el más importante es el dolmen.

(26) JUAN CABRÉ AGUILO, *El arte rupestre en España* (Madrid, 1915).

Caso singular el de la España prehistórica, que revela el esplendor de sus más remotas civilizaciones: la compleja evolución de los dólmenes aparece en la Península en todas sus manifestaciones arqueológicas y es en ella también donde se encuentran los ejemplares más bellos, especialmente en el orden de los sepulcros de falsa cúpula, en el que destacan la cueva de Menga, en Antequera, el gran dolmen subterráneo de Matarrubilla, el de Soto, en Trigueros (Huelva), la cueva del Romeral, la de Los Millares, etc.

El hecho de que se encontraran también dólmenes de falsa cúpula en Grecia, en el Egeo, motivó la explicación de situar el origen de esta civilización en la antigua Hélade, siguiendo la opinión de Déchelette (27), compartida en España, entre otros, por Gómez-Moreno (28) y Mélida (29). Pero frente a esta teoría, que podríamos llamar clásica u ortodoxa, erigió la suya el alemán Hubert Smichdt (30), pronto secundado por Salomón Reinach, su principal campeón (31), quienes sostienen el origen español de los dólmenes, fundándose en que sólo en España se han encontrado todas las fases de esta civilización, mientras que Grecia únicamente posee estos monumentos megalíticos en su última etapa, la de los dólmenes de falsa cúpula, que pudo ser llevada allí por algún pueblo migratorio.

La cultura de los dólmenes y, por ende, el arte de construir, que según esta hipótesis, nace en España y pasa a Francia, Inglaterra, Centro-Europa y Grecia, con la apoyatura de la evolución de la cerámica, que se ofrece también en la Península, con sus fases completas de desarrollo, ha dado pues lugar —de admitir esta tesis—, a la llamada teoría occidentalista del origen de esta cultura prehistórica, la cual se halla en abierta oposición con la sistematización clásica, cuyo patriarca es Oscar Montelius, que considera la civilización como un proceso análogo al del sol, emergiendo de Oriente para llegar, poco a poco, a las lejanas tierras occidentales.

Existe una primacía evidente de la cultura de la cerámica en España, que culmina en una de sus más espléndidas manifestaciones, la del vaso campaniforme, magníficamente estudiada por Alberto del Castillo (32), que

(27) J. DECHELETTE, *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et galloromaine* (París, 1908-1914).

(28) MANUEL GOMEZ-MORENO, *Arquitectura Tartesia* (Boletín de la Real Academia de la Historia, 1905).

(29) JOSE RAMON MELIDA, *Arquitectura dolménica ibérica. Dólmenes en la provincia de Badajoz*. (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1913)

(30) HUBERT SCHMIDT, *Zur Vorgeschichte Spaniens* (1913).

(31) SALOMON REINACH, *Répertoire de l'Art quaternaire* (París, 1913).

(32) ALBERTO DEL CASTILLO YURRITA, *La cultura del vaso campaniforme* (Barcelona, 1928).

tiene su origen en nuestro país, desde donde se extiende a Francia, Inglaterra, Europa central, septentrional y oriental, y cuyo ámbito expansivo alcanza incluso a Finlandia y Rusia, en un proceso análogo al de los dólmenes, que confirma la posibilidad de la teoría occidentalista de la civilización prehistórica. El vaso campaniforme supone la culminación de la gran cultura hispánica del Pleno Eneolítico.

La Edad del
Bronce.

En la Edad del Bronce, finalmente, también la España primitiva surge en la polémica originaria del predominio de la cultura que utilizaba el estaño para la confección de útiles y armas de guerra, cultura que debería hallarse, como es lógico, en torno a los yacimientos de este metal. De los dos más importantes que se mencionan en la Biblia y en los textos griegos, el de las islas Casitérides, se duda de su localización geográfica. Mientras algunos autores lo sitúan en Bretaña o en las islas Cornualles, al sudeste de Inglaterra, Obermaier identifica Galicia en la pretendida Casitérides, expresión que probablemente pasaría después, según este autor, a designar el territorio de Cornualles.

Y otra vez aparece como fundamento de la tesis occidentalista de la civilización prehistórica, el hecho, constatado por la arqueología, de ser en España donde se sigue en todas sus manifestaciones la cultura del bronce, mostrándose en ella perfectamente el nexo que une la época neolítica con la de los metales (33).

En torno al bronce se formó en la Península un gran foco de cultura, que se propagó después por toda la Europa occidental. España posee en esta época la estación más importante de Europa, El Argar; de aquí el nombre de cultura argárica o de Almería, con que ha sido designada la expansión cultural que nace en el sur de la Península (34).

A la luz de las más recientes investigaciones y estudios arqueológicos, la apasionante hipótesis occidentalista de la civilización prehistórica, se perfila igualmente en el ámbito de la edad de los metales, justificando la leyenda que se recoge en textos clásicos primitivos, aludiendo a un remoto incendio de los Pirineos, de donde nacieron ríos de plata y oro.

Después, en la Edad de Hierro, España tiene ya presencia histórica, pues los hallazgos arqueológicos se refieren a razas históricas, de las que tenemos noticias por los autores antiguos. Se inaugura, en consecuencia, la historia de España propiamente dicha.

(33) HUBERTO SCHMIDT, *Estudio de los principios de la edad de los metales en España* (traducción e introducción de Pedro Bosch Gimpera; Madrid, 1915).

(34) H. y L. SIRET, *Las primeras edades del metal en el sudeste de España* (edición francesa, Amberes, 1887; edición española, 1890).

B) LA ANTIGÜEDAD

1. PROTOHISTORIA: INDIGENISMO AUTOCTONO

A través del fondo legendario de las primeras noticias históricas en torno a España, se vislumbra la cultura de los pueblos indígenas que la habitaban. Legendas y textos.

España era para los griegos antiguos un país de ensueño y, también, el fin de la tierra. Más tarde, en el mundo homérico, aparece igualmente nimbada de leyendas, como la de las Hespérides o el mito fabuloso de Hércules en sus andanzas por el remoto occidente.

Pasemos por alto, sin despreciar su posible aunque lejano fondo de realidad, las leyendas de muchos griegos ilustres, para llegar directamente a Herodoto de Halicarnaso, el llamado "Padre de la Historia", que nos relata la llegada de naves helenas de cincuenta remos al reino de Tartessos, donde reinaba su viejo monarca Argantonio. La versión histórica de Herodoto nos pone en contacto con una civilización muy avanzada, ensalzando las pacíficas costumbres de los indígenas y la magnanimidad de su rey, quien invitó a los navegantes griegos a que se establecieran en su país.

Confirma el testimonio de Herodoto el navegante Kolaïos de Samos, quien se hizo célebre por las riquezas que adquirió comerciando con Argantonio.

Posteriormente, las noticias sobre Tartessos y, en general, sobre la España primitiva, se multiplican prodigiosamente, según puede apreciarse en la recopilación del profesor Adolfo Schulten de las "Fontes Hispaniae Antiquae", recogidas de la historiografía antigua, colección publicada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (35).

No es posible formular conclusiones categóricas acerca del origen étnico de las primitivas poblaciones hispánicas (36). Fundamentalmente, la base originaria de la raza se constituye, según antigua y conocida afirmación, por la aportación de dos pueblos aborígenes, iberos y celtas.

Prescindamos aquí, por innecesarias para nuestro objeto, de las diversas teorías que se han venido dando, desde Humboldt, sobre la procedencia de estos dos pueblos. Los iberos.

Schulten, el gran hispanista alemán, la autoridad máxima, hasta su reciente muerte, de los estudios de la España antigua, creía que fueron los ligures, pobladores del occidente de Italia, los primeros en llegar a Es-

(35) *Fontes Hispaniae Antiquae*, publicadas por la Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección (en el volumen último) de los profesores Adolfo Schulten, Pedro Bosch Gimpera y Luis Pericot (seis volúmenes; Barcelona, 1922-1940).

(36) PEDRO BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica* (Barcelona, 1932).

paña, los cuales son, para Camilo Jullian (37), los supervivientes de las antiguas razas cuaternarias, que no se extinguieron totalmente.

Posteriormente, llegarían los iberos, que son, para Schulten (38), un pueblo berberisco procedente del sur, antes de la última conmoción geológica que desgajó, por el Estrecho, España y Africa.

Fueron los iberos, extendidos por España, los creadores de un gran Imperio, el de Tartessos, así llamado por el nombre de su capital, que tenía una cultura y civilización adelantadísimas, de la que da idea el hecho, recogido ponderativamente en fuentes históricas, de tener escritas en verso algunas de sus leyes.

De este Imperio, que se hallaba situado en el sur de Andalucía y de cuya capital, Tartessos, esperaba encontrar Schulten las huellas en la desembocadura del Guadalquivir, existen en la Biblia abundantes referencias, al hablar del comercio de los fenicios con el extremo occidente.

Este pueblo, que alcanzó en Andalucía un espléndido desarrollo, se extendió por el levante español —Valencia y Cataluña—, llegando, por el litoral mediterráneo, hasta Francia, donde se establecieron en Aquitania y Provenza, principalmente.

Esta expansión, que alcanzó incluso a Inglaterra, puede estudiarse con precisión gracias a la abundancia de restos de cerámica ibérica, que jalonan el paso de este pueblo, así como por el estudio lingüístico histórico, que descubre en todas estas comarcas la impronta de las viejas raíces de la lengua ibera.

Los celtas, La invasión de los celtas completa la base étnica de la España primitiva. Procedentes de Escandinavia, de raza indogermánica, se desplazan hacia el sur, en el siglo VI de nuestra era, obligados por luchas internas, penetrando en España a través de los Pirineos, por el paso de Roncesvalles, que será en adelante la entrada natural de todas las invasiones europeas.

Los celtas constituyen la representación más genuina de los pueblos de la Edad del Hierro, y es en el siglo V, con el descubrimiento de la espada, utilizada por ellos, cuando se lanzan a la conquista de Europa, logrando penetrar en las tres penínsulas meridionales del continente, que tenían ya Historia: a esta oleada responde, en efecto, la invasión de los galos en Roma, el desastre de Delfos en Grecia y la invasión de los celtas en España.

Ocuparon éstos la meseta central, Castilla y Aragón, regiones que no habían sido ocupadas por los iberos, siendo por consiguiente su adscripción a estas tierras anterior a la de éstos. Pero en aquellas comarcas se encontraron con los ligures primitivos, a los cuales expulsan.

(37) CAMILO JULLIAN, *Histoire de la Gaule* (8 vols., París, 1907-25).

(38) ADOLFO SCHULTEN, *Tartessos* (2.^a edición, Madrid, 1945).

Schulten, a base de la toponimia geográfica antigua, ha reconstruido el mapa posible del establecimiento céltico invasor de España.

Mas los iberos que habían traspasado el Pirineo, y poblado el sur de Francia, como antes indicábamos, tuvieron que hacer frente, en estos tiempos migratorios, en aquellas tierras, a una invasión celta, la de los galos. Estos los expulsan de Provenza, en el 400 antes de Jesucristo, y entonces, repasando el Pirineo, regresan a España, pero no por el itinerario anteriormente recorrido; van siguiendo el curso natural de los ríos, y llegan al fin a la meseta, en donde se encuentran con los celtas, allí establecidos desde la invasión del siglo VI.

Los celtíberos.

Sobreviene en estas comarcas más de un siglo de luchas, desde el 400 al 230, acabando por sobreponerse los iberos. Se funda Schulten para esta afirmación, en el análisis morfológico de la misma palabra "celtíbero", en la que, como en tantos otros nombres compuestos, es el segundo el concepto fundamental sustantivo, mientras que el primero es el subordinado o adjetivo; "celtíbero" quiere decir, pues, ibero que va a poblar un país de celtas. Schulten sostiene que esta guerra no sería muy cruenta, y lo prueba, en su sentir, el hecho de que, durante mucho tiempo, convivieron en la Península los celtas, siendo pastores, en las montañas, y los iberos, agricultores, en el centro o en el llano, es decir, en la parte mejor.

Nos es bien conocida la civilización de estos pueblos primitivos, aborígenes de España, designada genéricamente con la denominación de cultura ibérica. Las fuentes clásicas de geógrafos e historiadores, y las excavaciones arqueológicas, en las que han rivalizado con plausible actividad investigadores españoles y extranjeros, han puesto debidamente de manifiesto las varias facetas de su vida pretérita, sus instituciones políticas y sociales, su vida económica, etc., pero fundamentalmente, sus dos actividades más acusadas y trascendentales: la religión y el arte, ambas en rigor entreveradas, como en las restantes etapas de nuestra Historia.

Civilización primitiva: cultura ibérica

Asombra, en verdad, la cantidad extraordinaria de exvotos, en piedra y en bronce, que aparecen en los santuarios de Andalucía y de Levante, los restos de sus templos suntuosos, sus inscripciones, la extensión de sus primitivos cultos, amalgamados después con los de la religión romana. Todo ello nos evidencia la acendrada religiosidad de aquellos hombres, en armonía con una de las tónicas perennes del pueblo español.

Pero la manifestación más esplendente de la cultura ibérica es, sin disputa, el arte, y, su obra cumbre, la denominada Dama de Elche (39), princesa o sacerdotisa ibérica, de perfección maravillosa, una de las joyas

(39) PIERRE PARIS, *Buste espagnol de style gréco-asiatique trouvé à Elche* (Monuments et mémoires de la Fondation Piot, t. IV, 1898); ANTONIO GARCIA BELLIDO, *La Dama de Elche* (Madrid, 1943).

mejores de la estatuaria del mundo. Con frases poéticas, la describe así su descubridor Pierre Paris: "Erguida, grave, un poco rígida; sus labios rosa apretados y sensuales, con un gesto voluntarioso en las mejillas y en el mentón, verdaderamente reina y verdaderamente diosa, ella impera sosteniendo sin fatiga el peso orgulloso de su gran mitra roja, de su diadema adornada de triple hilera de perlas, de las anchas ruedas con sus colgantes, que encuadran su altivo rostro. Sobre sus hombros, un poco cargados, ostenta el amplio manto, sin pliegues casi, y sobre el casto seno muestra en tres vueltas la suntuosidad de los collares". Su anónimo escultor, que tendría probablemente un conocimiento grande de la estatuaria griega, copiaba sin duda directamente de la realidad, puesto que tanto las facciones del modelo como los adornos del tocado, se ven todavía en las huertas de Valencia y de Murcia. Realismo de Altamira, perpetuado al través de los tiempos.

2. APORTACIONES ORIENTALES A LA CULTURA HISPANICA : LAS COLONIZACIONES

La hipótesis
egea.

Las colonizaciones llegadas a la Península, al través del Mediterráneo, nos aportan la cultura de Oriente, que lentamente irá influenciando, con caracteres cada vez más acusados, el modo de ser de la España antigua.

Está hoy enteramente desechada, por falta del necesario apoyo arqueológico, la atrayente hipótesis de la colonización egea, con la cual se pretendió solucionar —por Déchelette especialmente— gran parte de los problemas de la primitiva arqueología hispánica, desde el de la civilización de Almería hasta la cultura balear. La gran *thalassocracia* del Egeo, de poderío marítimo y mercantil bien notorios, pudo alcanzar en un vago reflejo a nuestro país.

Mas como la cronología no concuerda y la arqueología no la afirma, no cabe sentar conclusión alguna a este respecto, dejando una vez más en la penumbra de los orígenes, el problema de los contactos remotos entre Oriente y España, afianzados por el comercio, al que puede aludir, de ser cierta, la inscripción asiria de Sargón I del año 2000 antes de Jesucristo.

La coloniza-
ción fenicia.

Al finalizar el segundo milenio antes de nuestra era, llegaban a las costas españolas los primeros navíos fenicios (40), impulsados por la necesidad comercial de llevar a Oriente, cada vez más necesitado de productos, metales y esclavos. Tras de colonizar Chipre, Rodas y el sur de Italia, arribaron a España; y a fin de tener un punto de apoyo para el estaño de las Casitérides, fundaron en el litoral de la Península varias factorías o colonias, que pronto se convirtieron en centros de activo comercio: Málaka, Sexi, Abdera, Carteia

(40) ANTONIO GARCIA BELLIDO, *Fenicios y Carthagineses en Occidente* (Madrid, 1942).

y la más importante, Gadir, que los relacionaba con los tartasios, el pueblo más culto de Occidente, cuyos antepasados habían construido los grandes sepulcros del Eneolítico.

Existen referencias históricas, del comercio activísimo que los fenicios hacían con Tartessos, la *Tarchisch* de la Biblia, constituyendo una de sus principales fuentes de riqueza, hasta que, tras de la conquista de Tiro por los asirios, pasó a Cartago la hegemonía colonial púnica. Si el tesoro de la Aliseda no tiene par en el mundo, y según Mélida (41), evidencia cómo el comercio fenicio penetró en España hasta establecer contacto con los mercados del interior; es igualmente evidente que su penetración habría de ser de importancia decisiva en la génesis cultural hispánica.

De la importancia de la España fenicia, es auténtico testimonio el templo de Melkart, en Cádiz, hoy quizá sumergido, cuya riqueza era aún famosa en tiempos de Julio César, que lo visitó, hablándonos de él admirativamente en sus "Comentarios".

Otro pueblo de audaces navegantes, el griego (42), llegó también a España, pero su colonización se vio dificultada en los comienzos por el cuidadoso empeño con que los fenicios celaban el misterio de sus rutas marineras. Por ello, hasta que no sobreviene la caída de Tiro, no pueden los helenos participar activamente en la explotación comercial del mercado de Tartessos y de Iberia.

La colonización griega.

Esta nueva colonización no es puramente comercial como la fenicia, sino también religiosa y cultural, llevando a los países con los que establecieron contacto una llama nueva que habrá de enriquecer y perfeccionar a la humanidad.

Los primeros colonizadores griegos fueron los jonios focenses, quienes para asentar sobre bases firmes su empresa, tomaron una serie de puntos de apoyo, muy bien escogidos: así Alalia en Córcega, Marsella en el sur de Francia, y en España Mainake, cerca de Málaga, Puerto de Menesteo, Heme-roskopeion ("atalaya del día"), Hyops y Lebedontia, Kypsela y Pyrene, Kallípolis y, sobre todas, Emporion, la más principal e importante, cabeza del mundo griego en España.

Fue esta ciudad la que conservó con mayor pureza su carácter helénico, aun después de la caída del Imperio focense, como lo revelan cumplidamente las excavaciones realizadas primeramente por la Diputación de Barcelona y, en nuestros días, por el Catedrático don Martín Almagro, cuyos

(41) JOSE RAMON MELIDA, *Tesoro de la Aliseda; noticia del Tesoro en particular y de la joyería fenicia en general* (Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, 1921).

(42) ANTONIO GARCIA BELLIDO, *La colonización griega en España* (Ampurias, 1942).

notabilísimos hallazgos enriquecen el Museo monográfico de Ampurias, de valor excepcional, único en su género.

Y, aunque el área de influencia de ambas colonizaciones, se reparte ampliamente por distintas regiones, una vez más, España, encrucijada de culturas, presenciaba el choque de las dos contrapuestas, la púnica y la griega.

3. EL INTENTO DE DOMINACION MILITAR DE CARTAGO

Hasta aquí hemos hablado de colonizaciones, sin más fin que el comercial, pero a partir de este momento, los pueblos en contacto con la España indígena, pretenden algo más, la dominación militar de nuestro país.

Cartago, colonia de Tiro, fundada en el siglo IX antes de Jesucristo, adquirió enorme importancia al ser destruida su metrópoli, pasando a ser los sucesores de los fenicios. Por su posición geográfica estratégica, cerca de Túnez, frente a Sicilia, pretendieron conquistar el Mediterráneo, desarrollando un sólido poder militar que terminó con la preponderancia de Focea en tierras de occidente.

Su política guerrera impone el dominio en el mar Tirreno. Aliados con los etruscos del centro de Italia, se entabla la guerra, larga y porfiada, que terminará con el desastre naval de la batalla de Alalia, que marcaba el fin de la *thalassocracia* massaliota.

Muy poco después de Alalia, los cartagineses ponían su pie en España, y primero como colonizadores, herederos de los fenicios, y más tarde como conquistadores, no abandonarían la Península hasta su expulsión por los romanos, trescientos treinta años después.

Al enfrentarse con Roma en la primera guerra púnica y ser derrotados en la misma, cambió por incidencia la suerte de la España púnica, trocándose la ocupación colonial en intervención militar, por el esfuerzo de la poderosa familia de los Bárcidas, cuyo jefe, Amílcar, personificaba a la sazón el partido imperialista, que disponía de los destinos de Cartago.

Amílcar Barca desembarcaba en Cádiz, en el año 238, emprendiendo seguidamente la ocupación del Imperio turdetano, con el propósito, en primer término, de compensar a Cartago de la pérdida de Sicilia y, con la base de la dominación de España, hacer la guerra posteriormente a los romanos.

El avance cartaginés bajo el mando de Amílcar consigue la sumisión de las tribus españolas del sur y de la costa oriental, pero se estrella ante los celtíberos de la Meseta. Los caudillos indígenas Istolacio e Indortes, de turdetanos y lusitanos, respectivamente, vencidos por el cartaginés, fueron crucificados; pero la batalla de Hélice, en la que el guerrillero Orissón conseguía la victoria, pone término, con su muerte, a las empresas militares de Amílcar, aun cuando no a su política, seguida por su yerno Asdrúbal y, a su muerte, por Aníbal.

El genio militar de éste, habría de llevar a realización cumplida el ideal de desquite contra Roma, y tras de intentar, con varia fortuna, el dominio total de España, no vacila en desafiar a su enemigo, emprendiendo el sitio de Sagunto, aliada de los romanos.

La porfiada y heroica resistencia saguntina, de ocho meses de duración, tan decantada por Tito Livio, quien pondera admirativamente el valor de aquellas gentes, que se arrojaban a las llamas con sus tesoros antes que ser esclavos del vencedor, nos ofrece el primer testimonio de heroicidad colectiva, de que tan pródiga habrá de ser nuestra Historia.

El ataque a Sagunto, provocaba la segunda guerra púnica, de dieciséis años de duración, que dio ocasión a Roma para intervenir en España, cambiando en provecho propio el dominio aquí establecido. Destaquemos tan sólo para nuestro propósito, cómo en la portentosa marcha, emprendida por Aníbal, iban numerosos contingentes iberos —análogos a los mercenarios españoles, al servicio cartaginés, de la primera guerra púnica—, los cuales contribuyeron positivamente a las grandes victorias militares de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas.

La llegada de los Escipiones a España, para impedir el arsenal formidable de hombres y pertrechos aquí dejado por Aníbal, convierte a nuestro país en teatro de la segunda guerra púnica, iniciando los romanos una política hábil y prudente, que terminará al cabo con la derrota, en el 206, del último general cartaginés, Magón, siendo los púnicos definitivamente expulsados.

El sino geográfico español se manifestaba, una vez más, en aquellos momentos decisivos para la suerte del imperio del mundo antiguo, disputado por las dos poderosas Repúblicas, eternamente enemigas, y fueron los indígenas españoles quienes, al decidirse por la causa de Roma, impondrán la hegemonía de ésta, ya que la contienda, en definitiva, no fue resuelta ni por la superioridad de Escipión sobre Aníbal, ni de las armas romanas sobre las cartaginesas.

El intento de Imperio cartaginés de España quedaba frustrado, y aquella dominación militar pasó por la Península sin dejar de la misma más que el recuerdo de sus afanes de guerra y de sus crueldades y demasías.

4. PROVINCIALISMO ROMANO

La dominación romana, que marcó una huella imborrable en la civilización humana, imprimió también en España una impronta que no pudo ser borrada jamás, a pesar de las distintas invasiones que consecutivamente se fueron sucediendo, de germanos, árabes, etc.

Propiamente, el ciclo histórico de la España romana comprende desde el siglo I antes de Jesucristo, en que con la destrucción de Numancia termina, en rigor, la etapa de la Hispania indígena. En adelante, ya toda Es-

paña se halla dentro de la Historia plena, desenvolviéndose bajo la dirección del pueblo dominador, Roma, período que se extiende hasta su terminación, con las invasiones germánicas, en el siglo V de nuestra era.

Sin embargo, por razones de método, conviene que iniciemos su exposición en el momento mismo en que los romanos comenzaron a tener contacto o intervención en los asuntos de nuestra patria, en el siglo III antes de Jesucristo.

La conquista.

Cuando Publio Cornelio Escipión, vencedor de los cartagineses en España, pasaba a Roma a rendir gracias a Júpiter Capitolino, creyéndose dueño de España, con la expulsión de la Península de sus enemigos, no había hecho en rigor más que vencer a Cartago en España. Se vanagloriaba de haber añadido una provincia más al Imperio, iniciando la política de su expansión, pero se equivocó en doscientos años. Nadie podía imaginarse entonces que habrían de transcurrir dos siglos de lucha incesante, hasta poder en verdad considerar a España provincia de Roma.

La resistencia española, que había apuntado ya, casi a raíz misma del desembarco romano, con la sublevación de Indibil y Mandonio, caudillos de los ilergetes, quienes según Tito Livio mantuvieron la causa de la independencia, harto problemática, seguida más tarde, en la ruta triunfal de Escipión hasta Cádiz, con la defensa heroica de Astapa, cuya población pereció entre las llamas por defender la causa púnica o quizá, más probablemente, por no caer bajo el nuevo dominio; habría de convertirse en lucha enconada, por causa de la transformación social operada en Roma.

Había perdido la vida romana su primitiva sobriedad, imperando el lujo; pretendían los romanos sacar tributos enormes de las provincias, enriqueciéndose a toda costa, a fin de llevar una vida fastuosa en la dominadora Roma. Esto explica la llegada de Pretores, codiciosos y avaros, explotadores procaces de las tierras sometidas, que no vacilan en implantar un sistema regularizado de exacciones y rapiñas, en mayor medida aún que las habían ejercido los cartagineses.

Ello origina la larga guerra, que iniciada por los ilergetes, no habría de acabar hasta la completa sumisión de los cántabros y astures, en tiempos de Augusto. Son sucesivos jalones de esta lucha (43), cada vez más empeñada, las dos guerras celtibéricas, la de Viriato (44) y la de Numancia (45),

(43) PEDRO BOSCH GIMPERA y PEDRO AGUADO BLEYE, *La conquista de España por Roma (Historia de España, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, tomo II, Madrid, 1935).*

(44) ADOLFO SCHULTEN, *Viriato* (Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, 1920).

(45) SCHULTEN, *Numantia die ergebnisse der ausgrabungen*, Munich, 1905-12 (4 volúmenes); *Geschichte von Numantia* (1933; traducción y reducción de la obra extensa, *Historia de Numancia*, Barcelona, 1945).



terminando al fin, con el vencimiento de los cántabros (46), del norte, la definitiva consumación de la conquista romana.

Esta heroica resistencia, opuesta por los españoles al arrollador avance de las águilas romanas, de dos siglos de duración, fue la obra del territorio en complicidad con el carácter altivo y desunido de los indígenas. Y conviene destacar cómo en múltiples momentos de la misma, hasta los propios Cónsules, llegados de Roma, para ponerse al frente de los ejércitos romanos, fueron vencidos; Viriato, verdadero héroe nacional, consiguió vencer a seis Pretores y a tres Cónsules, haciendo balancear el poder de la República, que, en su altivez, no se avergüenza en pedirle la paz y, para vencerle, hubo de apelar al soborno y a la traición, siendo asesinado alevosamente; y Numancia, en fin, convertida en verdadero terror de Roma, en la lucha de veinte años de guerra desesperada, que su nombre inmortaliza, dio a la Historia el ejemplo más sublime de colectiva grandeza, haciendo exclamar al profesor Schulten en su monumental historia de ésta, que hechos como el de Numancia, solamente se encuentran en España.

La falta de unión de los españoles era ya puesta de manifiesto, a raíz de la extinción de la lucha, por el historiador Floro, quien destacaba cómo no supieron unirse contra Roma, porque “de otro modo, bien defendida (la Península) por los Pirineos y por el mar, hubiera sido inaccesible; pero —agrega— no se conoció a sí misma, no conoció sus fuerzas, sino después de haber sido vencida en lucha de doscientos años”. Comentando el texto, Menéndez Pidal destaca cómo Viriato no pudo reunir más que escasas tribus lusitanas, mientras Vercingétori dirigió la unión de todo el pueblo galo para su defensa; y, sin embargo, frente a los famosos doscientos años de la guerra hispánica, bastaron nueve para que César sometiera la Galia.

“España —ha dicho el más importante de los historiadores romanos— la primera provincia del Imperio en ser invadida, fue la última en ser subyugada.” He aquí la más completa apología del genio indomable de los guerreros hispanos.

A partir de la guerra de Numancia, España toma parte en las guerras internas de Roma. En el período de las dictaduras, tránsito entre la República y el Imperio, la guerra de Sertorio (47) tendrá por escenario a España y con sangre española se escribió la misma.

Del mismo modo que posteriormente, en los triunviratos, en los campos españoles habría nuevamente de discernirse la suerte del mundo romano, adscribiéndose los hispanos recién conquistados a los dos bandos rivales de

España en las guerras civiles de Roma.

(46) SCHULTEN, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma* (Madrid, 1943).

(47) SCHULTEN, *Sertorius* (Leipzig, 1926; versión española, Barcelona, 1946).

Pompeyo y César, peleando con encono hasta el triunfo del último en la batalla de Munda (48).

Los estudios de Menéndez Pidal han puesto cumplidamente de relieve la influencia de los Balbos en la obra fundacional del Imperio (49). Ellos representaron, en su sentir, el interés de España en la nueva política preconizada por César. Balbo el mayor, fue el primer Cónsul provincial que hubo en Roma, en el año 40 antes de Cristo, y Balbo el menor el segundo provinciano que obtuviera aquella máxima magistratura, en el 32, siendo también el primer general no itálico a quien se le concedieron los honores del triunfo. Los dos ayudaron al dictador para conseguir la implantación del nuevo régimen de dominación del mundo.

El gobierno del Imperio no será ya patrimonio de Roma ni de sus ciudadanos, porque la soberanía, de las manos del "populus rex", cantado por Virgilio, pasó al Imperator Augusto, monarca divinizado, que regirá en adelante, cada vez más por igual, al pueblo vencedor y a los pueblos vencidos.

Esta precocidad política de los hispanos, en la fundación del Imperio, sólo puede encontrar explicación adecuada en la vieja herencia cultural de las comarcas de la Bética, de donde saldrán bien pronto los hombres que en la generación siguiente implantarán en Roma su dirección hegemónica.

La España descrita por Plinio en su "Historia Natural", aparece ya como el segundo país preeminente del mundo. Pacificada a la fuerza, entregada a las artes de la paz, bien pronto recogió los frutos de su asimilación a la superior cultura de Roma, dando rienda suelta al desarrollo del genio hispánico.

Tras de la edad de oro, coetánea a la fundación del Imperio, sobrevino el florecimiento hispano-latino en el siglo I de nuestra era, el cual fue un siglo enteramente español, siendo los hispanos que afluyen a Roma los más excelsos cultivadores de las letras latinas. Los Séneca, Columela, Mela, Lucano y, más tarde, Quintiliano y Marcial, procedentes éstos de Celtiberia y de Vasconia, ya romanizadas, fueron quienes dirigieron la vida espiritual de Roma, imponiéndola formas nuevas en las esferas del pensamiento y del arte.

Españoles de origen, aunque romanos de forma, aportan en definitiva las singularidades propias de la raza, las cualidades características del genio hispánico, perdurables al través de los tiempos. Los críticos literarios han gustado de destacar en los Sénecas la raigambre de ciertas propensiones

(48) SCHULTEN, *La batalla de Munda* (Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba, 1924; en alemán, 1923).

(49) RAMON MENENDEZ PIDAL, *El Imperio romano y su provincia* (tomo II de la *Historia de España*, págs. XII y sigtes.)

estéticas españolas, que habrían de desarrollarse en el siglo XVII, con el culteranismo y el conceptismo; de análoga manera Menéndez Pidal percibe algo semejante en la "Farsalia" de Lucano y en los epigramas de Marcial.

Detras del florecimiento literario, ejercido por los españoles en Roma, sobrevino el político, con los grandes Emperadores nacidos en España, que llenan todo el siglo II, considerado con razón como el más feliz de la historia del Imperio. Trajano y Adriano, naturales de la Bética, aportan a la política del Imperio, como realizaran también los literatos de la generación anterior, en su respectiva esfera, su genuina manera de ser hispánica, tan diferente de la desarrollada por los itálicos.

Las cualidades y virtudes con que los historiadores romanos les ponderan, evidencian rasgos de la psicología de la raza, inmutable en el tiempo, motivo de extrañeza por su evidente contraste con lo conocido hasta entonces de los Emperadores antecesores. Y, leales a la política del Imperio, la prosiguen y afianzan, consiguiendo el primero, al traspasar el Rhin, el Danubio y el Eufrates, en admirables campañas militares, los límites más dilatados del mismo.

En las postrimerías del Imperio, nuevas angustias militares y políticas, habrían de elevar al solio a otro Emperador español, Teodosio, natural de Cauca (en la Meseta castellana), quien contuvo con su esfuerzo y sus victorias los embates de los bárbaros, ávidos de caer sobre el carcomido edificio, y con sus condiciones de gobierno excepcionales, político de amplias concepciones, abriría nuevo cauce a Roma, al hacer del cristianismo la religión oficial.

La estimación de la España teodosiana, por el retórico galo Pacato y el poeta alejandrino Claudiano, nos ofrece una visión espléndida, postrera, de la romanizada España en los últimos tiempos del Imperio.

La *pax romana* o *augusta*, erigida en sistema del gobierno imperial, permitió a España emerger de su primitivismo indígena, ofreciendo frutos magníficos, desarrollados al contacto de la cultura dominante. Pero justo es reconocer también que la paulatina romanización de España fue el marco adecuado para tal desarrollo.

La variedad geográfica y cultural peninsular, fue consecutivamente dando muestras de los valores hispánicos, iniciando la marcha la Bética y la Turdetania, ponderadas ya por Estrabón en los albores imperiales, por su próspero comercio y sus ciudades opulentas —Cádiz era la segunda ciudad del Imperio en población—. A ellas, siguieron las restantes.

Los distintos procedimientos de romanización, empleados por la metrópoli, consiguieron vigorizar a España, haciéndola apta para que, sin perder sus peculiaridades propias, continuase su vida histórica. La gran urbe, dominadora del mundo, supo en general desplegar una organización administrativa, perfecta y adecuada a las necesidades propias de cada país.

La romanización.

En este proceso de desenvolvimiento, las riquezas de España, que constituyeron desde los tiempos primitivos el acicate de las colonizaciones, fueron puestas a contribución y rendimiento, pero si Roma las explotó, otorgó a los hispanos los beneficios indudables del Derecho, de la religión, de las instituciones, y de la civilización y de la vida romanas, en fin, con su obligada correspondencia en el esplendor de las letras y de las artes.

El bienestar experimentado por la España romana, quedó materialmente reflejado en el amplio desarrollo de las vías y obras públicas dejadas en nuestro país, actividad ésta de la política imperial, que el poeta Lactancio definiría como “infinita cupiditas aedificandi”. Si se tiene en cuenta que había entonces más kilómetros de carretera que los que existen en la actualidad y que nuestros ingenieros, al efectuar el trazado de las mismas, se ajustan en general a la distribución romana, bastarán estas consideraciones para darnos idea de la ingente labor acometida y de la importancia decisiva que realmente tuvo la dominación de España por Roma.

5. EL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

No estaría completo el esquema de la España antigua, si no destacáramos, dentro de ella, la etapa inicial del cristianismo en nuestro país (50). La religión de Cristo, de trascendencia universal, hallaba a España propicia para adoptar la nueva fe. Los pocos misioneros, llegados de Oriente, de Roma o de Africa, habrían de realizar la más callada y grande revolución que ha conocido el mundo.

Hemos aludido con anterioridad a la religiosidad profunda de los pobladores de la Península, así como también a la intervención hispánica, con los Balbos, en la consecución de un régimen de mayor justicia y equidad para la gobernación del Imperio, que el orgulloso y estrecho de la República romana. La moral pura del cristianismo, su nueva concepción de la vida, los fines supraterranos señalados al hombre, por fuerza encontraron amplio eco en la Península, como lo revela el hecho de que ciudades en masa, como Guadix, se convirtieran a la nueva religión.

Al sobrevenir las persecuciones, con las cuales el cristianismo se afianzó más, España se convierte en un país de mártires, los que encontraron en el “Peristéfano” del español Prudencio, el último gran poeta romano, el canto triunfal, adecuado testimonio de tanta grandeza.

La vitalidad de la Iglesia de España, así como su superior cultura teológica, resplandecen en la extraordinaria figura del Obispo de Córdoba, Osio

(50) ZACARIAS GARCIA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España* (tomo I, Madrid, 1929); MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles* (segunda edición).

“el Confesor”, quien presidió el Concilio de Nicea —el primero ecuménico—, siendo el principal redactor del Credo, fórmula de fe para la unión de todos los cristianos. Su figura y su obra extraordinarias, significan el arranque histórico que posteriormente será consustancial también en la España de los tiempos modernos, igualmente empeñada en batallas, materiales y doctrinales, por la defensa de la universalidad espiritual de la Iglesia.

Y fue también otro español, el Emperador Teodosio, quien en el siglo IV declaraba al cristianismo religión oficial del Imperio, consiguiendo implantar la unidad espiritual, y salvando con esta política, que implicaba la supresión violenta de los desidentes, la crisis disolvente que amenazaba a la sociedad de su tiempo, como habrían de hacer en el siglo XV los Reyes Católicos, pretendiendo también la absoluta unanimidad estatal.

C) EL MEDIEVO

I. LA ESPAÑA GERMÁNICA

Comienza la Edad Media con la invasión de los pueblos germánicos. España, que había perdido, durante seis siglos, casi por completo, su personalidad política independiente, recobra de pronto vida nueva en el molde impreso por los conquistadores de España.

La germanidad.

Nos enfrentamos con una aportación racial de estirpe germánica —en unos 200.000 hombres se ha calculado—, volcada sobre España. El vigoroso elemento hispánico, que yacía soterrado e incólume, inmerso en la uniformidad romana, al enfrentarse con los nuevos dominadores, habrá de conseguir, con su asimilación, la formación de un Reino poderoso, que habrá de destacar por el prestigio de su superioridad, sobre todas las monarquías de la época (51).

El pueblo godo, el más culto de los bárbaros, al contacto de los hispanorromanos vencidos, habrá de desarrollar una civilización espléndida, en todas sus modalidades, que destacará por su proyección y alcance en toda Europa. El Reino de Tolosa y la corte visigoda de Toledo, brillarán con luz propia en las brumas que sucedieron al derrumbarse la mole del carcomido Impero romano.

(51) *Historia de España*, dirigida por RAMON MENENDEZ PIDAL (tomo III, Madrid, 1940); AURELIANO FERNANDEZ GUERRA, EDUARDO DE HINOJOSA y JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la Monarquía visigoda* (Madrid, 1897, 2 tomos); EDUARDO PEREZ PUJOL, *Historia de las Instituciones sociales de la España goda* (Valencia, 1896, 4 tomos).

Sus ingentes monumentos legislativos fueron el modelo de los demás Códigos bárbaros, incluso de pueblos lejanos, imitadores serviles, hasta bien avanzado el siglo VIII, de nuestras leyes góticas. El poderío de Eurico y el esplendor de Alarico II, no fueron, en verdad, obra exclusiva de la pujanza de las armas, sino manifestación evidente de neta superioridad, bien puesta de manifiesto en la notoria diferencia entre la corte, ya romanizada, de los visigodos, y las de los rudos merovingios, como habrán de poner de relieve los desdichados matrimonios de las dos hijas de Atanagildo, Brunekhilda y Gelesvinta.

El contraste, de dimensiones bélicas en ocasiones, entre visigodos y francos, revela cómo aquéllos elaboraron una superior cultura que culminará desde el momento en que, con la conversión de Recaredo al catolicismo, las dos razas se fusionan y ofrecen a la admiración del mundo la lograda realidad de la época isidoriana.

La “Lex Visigothorum”, culminación de la labor jurídica de aquel pueblo, ejerció conocido influjo sobre las primitivas legislaciones occidentales de salios, burgundios, alamanos, bávaros y longobardos.

San Isidoro de Sevilla, con su labor portentosa —por cinco siglos sus obras representaron la más alta ciencia para todos los hombres de occidente, y durante un milenio duró su utilidad inmediata—, fue alma del primer renacimiento cultural de Europa, produciendo además la última actividad intelectual de los romanos provinciales. El movimiento por él iniciado —la llamada escuela isidoriana—, llevaba en sí energías prometedoras de ulteriores frutos, permitiendo esperar —como asevera Menéndez Pidal (52)— que el Reino toledano pudiera guiar la restauración de la cultura en Occidente, mediante la integración a la misma de los germanos, pues España, mucho antes que ningún otro pueblo, los había incorporado. Pero la invasión musulmana de España interrumpió este proceso, que sólo habría de renovarse un siglo después, con la obra de Carlomagno, al provocar un nuevo despertar de Europa a la vida cultural.

La monarquía visigoda católica, en cuya constitución tanto influyeron los dos hermanos Leandro e Isidoro, que no fue ciertamente una teocracia —son palabras de Menéndez Pidal—, consiguió por obra de los Concilios, establecer la compenetración entre la Iglesia y el Estado, pretendiendo una coordinación adecuada y armónica entre ambas potestades.

Las rivalidades políticas, verdadero morbo de España, en ésta, como en tantas otras épocas, provocó con la intervención de Justiniano, la llegada a España de los bizantinos, y la ocupación de la Cartaginense y gran parte de la Bética por sus ejércitos.

(52) MENENDEZ PIDAL, *Universalismo y nacionalismo. Romanos y germanos. Introducción* al tomo III de la *Historia de España* (Madrid, 1940).

Pretendía el Emperador de Bizancio la restauración del Imperio romano, rescatando las tierras de Africa, Italia y España. Pareció por un momento que su labor iba a detener el proceso de formación de los Reinos germánicos, y acaso alcanzase su propósito, a no ser por la interposición en el empeño de los monarcas visigodos, que conscientes de su personalidad y de su significación, no se dejaron suprimir, como los ostrogodos y los vándalos.

El propio Atanagildo, que provocó la llegada de los imperiales, dándose cuenta de su alcance, trasladó a Toledo la capitalidad del Reino, para poder atender y vigilar mejor todos los elementos componentes de la monarquía y, casi desde entonces, comienza la lucha por rescatar aquellas porciones imprudentemente cedidas, que no cesará hasta su expulsión definitiva, en el 624, con la toma de los Algarves por Suintila.

La presencia material de Bizancio, en este tiempo en España, influyó poderosamente, pese al antagonismo político fundamental, en la cultura hispánica. Bizancio continuaba siendo el centro capital del mundo, y en ella completaron su educación personalidades de la talla de Juan Biclarense, que permaneció en ella durante diecisiete años, consagrado al estudio de las letras griegas y latinas, o de San Leandro, que allí marchó en misión diplomática.

2. LA ESPAÑA MUSULMANA

Al derrumbarse con estrépito el ciclo de la España germánica, se inicia un período sumamente importante de nuestra Historia, el de la dominación árabe en España.

La aportación islámica y su significación histórica.

Nuestro país, tras de la conquista romana, no era más que una parte, con peculiaridades propias, del magno Imperio de la civilización del Lacio. Este sedimento cultural, subsistió en España siempre, aun después de desaparecida Roma.

La nueva dominación (53) aportada por los seguidores de Mahoma, influyó también extraordinariamente en el país, de tal modo que le marcó un sello, una característica también imborrable, que es quizá lo que principalmente distingue a España de las demás naciones. España durante mucho tiempo estuvo sujeta al mundo musulmán. Durante la Edad Media las letras, las ciencias, las artes hispano-musulmanas alcanzaron gran prestigio; la España musulmana consiguió la primacía cultural de su tiempo.

(53) RENIERO DOZY, *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-110)* (Nouvelle édition, Leyde, 1932, 4 tomos; traducciones españolas, de las primeras ediciones, de F. DE CASTRO, 1878, y MAGDALENA S. FUENTES, 1920). CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ, *La España musulmana* (Buenos Aires, 2 volúmenes); *Historia de España*, dirigida por MENENDEZ PIDAL, (tomos IV y V, Madrid, Espasa-Calpe).

El acervo hispánico, tan vigoroso y fuerte, que había mantenido su existencia, imponiéndose incluso, a romanos y godos, se impregna ahora de nuevos efluvios, que contribuirán o modelar debidamente su auténtico ser. De tal modo arraigó la civilización hispano-musulmana en el alma nacional, que, en la actualidad, en todos los órdenes de la vida, lo mismo en la gramática, que en la literatura, el arte, la filosofía, etc., siempre se percibirá una raigambre, más o menos latente, más o menos velada, del mundo musulmán.

El fundamental matiz de profunda diferenciación religiosa, hizo erróneamente considerar a algunos, la vida histórica hispano-musulmana como algo distinto, interesante sí, pero exótico al cabo, de la historia auténtica de España, legítimamente representada en los Reinos cristianos de la Reconquista, herederos de la monarquía visigoda. Pero olvidan los que así proceden que la historia musulmana española y la civilización que llevaron a cabo, es uno de nuestros timbres de gloria más acusados, pues en sangre de España y con cultura española hubo de forjarse. Sin la amplia recepción, por los musulmanes españoles, de la tradición cultural hispánica, de la España anterior al Islam, no podría haber surgido aquella cultura única, que destaca en todo su apogeo en el siglo X (54), bien servida por el poderío de Abderrahmen III y Alháquem II, convirtiendo a Córdoba en “el ornato, la perla del mundo”, como habría de denominarla la famosa religiosa sajona Roswitha.

Desde Asín Palacios hasta Lévi-Provençal, todos los arabistas están de acuerdo con ello, y es natural que así aconteciera, aparte de otras consideraciones de peso, si se tiene en cuenta la superioridad espiritual de los vencidos, en el momento de la conquista, y lo reducido en el número de los invasores —muy pocos orientales y no muchos berberiscos—, establecidos entre los varios millones de la población del Reino godo, políticamente extinguido.

Desde el 711, año de la invasión, hasta el 1492, en que con la toma de Granada por los Reyes Católicos, terminó el último baluarte musulmán en España, mucho más acentuadamente en los primeros siglos, vivieron en la mayor intimidad los hombres de las dos razas y de las dos religiones, tanto en sus formas de paz como de guerra.

Del siglo IX al XI el meridiano de la cultura humana es exclusivamente islámico. Mientras la cristiandad se ve sumida en una noche de incultura, relucen las ciudades musulmanas, de Bagdad a Córdoba, con todo el esplendor de su ciencia, de su arte, de su política, de su cultura, de su refinamiento. Dentro de este amanecer jubiloso, la España musulmana, con sus singulari-

(54) E. LÉVI PROVENÇAL, *L'Espagne musulmane au Xe^eme siècle. Institutions et vie sociale* (París, 1932).

dades propias, ofreció al mundo el plantel ilustre de sus filósofos, poetas, historiadores, místicos, astrónomos y matemáticos, cuya lista habría de llenar de admiración a Menéndez Pelayo, dándole impulsos y arrestos para acometer la reivindicación de la ciencia española.

La historia hispano-musulmana no fue más que una transmutación al nuevo plano histórico, de lo que ha sido constantemente el acontecer hispánico: sublevaciones y luchas, revueltas interiores, antagonismos, persecuciones religiosas, contactos constantes con Africa, expansión en Europa bien pronto cambiada por la intervención de la misma...

De manera especial, por su gran significado, convendrá destacar en esta historia, el movimiento nacionalista español, uno de los aspectos más interesantes de la dominación musulmana, que culminó en la Serranía de Ronda, con Omar-ben-Hafsún, uno de nuestros héroes nacionales, de mayor grandeza quizá que Viriato. Quienes intervinieron en aquel movimiento, como españoles auténticos, querían arrojar el yugo impuesto por los extranjeros.

El movimiento nacionalista

Los mozárabes (55) o cristianos sometidos a los musulmanes por las capitulaciones, fueron al principio muy bien tratados; pero cuando aumentó el factor de población árabe, y la dominación se consolida, la suerte de los sometidos empeora, llegando a coartárseles el uso de la religión cristiana; y si dura era la suerte de los cristianos, también lo fue la de los que se habían hecho musulmanes, movidos por los incentivos económicos y sociales que la apostasía llevaba aparejados.

En tiempos de Alhákem I surgió el chispazo nacionalista de Toledo, movimiento que continuó más fuerte y poderoso en tiempos de Abderrahmen II, con Toledo nuevamente, Mérida y Zaragoza, para culminar en los reinados de Mohámed I y de Abdala, bajo el impulso de los dos grandes caudillos Aben-Meruán y Omar-ben-Hafsún; siendo por demás significativo el eco de estas revueltas, unidas por un vínculo común de raza, entre los cristianos de los Reinos del Norte, que fomentan en parte estas rebeliones.

Omar, en su nido de águilas de Bobastro, en la serranía de Málaga, reconstruido por los esfuerzos arqueológicos de nuestro antiguo Rector Mergelina (56), consiguió ver consumada la desmembración del Emirato, muriendo independiente en aquella fortaleza, paraje de gloriosa historia, capitalidad por un momento de la aspiración nacionalista contra los dominadores árabes.

(55) FRANCISCO JAVIER SIMONET, *Historia de los mozárabes de España, deducida de los mejores y más auténticos testimonios de los escritores cristianos y árabes* (Madrid, 1897-1903, Memorias de la Real Academia de la Historia).

(56) CAYETANO DE MERGELINA, *Bobastro. Memoria de las excavaciones realizadas en las Mesas de Villaverde, El Chorro, Málaga* (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 1927; y Archivo Español de Arte y Arqueología, 1925, con planos y láminas).

Y si el movimiento fue abatido por Abderrahmen III, al conseguir la pacificación completa de la España musulmana, el hecho se debió a la nueva política, de amplios alcances, de comprensión y tolerancia, del fundador del Califato.

Merece también particular mención destacar cómo en el ámbito propio de la España musulmana continuó cultivándose, con gran brillantez, la tradición isidoriana, por los mozárabes de Toledo y de Córdoba especialmente. Las figuras ilustres de Speraindeo, San Eulogio, Paulo Alvaro y el abad Samsón, mantenedores a toda costa de las letras y de la cultura cristianas, dignas fueron de continuar la senda histórica de aquella patria, que aunque políticamente había sido vencida, no estaba muerta.

El sentimiento de exacerbación cristiana, provocado en Córdoba por esta selecta minoría, en su afán de oponerse al general movimiento de arabización de los más, provocó en los reinados de Abderrahmen II y de Mohámed I, la llamada por algunos "segunda era de los mártires", muestra evidente de la vitalidad religiosa de aquella población sometida, que no vacilaba en sufrir voluntario martirio, antes que doblegarse a la abjuración de su fe.

Con la muerte de Almanzor, el poderoso caudillo musulmán, en el año 1002, se inició el desmembramiento del Califato de Córdoba. El predominio detentado hasta entonces por los musulmanes, pasará a los cristianos, en la nueva época que entonces se inicia, denominada de la Gran Reconquista.

Ante la debilidad del Islam, farccionado en pequeños Reinos, los grandes monarcas cristianos conquistan fácilmente extensas regiones enteras; se puede prever ya quién prevalecerá en la lucha, pero la Reconquista, que parecía habría de acabar muy pronto, acaso en el siglo XI, casi con toda seguridad en el XIII, ante las conquistas enormes de San Fernando y de Jaime I, se prolonga, sin embargo, hasta las postrimerías del XV, en parte por la apatía nacional, propia de nuestro carácter, pero en parte también, por las invasiones africanas, de almorávides y almohades principalmente, que al restablecer la unidad en la España musulmana, les hace presentar de nuevo un frente único, capaz de contener los arrolladores avances cristianos.

Los débiles Reinos de Taifas, de refinadísima cultura, las dominaciones africanas que les siguen y, por último, la deslumbradora Corte de los Nazaríes de Granada, no logran desviar la orientación de la Historia española, decidida a favor de los cristianos, ni aun mantener el equilibrio de etapas anteriores, terminando al cabo por sucumbir ante el superior empuje de aquellos guerreros del Norte, que habían encontrado en la religión católica la razón de ser de su nacionalidad. Al cabo de aquellos siglos de incesantes esfuerzos, la nación española, aún no formada, bajo la dirección de los monarcas cristianos, había logrado al fin conciencia plena, y realización completa, de lo que constituía su esencia ideal.

La cultura mozárabe; exaltación religiosa.

La España musulmana en la Baja Edad Media.

3. LA ESPAÑA CRISTIANA

a) *Alta Edad Media*

Surgió la Reconquista espontáneamente en tres grupos o núcleos diversos, sin conexión entre sí y en diferentes fechas: la asturiana, la pirenaica (Navarra y Aragón) y la catalana. En Asturias se refugiaron, según es bien sabido, algunos magnates y obispos de la monarquía visigoda; la reconquista vasca o pirenaica, distinta a la anterior, está formada por grupos independientes, que prosiguen su vida libre, ya que no fueron dominados ni por los visigodos ni por los árabes; la catalana, finalmente, fue reconquista hecha por elementos de fuera del país, no siendo más, en sus comienzos, que una expansión de la monarquía carolingia. La Reconquista.

La reconquista asturiana fue la más antigua, siendo su hecho inicial la batalla de Covadonga, de trascendencia inmensa por su repercusión histórica, aunque se la despoje por la crítica de la casi totalidad de elementos legendarios a ella incorporados (57). Siendo Asturias a manera de ciudadela natural, país lejano, fuera de la red de las grandes rutas, había pasado a ser asilo seguro de los cristianos que huían, no aviniéndose con los nuevos dominadores. Asturias.

Al pie de los Picos de Europa, junto a una de sus entradas naturales, no lejos de donde siglos atrás pelearon astures y cántabros contra Roma, Pelayo resistió a los musulmanes, consiguiendo el triunfo (58). Y aunque fuese, en realidad, aquella acción una pequeña escaramuza, su alto valor representativo estriba en haber sido la primera victoria obtenida por los cristianos, tras de la serie de derrotas infligidas desde el Guadalete, alcanzada sobre los ejércitos de aquel pueblo guerrero, que dominaba ya militarmente desde la India al Atlántico.

Implicaba, como se complacen en destacar los historiadores, la señal de la resurrección de España, la chispa originaria del lento y largo incendio, de ocho siglos de duración, que habría de dar al traste con la dominación musulmana. Esta altísima significación histórica, aparece igualmente percibida por los más antiguos historiadores españoles: “Spaniae salus”, “salvación de España”, habría de considerar Alfonso III a la batalla originaria del Reino de Asturias.

Con Alfonso I, que aportó la incorporación de Cantabria, comienza el engrandecimiento de la monarquía asturiana, llevando hasta el Duero el avance de sus tropas, aprovechándose de la emigración de los berberiscos

(57) ZACARIAS GARCIA VILLADA, *Covadonga en la tradición y en la leyenda* (Madrid, 1922).

(58) EDUARDO SAAVEDRA, *Pelayo* (Madrid, 1900).

motivada por las guerras de raza entre los musulmanes; y, para afianzar debidamente el territorio cristiano, dejó assoladas gran parte de aquellas conquistas, que no podía conservar, llevándose a sus pobladores a Asturias, con lo que conseguía, a la vez, aislar y repoblar su reino, bien protegido en adelante por la barrera de un artificial desierto. Esta política de gran alcance permitió, en efecto, subsistir a los cristianos, resistiendo el empuje de la España musulmana, unificada y fuerte, en tiempos posteriores de Abderrahmen III y de Almanzor.

El largo reinado de Alfonso II, elevado al trono ante el peligro de la guerra santa proclamada por Hiem I, implicó una nueva época de actividad reconquistadora. Asturias podría ya sufrir sin mengua las acometidas musulmanas, y aun infligirles la gran derrota de Lutos.

Alfonso III, denominado “el Magno” (59), realizó brillantemente una política militar de expansión territorial, haciendo frente con sin igual fortuna, a las expediciones cordobesas, y otra, no menos importante, de repoblación de los territorios conquistados, llevando a cabo las necesarias obras de fortificación de las fronteras, la línea del Duero especialmente, jalonada por fortalezas diversas y cuya llave fue Zamora, “la bien cercada”.

León El poderío cristiano es ya capaz de equilibrarse con el musulmán, a pesar de hallarse al frente del Andalus el primero de los Califas. En adelante, las alternativas de la lucha obedecerán más bien a motivaciones personales, y así cuando en León son reyes fuertes los que gobiernan, serán los cristianos los triunfadores, mientras, por el contrario, cuando sobrevienen las luchas civiles —malhadada herencia de la monarquía visigoda—, la victoria será de los musulmanes.

Ordoño II y Ramiro II son los dos monarcas más belicosos del siglo X, consiguiendo tener en jaque constante a los ejércitos de Abderrahmen III. Valdejunquera, Simancas y Alhandega, son los nombres más representativos, plenos de resonancias y sugerencias. Militarmente, hasta este momento, se ha conseguido consolidar el equilibrio entre musulmanes y cristianos, dominando los primeros hasta el Tajo y los cristianos hasta el Duero, siendo en consecuencia, la región comprendida entre ambos ríos, la disputada, y, como tal, arrasada frecuentemente. El poder del Rey de León es ya igual al del Califa, puesto que si Abderrahmen venció en Valdejunquera, fue derrotado en Simancas.

Pero a partir de este momento, sobreviene una época de retroceso en la Reconquista, predominando de nuevo el poder musulmán sobre el cristiano. El hecho obedece a que, mientras aquéllos se hallan gobernados por grandes figuras, como el Califa Abderrahmen, el general Gálíb y Almanzor,

(59) ARMANDO COTARELO VALLEDOR, *Historia crítica del reinado de Alfonso III el Magno* (Madrid, 1935).

en el reino de León sólo existen minorías turbulentas, luchas civiles continuas, y reyes, en general, de poca capacidad. Esta situación implica el vasallaje de la España cristiana por el Califato.

En la obra reconquistadora, León queda ahora de lado, para dar paso a la actuación de otro núcleo, que asumirá desde entonces la empresa guerrera. Coincidiendo con las luchas civiles, enseñoreadas de León, había surgido un poder nuevo, joven y vigoroso, el de Castilla, destinado a ser el aglutinante, el lazo de unión de toda la Península. De origen y nacimiento muy modestos, espesas nubes encubren la génesis histórica del Condado castellano. Pero en las especiales circunstancias que concurrieron a la formación del mismo, se gestó el peculiar carácter de sus pobladores (60).

Castilla.

Las comarcas que integraron la primitiva Castilla, fueron repobladas, por mandato de los reyes asturianos y leoneses, y a fin de proceder a su necesaria defensa, se jalonó el territorio de ciudades fronterizas. Los primitivos Condes repobladores, sometidos a la monarquía, fueron muchos y aparecen como delegados del poder central.

Es evidente que a medida que avanzaba la Reconquista, con sus alternativas militares diversas, mientras el peligro de la capitalidad del reino —Oviedo, León, Zamora— podía en ocasiones ser inminente, aquellas tierras, erizadas de castillos —de donde surgió el nombre con que fue designada—, estaban siempre expuestas a los ataques del enemigo. Centinela avanzado de los cristianos, se templaba su ánimo en el fragor de los combates, lo que la hizo nacer a la escena histórica con una vida nueva, exhuberante, revestida con todas las audacias de la juventud, en manifiesto contraste con León, depositaria del acerbo tradicional, que representaba la continuidad de los reyes asturianos, legítimos herederos de la monarquía goda.

Estos antecedentes nos harán comprender cómo, aparte de la contraposición psicológica de León y Castilla, el peligro constante, la responsabilidad cotidiana ante el éxito o el desastre, y la lejanía, en fin, del poder central, contribuyeron a consumir el hecho de la emancipación de aquellos Condes semisoberanos de la autoridad de los Reyes leoneses.

El espíritu de independencia de Castilla se destaca bien patente en el *Cronicón* de Sampiro, al referir la muerte de sus Condes, de orden de Ordoño II, por no haber acudido a tiempo a la batalla de Valdejunquera. La leyenda, encargada de la interpretación de la Historia, dio vida a la especie de la emancipación castellana, bajo el gobierno de sus Jueces. Pero el relato legendario, probadamente desvanecido por el Padre Flórez, encerraba sin embargo un fondo de verdad: el antagonismo, la enemistad entre leoneses y castellanos, pues mientras el reino de León —según acabamos de

(60) JUSTO PEREZ DE URBEL, *Historia del Condado de Castilla* (Madrid, 1946).

indicar— mantenía su carácter tradicional y su espíritu aristocrático —como lo revela la subsistencia en él de la servidumbre—, Castilla, por el contrario, país nuevo, nacido en la frontera, gozando sus habitantes de grandes libertades, que les habían sido concedidas por los reyes, en su política repobladora, era esencialmente democrático (61).

Esta diferenciación profunda, estallará públicamente en torno a la figura histórica de Fernán González, el primer héroe nacional de Castilla, cuya actuación dio origen a muchos poemas, recogidos en los cantares de gesta y en el romancero, admirablemente estudiados por Menéndez Pidal, que inmortalizan su nombre. Guerrero consumado y buen político, interviene activamente en las luchas internas de León, hasta conseguir de hecho la soberanía plena del territorio.

Pero si Fernán González y Garcí Fernández, su sucesor, coinciden con los grandes triunfos de la España musulmana, bien dirigida por Abderrahmen III, Alháquem II y Almanzor, al conde Sancho García, el de los “buenos fueros”, correspondieron tiempos y circunstancias mejores, interviniendo con fortuna en las contiendas internas del Califato y siendo, por algún tiempo, verdadero árbitro de los destinos musulmanes en España.

El asesinato en León del Conde García II, motiva la ocupación de Castilla por su cuñado Sancho el Mayor de Navarra, quien lo incorporaba a sus extensos Estados.

El origen de los Reinos pirenaicos es por demás confuso. La Reconquista oriental se basó en núcleos indígenas, montañeses. La leyenda y la tradición, ampliamente propaladas para fines políticos, aluden a la existencia del Reino y fuero de Sobrarbe, insostenibles tras de la crítica negativa de Ximénez de Embún (62). Pero también en los lugares más abruptos de aquellas regiones, sus moradores alentaban ideales de independencia, que cristalizarían al cabo en la formación de Estados independientes.

La peña de Uruei y el monte de San Juan de la Peña, enlazados por la tradición con la vida del ermitaño Juan de Atarés, pudieron revestir en aquellas regiones la representación histórica de la lucha contra los invasores, complicada a poco con la famosa expedición de Carlomagno a España, motivadora del descalabro de Roncesvalles. Las ansias de desquite del emperador franco hizo extender su poderío a la vertiente oriental de la Península, fundando la llamada *Marca Hispánica*.

Navarra. Iñigo Arista, noble de la Vasconia francesa, natural de Bigorra, consiguió, a principios del siglo IX, establecerse en Pamplona, constituyendo un

(61) RAMON MENENDEZ PIDAL, *Carácter originario de Castilla* (Revista del Instituto de Estudios Políticos, 1944).

(62) TOMAS XIMENEZ DE EMBUN, *Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra* (Zaragoza, 1878).

Reino o núcleo independiente. Con Sancho Garcés I, en la siguiente centuria, tronco de la segunda dinastía, entramos ya en el período plenamente histórico de la monarquía navarra. Su valor y animosidad garantizaron la independencia del Reino y, aliado con Ordoño II de León, contribuyó al desastre musulmán de Valdejunquera.

El reinado de su hijo García, bajo la tutela de su madre, la famosa reina Tota, está caracterizado por la intervención en las luchas civiles de León y, por natural incidencia de las mismas, el Reino es declarado feudatario de Córdoba. Su matrimonio con Endregoto Galíndez, aportaba en dote el Condado de Aragón.

Sancho Garcés II, llamado Abarca, contemporáneo de Almanzor, fue rey repoblador y guerrero. Y tras del corto reinado de García II, se llega al importantísimo de Sancho Garcés III “el Mayor”, el más glorioso de la corona de Navarra, durante el cual ésta alcanzó su apogeo, llegando a ser el centro político de toda España.

El soberano navarro intervino en toda la política peninsular, en la que se acusa una evidente preponderancia de su dominio. Verdad es que empezó a reinar en circunstancias favorables, dado que, dos años después de su elevación al trono, tenía lugar la muerte de Almanzor, con la desmembración consiguiente del Califato, y Navarra, lejos de haber sufrido mucho con las campañas musulmanas, había estado repoblándose pacíficamente en los anteriores reinados. Aprovechándolo todo ello debidamente, desplegó una hábil política, precursora del posterior imperialismo de los reyes de Castilla.

Conquistador de Sobrarbe y Ribagorza y de las Asturias de Santillana, habiendo ocupado Castilla, con Alava y Vizcaya, en nombre de su mujer, heredera del Condado, y recibiendo el vasallaje de Gascuña y Barcelona, contando con un poder tan fuerte, aspiró a dominar toda España, y si oficialmente no se llamó Emperador —prerrogativa oficial de los monarcas leoneses— sí quiso ser de hecho Rey de Reyes.

El reparto de sus Estados entre sus hijos, marca época en la historia de nuestra edad media. De él surgen, con la consideración de Reinos, los de Castilla y Aragón, que serán en adelante los focos de la actividad militar y política de la España cristiana, absorbiendo a todos los demás núcleos peninsulares, y con la unión de los dos por el matrimonio de los Reyes Católicos, se formaría la nacionalidad española.

El segundo núcleo oriental de resistencia lo integró el Condado de Aragón, originado en torno a la tierra de Jaca, comarca pequeña pero de gran importancia estratégica. Sus Condes, independientes de los musulmanes, desde época incierta, dependían de los de Tolosa, hasta su incorporación a Navarra. Con vida propia, resurge como Estado, en el testamento de Sancho el Mayor.

La Reconquista catalana presenta el carácter de expansión del Imperio Cataluña

franco (63). Conquistado el país por los musulmanes, la intervención de Carlomagno inicia la lucha, organizándose la *Marca Hispánica* o *Marquesado de Gocia*. Gerona, Lérida y Barcelona, cayeron sucesivamente, en victoria de cruzada, en poder de los cristianos.

Con el Conde de Barcelona Wifredo el Velloso, suele iniciarse la serie de los Condes catalanes, independientes de los francos (64). El Conde de Barcelona era el jefe de la Marca, y, como representante de la tradición de los francos, ejercía hegemonía moral y material sobre los demás Condes catalanes. Si la crítica histórica no acaba de pronunciarse por la independencia de derecho de Wifredo, ya que los documentos de la época no dilucidan la cuestión, de hecho lo fue, aprovechando la decadencia de la monarquía carolingia desde Carlos el Calvo.

Etaoa oscura siguió a la muerte de Wifredo, coincidente con la preponderancia militar musulmana y las expediciones de Almanzor, vengadas pronto con la de los catalanes a Córdoba, bajo Ramón Borrell III y su hermano Armengol, Conde de Urgel. Con Berenguer Ramón I, apodado "el Curvo", muerto en 1035, se cierra el ciclo de la Alta Edad Media en aquel territorio, destinado a ser de espléndida historia.

Instituciones.

Las instituciones políticas y sociales y la cultura de los Reinos cristianos en la Alta Edad Media es un estudio del más subido valor, determinado por lo que la Reconquista representa en nuestra Historia. La diversificación política que la misma supone, implica también una diversidad regional, que da carácter propio a los diferentes núcleos, aunque se perciba en todos ellos evidentes analogías. Eduardo de Hinojosa y Claudio Sánchez-Albornoz, Catedráticos de Historia Medieval de España en la Universidad de Madrid, son los maestros consagrados en el estudio de nuestras instituciones y su labor benemérita logró formar la brillante escuela de medievalistas actuales.

El peculiar carácter de la Monarquía —Monarquía militar—, impreso por las necesidades de la Reconquista, su Oficio palatino o Curia regia, la sagaz política de repoblación, tan bien planteada y desenvuelta por los monarcas, las clases sociales, los señoríos, la inmunidad, el municipio, las costumbres (65), las behetrías, la servidumbre, la Iglesia, las Ordenes monásticas, la cultura, en fin, todas las manifestaciones en suma de la vida espa-

(63) JOSE BALARI JOVANY, *Orígenes históricos de Cataluña* (Barcelona, 1899).

(64) PROSPERO DE BOFARULL Y MASCARO, *Los Condes de Barcelona vindicados, y cronología y genealogía de los Reyes de España considerados como soberanos independientes de su Marca* (Barcelona, 1836, dos volúmenes); ANTONIO DE BOFARULL Y BROCA, *Historia de Cataluña* (Barcelona, 1876-78, 9 volúmenes).

(65) Espléndidamente estudiadas por GABRIEL MAURA en su obra *Rincones de la Historia* (Madrid, 1910), y por SANCHEZ-ALBORNOZ en sus *Estampas de la vida en León hace mil años* (3.ª edición, 1934).

ñola cristiana, en aquellos tiempos difíciles, ha sido estudiada y esclarecida, cobrando vida nueva a la luz de los trabajos más recientes (66).

b) *La Gran Reconquista*

La muerte de Sancho el Mayor inicia en España la Baja Edad Media, en la cual se halla, en el centro de la Península, la robusta monarquía castellana, que directamente sucesora de la visigótica, aspiraba a la conquista total de España, tanto más cuanto que no tenía enemigos poderosos que se le opusieran en su aspiración hegemónica. Esta política imperialista, que culminará en la coronación solemne de Alfonso VII, duró hasta el reinado de Alfonso VIII, en cuyo tiempo las dos potencias de Castilla y de Aragón están equilibradas y tiene la primera que renunciar a ella.

La Baja Edad Media.

a') *La Monarquía castellano-leonesa*

Fernando I, segundogénito de Sancho el Mayor, recibe Castilla, con el título de Reino, en el testamento de su padre, adjudicándose León por el derecho de su mujer, la reina Sancha, tras de la muerte, en la batalla de Támara, de Bermudo II. Monarca conquistador, aunque atento asimismo al régimen interior de sus Estados, aspira a la conquista de toda España, tanto musulmana como cristiana.

Fernando I.

Emprendió la reconquista de Portugal, realizó una expedición a Sevilla, llegando hasta sus mismos muros, dirigiéndose después contra Zaragoza, Toledo, Valencia... Logró constituir un verdadero Imperio, dejando establecida la supremacía castellana.

Al dividir el Reino entre sus hijos, incidiendo en el patrimonial sistema de repartos, se provoca la guerra fratricida entre sus hijos, que no terminará hasta la nueva unificación llevada a cabo por Alfonso VI.

Los hechos originados por el antagonismo entre Sancho II el Fuerte y Alfonso VI, de amplia repercusión literaria, se centran en los dos grandes ciclos de leyendas castellanas: la del Cid y la del cerco de Zamora. Una vez más habría de manifestarse, al calor de los acontecimientos, la hostilidad entre leoneses y castellanos. Aunque unidos ambos Estados, bajo Fernando I, la rivalidad era bien notoria entre León, conservadora a ultranza de los prejuicios de castas de los visigodos, y "la democracia de los campamentos", como en frase feliz ha designado a la Castilla de estos tiempos el Duque de Maura.

(66) ERNESTO MAYER, *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal del siglo V al XIV* (Madrid, 1925-26, 2 volúmenes); CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ, *En torno a los orígenes del feudalismo* (Buenos Aires, 1944, 3 volúmenes).

La hostilidad, manifestada ya con Fernán González, toma cuerpo de nuevo en torno a los dos hermanos monarcas, y continuará, sin interrupción, en el antagonismo, siempre latente, entre Alfonso VI y el Cid.

Alfonso VI.

Alfonso VI, tras de resolver las contiendas interiores, continuó brillantemente la política de su padre, llevándola a la cumbre de insospechadas grandezas. Siendo el monarca más valeroso de su tiempo, disponía a su antojo de la suerte de los débiles monarcas musulmanes. Su política guerrera culmina con la toma de Toledo, rendida en el año 1085, fecha trascendental en la Historia de España, que traslada al Tajo la frontera natural entre las dos Españas.

Desde la conquista de esta plaza, el poder y el orgullo de Alfonso no reconocieron límites, ni tampoco —como dice Dozy— bajezas los príncipes musulmanes. Se hizo llamar ostentadamente soberano de los hombres de las dos razas y de las dos religiones y Emperador de las Españas; mientras los reyezuelos taifas, que le rendían parias, se denominaban humildemente los “recaudadores del Rey de Castilla”.

La intervención de los almorávides impide la terminación de la reconquista por Alfonso VI, sitiador ya de Zaragoza. Las derrotas de Zalaca y de Uclés contienen por el momento el arrollador avance de los cristianos, en su empeño de lograr lo que consideraban el rescate y salvación de España.

El Cid.

Gran interés presenta en este tiempo la figura extraordinaria de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, que ha venido a ser representativa del carácter castellano de la Edad Media. Los cantares de gesta, el Poema y el Romancero del Cid, aureolaron y esmaltaron su personalidad. Su actuación histórica, oscurecida por su representación épica y legendaria, ha sido enteramente reconstruída por Menéndez Pidal, en su obra magna “*La España del Cid*” (67).

“Héroe representativo de la raza, en toda la eflorescencia de su pujanza medieval —dice Ballesteros—, pudiera ser sólo un epónimo, pero es algo más, porque encarna el espíritu de Castilla con todas sus nobles rebeldías. El Cid es Castilla frente a León: dos psicologías y dos temperamentos nacionales que luego se fundieron, pero que entonces eran distintos. León fue el ambiente cortesano, la tradición y la corruptela palatina y en cierto modo burocrática; en cambio, Castilla es el aura democrática, el pueblo consciente de sus destinos, el vasallo sí, pero que recuerda a su señor los deberes de su soberanía.”

Desterrado de Castilla, siguiéndole sus compañeros de armas, con ellos asombró a España, realizando los hechos más portentosos, que culminaron en la conquista del reino de Valencia, bastión independiente contra las

(67) Primera edición, Madrid, 1929; cuarta edición, Espasa-Calpe, Madrid, 1946.

embestidas almorávides, que su viuda Jimena había de mantener todavía durante dos años.

Sucedió a Alfonso VI su hija Urraca, en cuyo reinado destacan las figuras históricas de Alfonso el Batallador, Rey de Aragón, con el que la soberana contrajo segundas nupcias, por razón de Estado, matrimonio desdichadísimo, origen de guerras civiles desastrosas, y la del obispo compostelano Diego Gelmírez, acusada personificación del espíritu gallego, que dio impulso extraordinario al señorío eclesiástico de Santiago de Compostela. Al amparo de las revueltas, Portugal se separa de Castilla. La anarquía, adueñada del reino, sólo termina con la muerte de la Reina.

Urraca.

Con el hijo y sucesor de Doña Urraca, Alfonso VII, la política imperial castellana alcanzó su máximo apogeo. Ha sido objeto de apasionada discusión entre nuestros medievalistas la génesis y cronología de dicho imperialismo. Aquella política concebía la Península como un conjunto de varios Estados independientes, pero reconociendo la supremacía del Rey de Castilla.

Alfonso VII:
el imperialismo
castellano.

Convendría hacer un estudio paralelo de la misma, cotejándola con la posterior pretensión de Alfonso X al Imperio alemán —siguiendo a Ballesteros Beretta—; con la política internacional del Rey Católico, puesta a nueva luz, tras la revisión llevada a cabo por Doussinague; con la idea imperial de nuestro Carlos V, tal como se desprende de la versión formulada por Menéndez Pidal, y con la frustrada aspiración de Felipe II, en su intento motivador de la Invencible, como ha puesto recientemente de manifiesto la exposición documental del Duque de Maura, basada directamente en el archivo hasta ahora inédito de la casa ducal de Medina Sidonia, para comprender su raigambre acentuadamente hispánica. No se trataba de la destrucción o absorción de Estados, sino de la integración de todos ellos, bajo una dirección de tipo superior.

Pero si el Imperio atlántico soñado por el Rey Prudente, no pasó de uno de tantos intentos baldíos de la historia, el Reino de Castilla, dirigido por Alfonso VII, lo consiguió enteramente. Obtiene la victoria militar sobre Navarra y Aragón, pero fiel a sus propósitos, desoyendo las peticiones de los propios súbditos, no acepta ser proclamado rey, confirmando a ambos monarcas, lo mismo que el Conde de Barcelona, en la jurisdicción propia de sus respectivas soberanías, pero con la condición de rendirle vasallaje. Otro tanto hicieron varios condes de Francia, el Rey de Portugal —de hecho ya independiente— y algunos príncipes musulmanes.

En el concilio de León, de 1135, en presencia del rey García de Navarra, de Ramón Berenguer IV de Barcelona, del conde Alfonso de Tolosa, del famoso príncipe musulmán Zafadola, descendiente de los Beni-Hud de Zaragoza, y de otros condes de Gascuña, el monarca castellano era solemnemente proclamado Emperador de las Españas, quedando establecida la hegemonía de Castilla sobre los Estados de toda la Península.

En orden a la Reconquista, la prosigue con gran empeño, interviniendo en los asuntos musulmanes y recorriendo victorioso toda Andalucía: se apoderó de Córdoba, teniéndola a poco que abandonar y en son de cruzada, asistido por el Rey de Navarra y el Conde de Barcelona, y con el auxilio de naves genovesas y pisanas, llevó a cabo el sitio y toma de Almería, ciudad que durante diez años estaría bajo la dependencia cristiana.

A su muerte, incurriendo en el concepto monárquico patrimonial, propio de la época, discutido ya por las crónicas coetáneas, divide sus Estados entre sus dos hijos, pero adjudicando Castilla en rango de primogenitura.

Alfonso VIII

Al brevísimo reinado de Sancho III, sucede en Castilla el glorioso de Alfonso VIII (68). Su turbulenta minoría y las apetencias de Fernando II de León, provocan el nacimiento espontáneo de la institución de las hermandades, posteriormente aprovechada y ampliada por los Reyes Católicos.

Al llegar a su mayoría de edad, Alfonso VIII se ha convertido en un rey valeroso y enérgico, prosiguiendo las luchas con los musulmanes.

La reconquista de la ciudad de Cuenca, con la ayuda de su primo Alfonso II de Aragón, es una de sus primeras y grandes victorias sobre el enemigo secular, aunque perdió el vasallaje del Reino aragonés, a cambio de ella, lo que se materializó en el tratado de Cazola, de importancia trascendental en nuestra Historia, porque implicaba el fin del imperialismo castellano. En recompensa del auxilio prestado, Alfonso VIII eximia a Aragón del feudo o reconocimiento, anteriormente prestado por Ramón Berenguer al Emperador.

Pero si con el acuerdo se destruía una secular aspiración, se abría en cambio, por el mismo tratado, un adecuado cauce a la gran obra en que los cristianos de España estaban empeñados: la terminación de la Reconquista. Ambos reyes, en virtud de aquel convenio, se repartieron el derecho a la reconquista de las tierras detentadas por los musulmanes, fijándose la futura acción en la misma de los dos Estados: a Castilla correspondería la dominación de Andalucía y de los reinos de Granada y de Murcia, mientras a Aragón se le adjudicaba el reino de Valencia, fijándose en el puerto de Biar (en Alicante) el límite entre ambas zonas de intervención militar.

Alfonso VIII continuó incansable su lucha tenaz contra la morisma, y en una de sus periódicas expediciones, consigue llegar hasta el mar.

El pánico que provoca entre los musulmanes, decide la venida a España del Sultán almohade Almansur, el cual derrotó al monarca castellano, a causa del ánimo impulsivo con que éste le hizo frente, en la batalla de Alarcos.

(68) MARQUES DE MONDEJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alfonso VIII, ilustradas con notas y apéndices por don Francisco Cerdá y Rico* (Madrid, 1783. Parte I).



desastre que ensombreció por unos años el porvenir de Europa ante la nueva acometida del Islam.

Sin embargo, la derrota no había menguado el valor del castellano, que se prepara para rechazar al enemigo, fuertemente coaligado con el rey Sancho de Navarra y Pedro II de Aragón. Sin la prometida ayuda de las tropas europeas, levantadas por el llamamiento del Papa Inocencio III, que predicó la cruzada contra los infieles victoriosos, los tres valerosos monarcas españoles se enfrentan con las huestes del Sultán En Nasir, en las Navas de Tolosa, en cuya batalla derrotan ampliamente a los musulmanes, librando a España y, con ella, al orbe católico, de la tremenda amenaza que se cernía sobre la cristiandad. Las tropas de la cruzada papal, rendidas por el calor y, acaso también, por impedirles los españoles la guerra de pillaje y exterminio, que pretendían llevar a cabo, no llegaron a intervenir, por lo que la victoria fue exclusivamente española.

En el reinado de Alfonso VIII se produce también la incorporación a Castilla de Alava y de Guipúzcoa, con cuyos territorios se ensancha más aún el poderoso reino.

En la esfera de la cultura, conviene destacar en el haber de este gran monarca, la fundación de la primera Universidad española, con los Estudios Generales de Palencia.

Paralelamente, el reino de León prosigue, por su parte, la lucha contra los musulmanes reconquistando Extremadura, en tiempos de Fernando II y Alfonso IX (69), aunque estos reyes no dudaron en aliarse a veces con los almohades, cegados por la pasión política, por la envidia que les producía las victorias de Alfonso VIII de Castilla, tratando de intervenir en los asuntos internos de este reino, porción desgajada de aquella monarquía, a la que en otro tiempo había estado enfeudado.

El Reino privado de León

Resuelta la crisis dinástica por la perspicacia política de las dos viudas de Alfonso IX, el cual había repudiado a su hijo Fernando III, es éste quien heredará a su madre Berenguela en Castilla y a su padre en León, lográndose entonces la unión definitiva de ambos Estados cristianos.

Fernando III.

Fernando III (70), dotado de aguda visión, aprovecha las debilidades de la España musulmana, para lanzarse al asalto sobre ella, llegando su avance, irrefrenable, hasta las mismas márgenes del Guadalquivir.

Las grandes ciudades árabes españolas, Córdoba primero y Sevilla más tarde, radicando en ésta la capitalidad de los almohades, caen sometidas al empuje continuado y tenaz de sus tropas; la última después de un largo

(69) JULIO GONZALEZ, *Regesta de Fernando II* (Madrid, 1943); JULIO GONZALEZ, *Alfonso IX* (Madrid, 1944).

(70) LUIS FERNANDEZ DE RETANA, *San Fernando III y su época* (Madrid, 1941).

asedio de quince meses, y al tiempo que el almirante burgalés Ramón Bonifaz vencía a la escuadra enemiga.

Desde Sevilla prosiguen su marcha victoriosa hasta Cádiz y se asoman al mar, sintiendo el Rey Santo, desde allí, la tentación de llevar la lucha a territorio africano.

Las impresionantes victorias del monarca cristiano, deciden al nuevo rey entronizado en Granada, Mohámed Alhamar, tronco de nueva dinastía musulmana, a prestarle homenaje y acatamiento, acudiendo al efecto al campamento real castellano, establecido en Jaén, recién conquistada.

El avance de otro gran soberano español, Jaime I de Aragón, motivó el encuentro de las tropas aragonesas y castellanas, cuando éstas, dirigidas por el príncipe Alfonso, conquistaban Murcia. Pero por el tratado de Almisra, que renueva los límites acordados por ambas monarquías, se concilian armónicamente sus intereses, y Aragón, finalizada su obra en la reconquista peninsular, inicia en adelante su política expansiva por el Mediterráneo.

Fernando III, cuyas heroicas virtudes le llevaron a los altares, fue modelo de excelentes soberanos de todas las épocas. Han solido complacerse los historiadores en establecer el parangón de nuestro monarca, con su primo hermano San Luis, Rey de Francia. Pero si ambos han sido igualados en la virtud religiosa, el Rey Santo de Castilla le aventaja en dotes de guerra y de gobierno, en la comprensión práctica del momento que vivía, ya que al recoger el anhelo reconquistador, impulsaba también el sentimiento auténtico de la España cristiana, que había hecho consustancial de ella la lucha contra el infiel, para el rescate de las tierras peninsulares.

Alfonso X.

Alfonso X (71), que sucede a Fernando III, tiene que hacer frente a las insurrecciones musulmanas que se producen a la muerte de su padre. Y también, como éste, intentó llevar la lucha al otro lado del Estrecho, pero los resultados que consiguió resultaron ineficaces.

No le ocurre lo mismo en el Reino de Niebla, Cádiz y Cartagena, consiguiendo con su anexión, completar las conquistas de San Fernando.

Nuevas sublevaciones en el Reino de Murcia, le obligan a pedir ayuda, para reconquistarlo, a su suegro Jaime I, quien acude generoso, aun desoyendo a sus súbditos, ante el peligro denunciado por el Rey de Castilla.

Alfonso X, dotado de una gran inteligencia especulativa, pero desconocedor de las realidades e imperativos políticos de su tiempo, descuidó los negocios de su reino, del que tuvo que ausentarse reiteradamente, para hacer valer sus pretensiones al Imperio alemán. lo que permite a los musulmanes

(71) ANTONIO BALLESTEROS BERETTA, *Reinado de Alfonso X* (1946); *Alfonso X Emperador (electo) de Alemania* (Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia (Madrid, 1918); *El itinerario de Alfonso el Sabio* (Madrid, 1935).

que le infligieran fuertes reveses, en uno de los cuales perdió la vida su primogénito Fernando de la Cerda, en Villarreal (Ciudad Real).

En vida del propio Rey, se origina el problema de su sucesión a la corona del reino castellano-leonés, por la oposición de Sancho IV, su segundo-génito, a reconocer el derecho sucesorio de sus sobrinos los Infantes de la Cerda.

Sancho IV, cuya fortaleza de ánimo contrasta con la debilidad de su padre, que intenta incluso desmembrar el reino, logra imponerse en la guerra civil y consigue que Alfonso X sea depuesto por la Junta de Valladolid, teniendo el malaventurado pero glorioso monarca, ya anciano, que mendigar socorro de los benimerines marroquíes.

La crítica histórica ha solido juzgar adversamente este reinado, si bien suele reconocerse hoy en día que no todo fueron desaciertos y errores, ni la actividad del gran monarca estuvo presidida siempre por ideales impracticables, reñidos con la realidad de aquellos tiempos. Circunstancias desfavorables y desgraciadas contribuyeron a recargar de sombrías tintas el Reino castellano, en difícil situación ante los musulmanes y presa, al cabo, de las desdichas propias de la enconada contienda sucesoria. El contraste entre la grandeza de las victorias de Fernando III y las desdichas de las postrimerías del reinado de su hijo, es en verdad bien notorio.

Pero conviene, con todo, destacar, para su necesario balance histórico, las medidas de gobierno interior llevadas a cabo por Alfonso X, su política religiosa, su prodigiosa actividad legislativa, impulsando la tendencia unificadora con monumentos imperecederos —el *Fuero Real* y las *Partidas*—, en los que, con visión clara del porvenir, se adelantó a su siglo, y, su admirable labor cultural, en fin, que le hizo merecer con justicia el dictado de “sabio”, con que la Historia le enaltece.

El temple del nuevo soberano, Sancho IV (72), hace frente victoriosamente a la guerra civil castellana y a la consiguiente lucha con Aragón, por causa de los derechos al trono de los Infantes. Su habilidad diplomática, unida a su energía y valor, deshace la coalición y consigue afirmarse en el reino.

Sancho IV.

Buen guerrero, prosigue la obra de la Reconquista, culminando su acción militar en la toma de Tarifa, plaza que los musulmanes intentaron rescatar, dando lugar a la proeza heroica de Guzmán el Bueno, defensor de la misma.

Digna compañera del monarca, fue su esposa, María de Molina (73), modelo de prudentes soberanas, cuyas dotes de excepción habrían de ponerse

(72) MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla* (Madrid, 1922-29, 3 volúmenes).

(73) MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS, *Doña María de Molina* (Madrid, 1936).

debidamente de manifiesto en las dos minorías turbulentas de los reinados siguientes.

Fernando IV.

La difícil menor edad de Fernando IV fue salvada, en efecto, por el talento de la reina María, que acreditó cumplidamente sus cualidades de gobierno.

Llegado “el Emplazado” a la mayoría de edad, pactó con Jaime II de Aragón la prosecución de la reconquista, campaña coronada con la toma de Gibraltar. Su temprana muerte se halla enlazada con la tradición de los Carvajales, despeñados en Martos de orden de este rey, de talla mediocre, pues incluso no vaciló, siguiendo malévolas insinuaciones de sus consejeros, en pedir cuentas a su madre de la administración del reino.

Alfonso XI.

Tras de nueva minoría turbulenta, adueñada de Castilla, otra vez salvada por la enérgica intervención de la anciana reina María de Molina, quien confió, al morir, la custodia del Rey niño, Alfonso XI, al Concejo de Valladolid, adviene el reinado de éste, sin disputa uno de los mejores monarcas españoles.

De valor extraordinario, hizo frente a las rebeldías, imponiendo a todos su enérgica autoridad soberana. Dotado, además, de gran tino político, gobernó el reino con prudencia y justicia, extremando ésta en tal medida, sin detenerse por consideración alguna a las condiciones personales de los contraventores a la ley, que recibió el sobrenombre de “el Justiciero”.

De nuevo acreció en su reinado el peligro musulmán en España, por la llegada de los benimerines en socorro de Granada. Pero el vigor y fortaleza militar del monarca, aliado con los reyes de Portugal y de Aragón, consiguió en la brillante victoria del Salado, deshacer para siempre la amenaza del Islam, que en adelante no podrá aspirar más que a consolidar los posiciones que aún mantenía en nuestro país.

Reanudó seguidamente Alfonso XI la acción guerrera, sitiando —asedio que duró dos años— y rindiendo Algeciras, emprendiendo a continuación el cerco de Gibraltar. Pero muere, ante los muros de esta plaza, de la peste declarada en el campamento sitiador.

Con cualidades propias de gran político, su vida privada fue origen, sin embargo, de las contiendas posteriores, pues sus amores con la favorita, Leonor de Guzmán, al determinar el abandono y postergación de la esposa legítima y del príncipe heredero, promovieron los odios que no habrían de ser saldados sino a costa de las guerras fratricidas que ensangrentaron el siguiente reinado.

Pedro I

A la muerte de Alfonso XI, subió al trono Pedro I (74), implicando el nuevo reinado el desbordamiento de los rencores tan penosamente contenidos

(74) JUAN CATALINA GARCIA, *Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III* (Madrid, 1893).

anteriormente, entre la reina María de Portugal y la favorita del Rey, madre de los Trastamaras. La lucha entre éstos y el monarca, enturbiaron todo el reinado.

Le legendaria figura del Rey Don Pedro, su desconcertante carácter —que provocó la ruptura extemporánea con Aragón y Granada—, su conducta enérgica y temeraria, con marcados tintes de vesanía y de crueldad, que le discernieron ser de ello motejado con el sobrenombre con que le distingue la Historia, todo ello fue debidamente aprovechado por los bastardos, para encender de nuevo la guerra en Castilla. El repudio por el Rey de su esposa Blanca de Borbón y sus amores con María de Padilla, dan pábulo a la discordia que, tenazmente, habría de mantenerse en todo este tiempo.

La contienda fratricida entre Pedro y Enrique de Trastamara, provocando un abismo insondable entre los dos hermanos, determinó —cegados por la pasión— convertir la lucha entablada en un episodio castellano de la gran pugna a la sazón existente en Europa, entre Inglaterra y Francia, en la llamada guerra de los Cien Años.

No vacilaron ambos, en efecto, en buscar apoyo exterior para su causa respectiva, aliándose Francia con el príncipe Enrique e Inglaterra con Don Pedro; y al reino de Castilla vinieron a pelear, a pretexto de la lucha dinástica, las *Compañías blancas* francesas, bajo el caudillaje de Beltrán du Guesclin, y las inglesas al mando del Príncipe negro, sufriendo la guerra alternativas diversas, hasta la tragedia de Montiel, en la que con la muerte de Don Pedro, recibía la ensangrentada corona, su competidor y enemigo, Enrique de Trastamara.

Fue Enrique II, fundador de la dinastía, un buen gobernante, dando ocasión cumplida a desarrollar sus dotes, poniendo a contribución el temple excepcional de su ánimo, la salvación del reino, invadido por Navarra, Portugal e Inglaterra, al amparo de la discordia civil. A todo atendió diligente su voluntad enérgica y aun halló medio, para contrarrestar los ataques, de sitiar Lisboa, en victoriosa invasión, y de vencer su flota a la de los ingleses, en el combate de la Rochela. Enrique II.

El tratado de Almazán, al establecer las paces con Navarra, Aragón y Granada, implicaba el oportuno comienzo de una política restauradora, tan necesaria tras de tantas turbulencias y vicisitudes.

En el orden internacional, consolidó este monarca la alianza con Francia, planeada ya por Sancho IV y Alfonso XI, orientación que habría de ser constantemente mantenida por sus sucesores, hasta el cambio de rumbo impuesto a la diplomacia española por el Rey Católico, al casar con Isabel de Castilla.

También inició Enrique II la política de generosidades y mercedes, que igualmente habrían de seguir los posteriores monarcas, para atraer a su causa

a la nobleza castellana, en su afán de cicatrizar las heridas de la reciente guerra civil.

Juan I. Juan I heredó de su padre las guerras con Portugal e Inglaterra: ésta, por los pretendidos derechos del Duque de Lancáster, casado con Constanza, hija de Pedro I y de María de Padilla, al trono de Castilla; y Portugal, por considerarse su soberano con mejor derecho que los bastardos, al ser descendiente legítimo de San Fernando.

La contienda con Portugal permaneció indecisa, pues si los castellanos fueron rechazados por tierra, en cambio vencieron por mar a los portugueses en Saltes. Se había pactado, para ponerla término, el casamiento de Beatriz, hija de Fernando I de Portugal, con el heredero de Castilla, pero como enviudase entonces el monarca castellano, fue éste quien casó con ella.

Aquel matrimonio, negociado para la paz, se convirtió, sin embargo, en fuente de desastres, porque al morir el portugués, sin más sucesión que su hija, la reina de Castilla, Juan I, alegando sus derechos al trono, invadió Portugal. Los lusitanos, entre tanto, proclamaban nuevo soberano, al maestre de Aviz, hijo bastardo del rey Pedro de Portugal.

Los castellanos, en esta primera expedición, sitiaron Lisboa, pero obligados por la peste, tuvieron que levantar el cerco, y en el combate de Atoleiros fueron rechazados. La segunda entrada castellana terminaba fatalmente para los nuestros en el descalabro de Aljubarrota, en 1385; el Rey castellano, para salvar la vida, tuvo que huir a uña de caballo, embarcando en Lisboa. La gran victoria portuguesa, obra del Maestre de Aviz, ya Rey de Portugal, y del "Condestable Santo", Nuño Alvares Pereira, implicaba la consolidación de la independencia, con el afianzamiento en el trono de la nueva dinastía.

La noticia de la derrota, causó consternación total en Castilla, imponiendo el monarca luto nacional.

El pretendiente inglés, Duque de Lancáster, aprovechando aquellas difíciles circunstancias, invadió Galicia. Se entablaron negociaciones de paz, que determinan los preliminares de Troncoso, en donde se pacta el matrimonio del príncipe heredero Enrique con Catalina, hija de Lancáster y nieta, por tanto, de Pedro I, con cuyo enlace se unían las dos ramas rivales. En la paz de Bayona, los herederos recibían el título de Príncipes de Asturias.

Pese a sus desgraciadas intervenciones militares, Juan I fue buen rey, amante de la justicia, y quiso conseguir, como meta de sus esfuerzos, el bienestar de su pueblo, como lo evidencian los acuerdos de las Cortes de Burgos, de Briviesca y de Guadalajara, convocadas durante su reinado.

Enrique III. Nueva minoría anárquica sufrió Castilla a la muerte de Juan I. Destaca la figura de don Pedro Tenorio, Arzobispo de Toledo, de entre los ambiciosos magnates, que con sus luchas y rivalidades, causaban la ruina del

reino. Falto de freno el populacho, provoca matanzas de judíos, sobresaliendo la de Sevilla.

Por fin, las Cortes de Madrid, declararon la mayoría de edad del Rey, y la energía de Enrique III, bien pronto puesta a prueba, logra contener y dominar a los nobles.

Ante el gravísimo problema del Cisma de Occidente, procedió cuerda-mente el soberano, convocando una reunión de Obispos y doctores para determinar la actitud a seguir ante el conflicto, decidiéndose la Junta por negar la obediencia al antipapa Benedicto de Luna.

Una nueva ruta política habría de legar a España este monarca: la orientación africana, manifestada primero por la expedición de castigo contra los piratas marroquíes, consiguiendo la toma de Tetuán, que es incendiada; y después, por el comienzo de la conquista del archipiélago de las Islas Canarias, hazaña realizada, bajo el patrocinio de Castilla, por Juan de Bethencourt, consiguiendo apoderarse de Hierro, Fuerteventura, Gomera y Lanzarote.

Monarca de empuje, pese a su naturaleza enfermiza, quiso continuar la adormecida obra de la Reconquista española, pero no pudo acometerla debidamente ante la difícil situación de la hacienda y los desastres, aún latentes, de los reinados anteriores.

Participando de la inquietud de la época, tan sentida en los países mediterráneos, envió embajadas al Sultán de los turcos Bayaceto y al tártaro Tamerlán, el gran conquistador mogol.

La minoría de Juan II, niño de un año a la muerte de su padre, fue dignamente salvada por la extraordinaria figura del Infante Don Fernando, hermano del rey difunto, quien conocido por el sobrenombre “de Antequera”, por la toma de esta plaza, arrebatada a los musulmanes, encauzó las energías del reino, impulsando la Reconquista. JUAN II.

Juan II, prototipo de monarcas débiles, era apto por naturaleza para dejarse dominar. De ahí que su reinado lo ocupe, en rigor, la descollante personalidad del Condestable Don Alvaro de Luna, debelador de la nobleza, verdadero representante de la aspiración política propia de la realeza, quien por espacio de treinta y tres años habría de llenar la historia de la Castilla de su tiempo. Pero su tendencia, acaso prematura, chocaba con las seculares aspiraciones nobiliarias, personificadas ahora en los infantes de Aragón, hijos del de Antequera, y la guerra civil habría de dilatarse durante largos años. Y aunque el de Luna venció cumplidamente en la batalla de Olmedo a los Infantes, las segundas nupcias del monarca con Beatriz de Portugal, quien se unió a los enemigos del poderoso Maestre de Santiago, originó la desgracia de éste, apresado en Burgos y procesado y muerto en Valladolid.

Don Alvaro de Luna, defensor genuino de los prestigios monárqui-

cos (75), fue en el orden político verdadero precursor de los Reyes Católicos. Como lo fue también Juan II, en la particular esfera cultural a que se hallaba consagrado, patrocinando el Renacimiento, cuyas auras impulsó, hasta impregnar de ellas la literatura castellana.

Enrique IV.

Las desdichas del gobierno de Enrique IV, constituyen el precedente obligado, en su fase castellana, del glorioso reinado de los Reyes Católicos, cuyo feliz matrimonio (76), en 18 de octubre de 1469, ceremonia verificada en el palacio de Juan de Vivero, de Valladolid, iniciaba, en rigor, el ciclo histórico de la unidad nacional. La unión de Castilla y de Aragón, en las personas de Isabel y Fernando, dando origen a la formación de España, implicaba el nacimiento de la poderosa Monarquía, que inserta en las nacionalidades modernas, llegada a su plenitud, habría de desplegar por todo el ancho mundo el vigor y originalidad de su raza. El proceso formativo español, en sus dos vertientes, occidental y oriental, quedaba consumado.

b') *La Corona de Aragón*

También la Corona de Aragón, en la Baja Edad Media, desarrolló empresas históricas admirables, ofreciendo sus hechos la particularidad de presentarse acaso más definidos, con más continuidad que los castellanos.

Convendrá agruparlos, para su mejor exposición, en torno a las cuestiones principales.

Nace el Reino de Aragón en el testamento de Sancho el Mayor de Navarra, siendo adjudicado a su hijo bastardo Ramiro I. El gran historiador de Aragón Jerónimo Zurita hace resaltar (77) la pequeñez de aquel núcleo, tan reducido en sus principios, con la posterior grandeza a que estaba destinado tiempo después.

Lo que escasamente constituye hoy un partido judicial —desde el valle del Roncal hasta las riberas del Gállego, con una sola ciudad, Jaca, y un monasterio, el de San Juan de la Peña— integraba el primitivo reino aragonés. Pero tuvo Aragón la suerte extraordinaria de tener una dinastía de reyes de valer extraordinario, que consagraron su vida a la obra de la Reconquista, primero, y después, a la de la expansión aragonesa, de tal modo lograda, que llegó su monarquía a tener más importancia internacional que Castilla (78).

(75) CESAR SILIO, *Don Alvaro de Luna y su tiempo* (Madrid, 1935; tercera edición, Buenos Aires, 1944).

(76) FELIX DE LLANOS Y TORRIGLIA, *Así llegó a reinar Isabel la Católica* (Madrid, 1927).

(77) JERONIMO DE ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1610).

(78) A. GIMENEZ SOLER, *La Corona de Aragón en la Edad Media* (Barcelona, Manuales Labor, 1930).

La Reconquista aragonesa hasta la unión con Castilla.

La serie de aquellos grandes reyes se inicia con Ramiro I. Su gran empeño de ensanchar el reino a todo trance, fracasa por el lado de Navarra —la “arrancada de Tafalla”—, pero se compensa con los condados de Sobrarbe y Ribagorza, cuyos habitantes le eligieron por señor, a la muerte de Gonzalo, hermano de Ramiro. Rey montañés y guerrero, muere en la batalla de Graus, tras de conseguir la victoria sobre Ahmed I El Moctádir Billah, de Zaragoza, el amigo y protector del Cid.

Con su hijo Sancho Ramírez, la guerra se lleva al llano. Engrandecido Aragón con la incorporación de Navarra, consigue apoderarse de Barbastro, Ayerbe, Monzón, etc., tomadas con el propósito de establecer el cerco de Huesca y cuando, en efecto, la encuentra aislada, emprende el sitio.

Herido por una saeta de los sitiados, muere no sin hacer jurar a sus hijos Pedro y Alfonso, que no levantarían el cerco, hasta que Huesca no hubiera caído en poder del ejército sitiador.

Pedro I cumple, en efecto, la voluntad de su padre: la batalla de Alcoraz le permite, dos días después, entrar victorioso en Huesca.

A su muerte, adviene al trono, Alfonso I el Batallador, uno de los mejores monarcas de Aragón, pese a abundar allí tanto los reyes excelentes. En su reinado se destacan fundamentalmente tres hechos importantes: la intervención de Castilla, por su matrimonio con la reina Doña Urraca, al que ya hemos aludido al tratar de esta monarquía; la Reconquista, empresa brillantemente llevada, que culminó con la toma de Zaragoza, y la expedición a Andalucía.

Liquidada por el Batallador su aspiración a Castilla, tras del reconocimiento de Alfonso VII, se dedicó de lleno a la reconquista de Aragón, encaminando todos sus esfuerzos hacia la conquista de Zaragoza, a fin de que el Reino tuviese una gran ciudad por capital. A tal efecto, vence en Valterra a Mostain II, y aprovechando las incidencias provocadas en el reino musulmán contra la política seguida por Abdelmelid “Imad-ad-daula”, se apodera de las ciudades de las cuencas del Gállego y del Ebro, auxiliado por nobles extranjeros, franceses principalmente, que acuden a pelear como cruzados, al lado del aragonés.

El sitio de Zaragoza duró cuatro años. Su conquista fue de gran importancia, representando en Aragón lo que la de Toledo en Castilla. Tras de ella, no sólo derrota a los almorávides en la batalla de Cutanda, sino que consigue afianzar la reconquista aragonesa, adueñándose de las poblaciones de la ribera derecha del Ebro, del Jalón y del Jiloca, hasta Calatayud y Daroca, comarca ésta que cedió a los templarios, para que sirviese de natural defensa contra las acometidas de los moros de Valencia.

La expedición que realizó a Granada, excitado por el llamamiento de los mozárabes de esta ciudad, aunque no logró el resultado apetecido, pues ante la llegada de refuerzos almorávides, tuvo que levantar el campo, al proseguir su marcha, avanzando hasta el mar y regresando por Córdoba.

evidenciaba el incontenible empuje cristiano, al que los musulmanes de España, también por esta vertiente oriental de la Península, no podían oponer en adelante más que una táctica de guerra defensiva.

El testamento de Alfonso el Batallador, dejando sus Estados a las Ordenes militares, por considerarlas únicas capaces de continuar su obra guerrera, no es aceptado por sus súbditos, quienes en las discutidas Cortes de Borja y de Monzón deciden, reconociendo el carácter hereditario propio de la Monarquía, nombrar sucesor al hermano del soberano, Ramiro II, monje en San Ponce de Tomeras, Obispo electo de Roda. No aviniéndose a la elección los navarros, eligen por rey de Navarra a García Ramírez, con lo que se separaron, ya definitivamente, ambos Estados.

El reinado de Ramiro el Monje coincidió con la política expansiva de Alfonso VII, hasta que logró éste el reconocimiento público de su autoridad imperial. Aragón, como antes Navarra, presenció el avance de los ejércitos castellanos en verdadero paseo militar, siendo recibido en triunfo el monarca de Castilla por las poblaciones del Reino, consiguiendo que Aragón, como los demás Estados, reconocieran el vasallaje obligado a su pretendida superioridad.

Monarca débil Ramiro II —“Rey cogulla”—, cuya actuación se halla enmarcada por la leyenda de la Campana de Huesca, tiene no obstante un mérito extraordinario en la historia peninsular, al concebir y llevar a término la unión de Aragón y Cataluña, con el matrimonio de Petronila, su hija, con el Conde Ramón Berenguer IV de Barcelona; unión fecundísima, que habría de cambiar la suerte de la Península. El espíritu emprendedor y aventurero catalán, poseedor de una orientación política bien definida de dominación en el Mediterráneo, reforzado ahora por la fortaleza y tenacidad aragonesa, iba a originar un poder de dimensión extraordinaria, que bien pronto habría de notarse en Europa y, desde luego, en España, pues con la formación de tan poderoso Estado, se neutraliza la política imperialista de Castilla, que tendrá que ceder, ante el equilibrio peninsular que esta nueva monarquía catalano-aragonesa representa. En adelante, los dos poderosos Estados se contrarrestan y equilibran, en fecundo dualismo, hasta que de la unión de ambos, con el matrimonio de los Reyes Católicos, surgirá nuestra España de la Edad Moderna.

Fue sucesor de Berenguer Ramón I *el Curvo*, Ramón Berenguer I, uno de los Condes más esclarecidos de la estirpe barcelonesa; su gobierno reviste importancia, siendo en realidad el verdadero fundador del Condado. Ensancha Cataluña, con la pretensión de que tuviera por frontera el Llobregat, apoderándose de la región de Lérida, por la parte oriental, y de la de Tarragona por el Sur, y aunque no logra la conquista de esta última plaza, estableció una línea de castillos a su alrededor.

Además de gran conquistador, tiene también el mérito de haber intro-

ducido el sistema feudal en Cataluña, muy útil por de pronto, dadas las circunstancias en que se desenvolvían las regiones recién conquistadas, sistema que recibe su sanción legal en el Código de los Usatges, aprobado por las Cortes que reunió al efecto en Barcelona.

Su testamento fue, sin embargo, una gran falta política, pues dejó el condado mancomunadamente a sus dos hijos, Ramón Berenguer y Berenguer Ramón II, sistema que habría de dar resultados fatales, hasta abocar en la muerte del mayor de los hermanos, asesinato que por atribuirse a Berenguer Ramón, le ha hecho pasar ante la historia con el sobrenombre de “el Fratricida”.

Ramón Berenguer III, “el Grande”, hijo de Ramón Berenguer, llegado a los 15 años de edad, retó ante Alfonso VI de Castilla, a juicio de Dios, al uso de la época, a su tío Berenguer Ramón, y al quedar éste vencido en Toledo, quedando convicto de fratricidio, con arreglo a las ideas imperantes, marchó en penitencia a Tierra Santa, comenzando a gobernar aquél en Cataluña.

Fue Ramón Berenguer III uno de los Condes más ilustres de la historia del Principado; en su reinado se dibujan ya las dos tendencias características de la política catalana, que habría de seguir posteriormente la Corona de Aragón: la orientación mediterránea, y la ultrapirenaica, de intervención en el sur de Francia.

La primera quedó esbozada con la conquista momentánea de las Baleares, empresa en un principio planeada, con bula de cruzada, por Pascual II, hasta que, por el cúmulo de circunstancias históricas que en el suceso ocurrieron, fue dirigida y felizmente llevada a efecto por el Conde de Barcelona.

Ocurrió en su tiempo la invasión africana de los almorávides, lo que dio a Ramón Berenguer ocasión cumplida de desplegar sus excepcionales dotes guerreras, manteniéndolos a raya.

Su tercer matrimonio con Dulcia de Carlat, Condesa de Provenza, hizo añadir a sus dominios, posesiones francesas tan extensas, que determinaron, a su muerte, la división del Estado entre sus dos hijos, dejando a su primogénito, Ramón Berenguer IV, el Condado de Barcelona, y a su otro hijo, Berenguer Ramón, el de Provenza.

Ramón Berenguer IV, que en 1132 sucedió a su padre, contraía nupcias —esponsales de futuro—, en 1137, con Petronila de Aragón, abdicando seguidamente en ella sus derechos el Rey Monje, y haciéndose cargo, consiguientemente, de la gobernación del Reino, el Conde de Barcelona.

La formación de la unión catalano-aragonesa produjo en el orden peninsular, una situación de equilibrio, de contrapeso, según indicábamos anteriormente, pues poco después Aragón rompía su vasallaje con Castilla; y en orden a la política extranjera, sus consecuencias fueron incalculables, dado que Cataluña tenía dos orientaciones: la ultrapirenaica y la mediterránea.

La unión catalano-aragonesa hasta Jaime I: la expansión en el Sur de Francia

La mayor parte de los Estados franceses del Mediodía eran dependencia de Cataluña, extendiendo el Principado sus dominios hasta Niza. Esta política habrá de ser seguida por la unión, hasta la rota de la batalla de Muret, en el reinado de Pedro II.

Más importante era, con todo, la política mediterránea, iniciada por Ramón Berenguer III y proseguida por Jaime I y sus sucesores, hasta conseguir el dominio de las Baleares, de Sicilia, Cerdeña, Córcega, Nápoles, parte del norte de Africa y hasta el extremo oriente de Europa, en la península de los Balcanes; por todo el Mediterráneo, casi sin interrupción alguna, existían dependencias que reconocían la soberanía aragonesa, pudiendo afirmarse que en tiempos de Alfonso V, el Mediterráneo era, en realidad, verdadero lago aragonés, o, al menos, Aragón era la potencia que dominaba el Mediterráneo.

Esta política, netamente catalana de origen, no podía haberse seguido sin la unión con Aragón, puesto que su realización requería la base obligada de una potencia fuerte.

La primera política desarrollada por la monarquía catalano-aragonesa fue la de expansión en el sur de Francia.

Ramón Berenguer IV tomó el título de Príncipe de Aragón. Destacan de su actuación la política seguida con su cuñado el Emperador (Alfonso VII), al que exige la devolución de las plazas aragonesas por él ocupadas y que todavía conservaba en su poder, lo que consigue por el tratado de Carrión de los Condes, prestándole el obligado vasallaje; también, el arreglo de las cuestiones provocadas por las Ordenes militares, por sus pretensiones derivadas del testamento de Alfonso el Batallador, encauzando, al efecto, la acción militar de las mismas, haciéndolas avanzar en la Reconquista por el curso del Ebro, hasta apoderarse de Tortosa; y, finalmente, su intervención en Provenza, en apoyo de los derechos de su hermano, el Conde de dicho Estado, y del hijo de éste, Ramón Berenguer, así como sus relaciones con los soberanos de su tiempo, Enrique II de Inglaterra, el Emperador Federico Barbarroja, los Príncipes de Italia, etc., en lo que se manifiesta la tendencia a intervenir en Europa, no sentida por Castilla, reconcentrada en sí misma.

A su muerte, le sucedió su hijo Ramón, quien trocó su nombre por el de Alfonso II, más grato a los aragoneses. Este gran monarca fue contemporáneo de Alfonso VIII de Castilla; siendo ambos parientes cercanos, combatieron juntos contra el noble rebelde don Pedro Ruiz de Azagra, Señor de Albarracín, sin lograr vencerle. Continuó la reconquista aragonesa, apoderándose de Teruel, a cuyo territorio dió organización autónoma propia; y ayudó eficazmente a Alfonso VIII en la reconquista de Cuenca, lo que trajo como consecuencia el tratado de Cazola, cuya trascendencia destacamos al tratar de Castilla.

En tiempo de Alfonso II llegó a su apogeo la dominación aragonesa

en el sur de Francia, pues al morir sin hijos Ramón Berenguer de Provenza, sus Estados pasaron, por herencia, a su primo el Rey de Aragón, reconstruyéndose así la Monarquía de Ramón Berenguer III, incrementada además por el Condado de Rosellón, adquirido también por herencia, y otras posesiones.

A la muerte de Alfonso, volvieron a dividirse los Estados, dando al mayor de sus hijos, Pedro II, los dominios peninsulares —Cataluña y Aragón—, y al segundo, Alfonso, los de Provenza.

El nuevo monarca aragonés inauguró su reinado con su coronación por el Papa Inocencio III, haciéndose feudatario de la Santa Sede; asunto éste muy diversamente juzgado, aunque hay que reconocer que su viaje tuvo importancia internacional extraordinaria.

Por vez primera, a su regreso de Roma, sonó en el Reino el grito de “unión”, de tan amplia repercusión en las posteriores etapas históricas, siendo obligado por los nobles a revocar los nuevos tributos de monedaje, que había establecido, para atender adecuadamente a su vida ostentosa.

El hecho más importante de su reinado fue la intervención en el sur de Francia, coincidente con la aparición de la herejía de los albigenses, la cual fue adoptada por el Conde de Provenza y gran parte de los nobles del Mediodía. La Cruzada predicada por Inocencio III, acaudillada por Simón de Montfort, fue derivando hasta adoptar un marcado carácter de lucha política entre el norte de Francia contra el sur, complicada además por las personales ambiciones de Montfort, que aspiraba a fundarse un Reino en el Mediodía francés.

En aquellas circunstancias, el monarca aragonés, como señor feudal, tenía que salir caballerescamente a la defensa de sus vasallos, contra el jefe de la Cruzada; pero su situación personal no podía ser más crítica ni difícil, dado que había recibido su corona del Papa, y aun se había declarado vasallo de la Santa Sede. De ahí sus incertidumbres y vacilaciones, intentando pactar con Montfort y con el Papa.

Tras de largas negociaciones, se llegó a un acuerdo, siendo prenda de garantía el proyectado matrimonio del heredero de Aragón, Jaime, nacido hacía pocos meses, con la hija de Montfort; Jaime, en efecto, fue entregado por Pedro II a Montfort, y, aparentemente solucionado el conflicto, el monarca aragonés acude en defensa de Alfonso VIII, peleando con denuedo y valor extraordinarios en la batalla de las Navas de Tolosa, que consiguió contener la invasión almohade.

Mas al regresar de la campaña, de nuevo tiene que hacer frente a los asuntos de Francia, ya que Montfort, no reseptando la capitulación concertada, había seguido avanzando hasta sitiar Tolosa. Todavía pretendió el monarca arreglar pacíficamente la cuestión, mediante el Concilio de Lavaux; pero al no llegarse a resultado alguno, no tiene más remedio que recurrir

a las armas, pese a la impopularidad de aquella empresa entre sus súbditos catalanes y aragoneses.

La batalla de Muret, en el año 1213, en la que murió Pedro II, abandonado de sus vasallos franceses, que huyeron a la desbandada, asestaba el golpe mortal a los derechos de los reyes aragoneses en Francia. Su hijo Jaime el Conquistador, reconoce en su Crónica, que Pedro II fue víctima en su actuación de las intrigas de los caballeros franceses, quienes le abandonaron, al fin, en la lucha, y afirma elogiosamente que su padre supo morir como tenían por costumbre los reyes de Aragón, sus antepasados.

Liquidada de hecho, con la derrota, muy poco después Jaime I terminará, oficial y definitivamente, aquella política, celebrando al tal fin la entrevista de Corbeil con San Luis IX, Rey de Francia, en la que se pactaba que tan sólo el monarca aragonés tendría bajo su dependencia a Montpellier —perdida también a poco—, el Rosellón y la Cerdaña. Estos dos últimos territorios habrían de permanecer unidos a España, hasta el final de la casa de Austria, con el tratado de Utrecht, de 1713.

El reinado de Jaime el Conquistador (79) es de los más sugestivos de la Historia de España, destacando la figura extraordinaria de este monarca, por su valor y energía, por la actividad incansable en sus empresas y por su carácter caballeresco, en el gran marco del siglo XIII, de interés excepcional en nuestra Historia, dado que fue el siglo de los grandes reyes, de las grandes conquistas, de las catedrales, de las Universidades...

Las relevantes cualidades del monarca, puestas a prueba desde que a los once años tuvo necesidad de reinar por sí, tras de la renuncia a la Regencia del Conde Sancho del Rosellón, hicieron que pesase en seguida en la política aragonesa, hallándose contextes las crónicas coetáneas en ponderar su don de gentes, su gallardía para atraerse al pueblo, su facilidad de palabra y su inteligencia.

Aquellas condiciones del joven soberano eran necesarias para enfrenar debidamente a la nobleza de Aragón, particularmente fuerte, más que en cualquier otro Estado, por tener a su lado al pueblo en la lucha contra el Rey, hecho que puede tener adecuada explicación por el carácter agrícola de la monarquía aragonesa, según explican Rosseew Saint-Hilaire y el barón de Tourtoulon.

Comprendiendo que para acabar con la anarquía nobiliaria era necesario reemprender la Reconquista, para que, al menos, le reconociesen todos como jefe militar, haciendo crecer su prestigio, no vacila en acometer el intento de apoderarse de Peñíscola y del Maestrazgo, aun a sabiendas de su imposibilidad material, pero lo emprende por móviles políticos, para ir desenga-

(79) CH. DE TOURTOULON, *Jaime I le Conquérant Roi d'Aragon* (Montpellier, 1863-67; 2 vols.); versión española.

ñando al pueblo, que acaba de ponerse al lado del Rey. La continuación de la Reconquista, era políticamente el único medio posible de tener paz interior, aparte de atender con ello a las aspiraciones populares; de ahí que su reinado sea una serie sucesiva de empresas guerreras.

Siguió también Jaime I la política de intervención en el Mediterráneo, legada de los catalanes, brillantemente llevada a efecto con la conquista de Mallorca, primer jalón para hacerse dueños los aragoneses del aquel mar. Con ello protegía el comercio catalán, cuyas relaciones con Italia se hallaban interrumpidas y constantemente amenazadas por las piraterías de los moros de las Baleares. Protector Don Jaime de las aspiraciones catalanas y como muestra, además, de agradecimiento al Principado, dado que en sus luchas con la nobleza, el pueblo catalán tomó decidido partido en su favor, emprendió aquella gesta, una de las páginas más novelescas e interesantes de su reinado.

Posterior a esta empresa fue la de la conquista del reino musulmán de Valencia, aprovechando las favorables circunstancias que concurrían para ello y encauzando con su personal impulso el verdadero estado de guerra existente entre Aragón y Valencia. La campaña, grandemente popular, interesaba por igual a aragoneses y catalanes y en ella pudo el monarca desplegar sus dotes admirables de buen guerrero en el campo de la lucha y de prudente gobernante en la capitulaciones concertadas y en la organización dada al reino valenciano.

El tratado de Almizra, concertado con Castilla, renovación de antiguos pactos, confirmación y aclaración de los de Tudillén y Cazola, cerraba la acción reconquistadora atribuída a la Corona de Aragón, cuya firmeza había de ser bien pronto puesta de relieve, por la lealtad del aragonés, al auxiliar a Alfonso X, apoderándose del Reino de Murcia, sublevado contra Castilla, y devolvérselo intacto.

Dejaba Don Jaime al morir una monarquía poderosa, con un pueblo entusiasmado por las victorias y deseoso de seguir una política de expansión; pero de las tres direcciones de la misma —el sur de Francia, la Reconquista y el Mediterráneo— se habían agotado en su reinado las dos primeras, quedando sólo como orientación adecuada la del mar, cuya ruta había señalado el monarca con la conquista de las Baleares. Esta política mediterránea de la casa de Aragón, seguida desde entonces, habrá de pasar a España en los tiempos de la Edad Moderna, implicando la intervención en Italia, continuada hasta el siglo XIX, en que todavía reinaban príncipes españoles en los Estados de aquella península.

Las circunstancias históricas por las que Italia atravesaba en este tiempo, obligó a dos príncipes españoles a intervenir en sus asuntos, Alfonso X de Castilla y Pedro III de Aragón. Aquél, por su indecisión y falta de ca-

La política mediterránea.

rácter, perdió todas las posibles ventajas, pero no así el Rey de Aragón, quien logró grandes beneficios.

La vieja lucha de gibelinos y de güelfos, el antagonismo entre los Hohenstaufen de Suabia y los Papas, de trágicos caracteres en la pugna entre Federico II e Inocencio IV, seguida de la de Conradino y Carlos de Anjou, liquidada en Tagliacozzo, originó por los esfuerzos de Juan de Prócida, la intervención de Pedro de Aragón, quien por su matrimonio con Constanza, hija de Manfredo de Nápoles, venía a ser representante de los derechos de Suabia.

Las famosas *visperas sicilianas*, coetáneas a la campaña militar de Túnez, por parte del aragonés, determinan la embajada de los sicilianos al monarca español ofreciéndole la corona y su aceptación por éste, quien recibido triunfalmente en Trápani, como libertador, es coronado Rey de Sicilia (80). El ejército de tierra y la flota aragonesa, al mando de Roger de Lauria, el primer marino de su tiempo, coadyuvan a la fácil expulsión de los franceses de la isla.

La caballerosidad de nuestro monarca, representante típico del soberano de los tiempos medievales, culminó en la legendaria empresa del reto de Burdeos (81).

Pero si la intervención en Sicilia no fue sino una sucesiva serie de triunfos, el subsiguiente conflicto internacional, a que tuvo que hacer frente, fue verdaderamente terrible, teniendo que luchar no sólo con Carlos de Anjou, quien contaba con los recursos de Provenza y de Nápoles, sino con Felipe III de Francia y su hijo el rey de Navarra, quienes recogen el anatema lanzado por el Papa contra Pedro III, dispuestos a conquistar Aragón para Carlos de Valois, segundo hijo del monarca francés.

La crítica situación de Pedro III había de llegar a su grado extremo, ante la defección de Jaime de Mallorca, quien dominaba los pasos del Pirineo y se declaró, en el conflicto, aliado de Francia, contra su hermano, y la actitud pasiva de los nobles y caballeros de Aragón y Cataluña, quienes consideraron la ocasión propicia para recabar sus antiguos derechos, negándose a combatir al lado del rey.

Pedro de Aragón sin contar con más fuerza a su favor que la famosa milicia de los almogávares, hizo frente al conflicto, tomando el collado de las Panizas, multiplicándose, creciéndose ante el peligro. El tesón del “caballero de Aragón y señor del mar”, como se complacía en llamarse el aragonés, consiguió al cabo hacer variar el curso de los acontecimientos, pese

(80) SANTIAGO MONTERO DIAZ, *Semblanza italiana de Pedro III de Aragón* (Madrid, 1941).

(81) F. SOLDEVILA, *Pere II el Gran. El desafiament amb Carles d'Anjou* (Barcelona, 1919).

a las victorias francesas en el Ampurdán, que registraron el heroísmo de la villa de Peralada y la rendición de Gerona. Los estragos de la peste, adueñada del ejército sitiador, obligó a los expedicionarios a emprender la retirada en el desorden más espantoso, pudiendo ver el rey antes de morir, en el año 1285, asegurada su dominación, ante el fracaso del intento de los franceses, que discernió al rey de Francia el dictado de “el atrevido”.

En su testamento, dividía el reino entre sus dos hijos mayores, adjudicando al primogénito Alfonso III, Aragón, Cataluña y Valencia, con el dominio feudal sobre las Baleares, y al segundo, Jaime, el de Sicilia.

La actividad del reinado de Alfonso III (82) está absorbida por la empresa de vengar a su padre de la traición del rey de Mallorca, para lo que se llevó a cabo una expedición de castigo, al frente de Roger de Lauria, apoderándose de aquellos dominios insulares; y por los intentos de solución pacífica del conflicto internacional, celebrándose al efecto las entrevistas y tratados de Olorón, Canfranc y Tarascón, consiguiendo en éste el monarca de Aragón, por parte del Papa, que levantase todas las investiduras y censuras que sobre su reino pesaban, pero a cambio de abandonar a su suerte a su hermano Jaime, rey de Sicilia.

Fue éste, Jaime II, quien le sucedió a su muerte, de acuerdo con el testamento de Pedro III (83). El nuevo monarca, incidiendo en la anterior política de su hermano, firmaba con la Santa Sede el tratado de Anagni, que abría nuevos horizontes en el Mediterráneo a la Corona aragonesa, pues a cambio de ceder sus derechos a Sicilia, reconociendo la soberanía de Carlos el Cojo, el Pontífice Bonifacio VIII, para resarcirle de aquel reino, le concedía la investidura sobre Córcega y Cerdeña, siendo en consecuencia este convenio la fuente de derecho de la monarquía aragonesa para la posesión de estas dos islas.

No resignándose los sicilianos a volver a depender de los franceses, reconocieron rey a Fadrique, hermano de Jaime II, pero éste llevó su sumisión al Papa hasta el punto de combatir contra él, por lo que recibió el título de “gonfaloniero” de la Santa Sede. La guerra entre ambos, militarmente indecisa, acabó con la paz de Caltabellota, que implicaba un reconocimiento en parte de los derechos de todos los contendientes implicados en el conflicto.

La novelesca expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, sobrevenida seguidamente, como consecuencia de la paz a tanta costa lograda, mar-

(82) L. KLÜPFEL, *Die äussere Politik Alfons III von Aragonien (1285-1291)*, Berlín, 1912.

(83) H. FINKE, *Acta aragonensia. Quellen zur deutschen, italienischen, französischen, spanischen, zur Kirchen und Kulturgeschichte aus der diplomatischen Korrespondenz Jaymes II (1291-1327)*, Berlín, 1908 (3 volúmenes).

caba el punto más avanzado de la ocupación aragonesa en el Mediterráneo. La embajada del Emperador de Constantinopla Andrónico Paleólogo a Fadrique de Sicilia, rogándole el envío de fuerzas, para hacer frente a la amenaza turca, llegó en ocasión propicia, al encomendar la empresa a los almogávares, inactivos por la paz concertada.

En número de 4.000 y al mando de Roger de Flor, embarcaron los expedicionarios, llegando a Oriente en el momento mismo en que los turcos se hallaban saqueando Anatolia. La acogida dispensada por los bizantinos al jefe de aquellas fuerzas libertadoras, fue verdaderamente extraordinaria, recibiendo Roger de Flor grandes honores y hasta emparentando con la familia imperial.

La campaña militar del Asia Menor, con las decisivas victorias de Esmirna, Filadelfia y Monte Tauro, eliminaba el gravísimo peligro corrido por el Imperio, siendo el caudillo de los almogávares promovido a la dignidad de César.

Peró la alevosa muerte de éste y de los catalanes que con él estaban, en el famoso banquete de Andrinópolis, felonía perpetrada por la proverbial mala fe de los bizantinos, determinó al llegar la noticia del suceso a conocimiento de los almogávares, la matanza general conocida con el nombre de "venganza catalana". Berenguer de Entenza, al frente de las tropas, se dirigió contra Constantinopla, llevando la guerra a sangre y fuego por las costas de la Propóntide y peleando con los turcos por cuenta propia. Las cuatro banderas de la Compañía catalana, al mando de Berenguer de Rocafort, extremean en Rodisco la venganza. Sobreviene seguidamente la discordia en el campamento, por las rivalidades entre Entenza y Rocafort, hasta la oportuna llegada del Infante don Fernando de Mallorca, enviado a Oriente como lugarteniente del rey don Fadrique.

Numerosas incidencias provocaron que la Compañía catalana, sin jefes, ofreciese sus servicios al duque de Atenas, en guerra entonces con el príncipe de Tesalia. Los combates victoriosos de Monte Pelio, Monte Ossa y Monte Olimpo, les hacen de hecho dueños de aquellos territorios, tan propicios a la guerra de guerrillas y, apoderándose del ducado, lo ofrecen como señorío al rey de Sicilia, quien adoptó, en efecto, el título de Duque de Atenas y Neopatria, enviando a gobernarlos a su hijo Alfonso. Pasaron estos Estados, al extinguirse la dinastía siciliana, a la Corona de Aragón y de ésta, aunque ya tan solo nominalmente, a la Corona de España.

La invasión de navarros, pretendiendo coronar rey de Albania al infante Luis de Evreux de Navarra, arrebató a los catalanes casi todo el territorio, hasta el punto de que Pedro IV sólo tuvo gobierno sobre las dos ciudades capitales. pero también éstas habrían de serle arrebatadas por la familia florentina de los Acciaiuoli. no quedándoles a los catalanes más que la Acrópolis ateniense. hasta que Juan I, más adelante, convencido de la imposibi-

lidad de conservar aquella avanzada oriental de sus dominios, cedió todos sus derechos a ellos, a su prima Elena de Cantacuzeno, aunque conservando el derecho a los mismos.

Como expresa Rubió y Lluch, a quien se deben muchos estudios sobre la influencia de los catalanes y aragoneses en Oriente (84), esta empresa no debe juzgarse como una aventura o simple hecho casual, sino que obedece al amplio plan, de tan vastos alcances, de la Corona de Aragón, en su afán de dominación del Mediterráneo, centro de la política de la dinastía catalano-aragonesa.

Otra fase de la citada política mediterránea fue la conquista de Cerdeña, cuestión complicadísima, que habría de absorber la atención de diversos reinados. Así como la ocupación de Córcega resultó fácil, la de Cerdeña, en cambio, fue acaso la más penosa, complicada y difícil de las que tuvo Aragón, costando su sumisión verdaderos ríos de sangre y teniendo todos los reyes que ocuparse en ella. Jaime II, Alfonso IV y Pedro IV mantienen la lucha, hasta que la definitiva victoria de San Luri, por Martín I, implicaba la completa dominación de la isla, la cual en adelante la mantendría con lealtad, hasta el abandono de la misma por España, en la paz de Utrecht, en el siglo XVIII.

La orientación mediterránea catalano-aragonesa, se manifestó también con pujante vida en los dos reinos mediterráneos, derivados de la misma: el de Mallorca y el de Sicilia, los que, por diferentes causas, reverteron a Aragón, en el reinado de Pedro IV.

Otra gran cuestión de la historia medieval del reino aragonés fue la nobiliaria (85). La nobleza aragonesa, que era acaso la más poderosa de todos los Estados europeos, comenzó a constituir grave problema en el reinado de Jaime I, en que tuvo lugar la iniciación de este proceso: pero este monarca, a fuerza de energía, consiguió vencer todas las resistencias, aunque al fin de sus días, en 1265, en las Cortes de Egea, concedió a los nobles grandes privilegios.

Pero a partir de este reinado, el poder de la nobleza aumentó considerablemente, debido a la serie de guerras en que se vieron envueltos los

La cuestión nobiliaria.

(84) A. RUBIÓ Y LLUCH, *Catalunya a Grecia* (Barcelona, 1906); *Athenes en temps dels catalans* (Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1907); *La població dels Ducats catalans de Grecia* (Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1907-8); *Els governs de Matheu de Moncada y Roger de Lluria en la Grecia catalana* (Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1912); *Significació de l'elogi de l'Acropolis d'Athenes pel rei Pere el Cerimoniós* ("Homenaje a Ramón Menéndez Pidal", Madrid, 1925).

(85) BOFARULL, *Proceso contra los nobles de la Unión aragonesa* ("Colección de documentos inéditos de la Corona de Aragón", tomo XXXVIII, Barcelona, 1870).

reyes de Aragón, quienes, en sus luchas, necesitaban de la nobleza, dado que ésta disponía del poder militar. Mas los nobles no prestan su ayuda a los reyes, sino a cambio de arrancarles grandes prerrogativas, acaso únicas en Europa. Como observa Giménez Soler, la nobleza aragonesa formó siempre un partido compacto en su lucha con la monarquía, contando además con el apoyo de las ciudades y del pueblo.

Se agudizó la lucha en el reinado de Pedro III, quien si bien inauguró, en este orden, su reinado, sometiendo con energía la oposición nobiliaria, ante las consecuencias de su intervención en Sicilia, tiene que apelar al auxilio de la nobleza, para defender el reino; en las Cortes de Tarazona, de 1283, exigen los nobles, del Rey, concesiones tan exorbitantes, que Pedro III se negó a concederlas, formando seguidamente aquéllos la Unión aragonesa, es decir, el pacto por el cual todos se consideraban solidarios ante el posible ataque real.

Trasladadas las Cortes a Zaragoza, cuando ya los franceses pisaban Cataluña, Pedro III no tiene más remedio que firmar el “Privilegio general” (86), tan alabado por los historiadores liberales del pasado siglo.

Aun más se agudizó la cuestión nobiliaria en tiempos de Alfonso III. La Unión aragonesa, perturbadora del reino, aprovecha todas las ocasiones para promover discordias, hasta que en las Cortes de Zaragoza, de 1288, el monarca se ve precisado a suscribir el llamado “Privilegio de la Unión”, de carácter esencialmente político, ante la amenaza de proclamar rey de Aragón al pretendiente Carlos de Valois.

Las libertades excesivas, reconocidas en él, no tienen parecido en ninguna constitución medieval, pero por fortuna, era inaplicable, puesto que de haberse llevado a realización cumplida, Aragón no hubiera salido de la anarquía; es preciso llegar a la Constitución que la Revolución francesa impuso a Luis XVI, para encontrar algo parecido a las disposiciones de este Privilegio.

La cuestión nobiliaria no ofreció caracteres de gravedad en los siguientes reinados de Jaime II —atraída su atención por otros asuntos— y de Alfonso IV el Benigno, pese a la perturbación del reino por sus deseos de reparto en favor de los hijos de sus dos matrimonios. El Privilegio seguía vigente, pero sin cumplirse.

La contienda se agravó extraordinariamente, llegando a su grado más álgido, en el reinado de Pedro IV, quien en su lucha con la nobleza desplegó una energía extraordinaria, llegando al fin a obtener la victoria completa de la monarquía sobre la nobleza, aunque valiéndose para ello de habilidad y astucia y apelando a todos los medios.

(86) V. DE LA FUENTE, *El Privilegio General de Aragón, base de la Unión* (Revista de España, 1881).

Estalló la lucha, en los comienzos del reinado, por las donaciones hechas por el monarca anterior y cobró impulso extraordinario por el problema sucesorio, al oponerse los nobles a la decisión del rey de nombrar heredera a su hija Constanza. La guerra de la Unión, en Aragón y en Valencia, terminó con la derrota de los unionistas y el triunfo de Pedro IV, quien en las Cortes de Zaragoza, reunidas al efecto, rasgó el Privilegio con su puñal.

Con todo, Pedro IV, hombre de sagacidad política, se limitó, tras de su victoria, a modificar los privilegios en la medida adecuada, quitando todo aquello que no podía subsistir, pero conservando algunas de sus positivas ventajas, como lo referente al cargo de Justicia mayor; de ahí que se haya sostenido por algunos historiadores que, en aquellas Cortes, salieron en realidad robustecidas las libertades de Aragón.

Otro de los hechos más interesantes de la historia de Aragón, es el llamado Compromiso de Caspe (87). Al morir sin descendencia legítima Martín I, surgió el conflicto sucesorio, resuelto por el Compromiso, cuya solución fue de importancia decisiva para la historia peninsular.

El compromiso de Caspe

Por virtud del mismo, vino a reinar en Aragón un príncipe castellano, Fernando de Antequera, identificándose entonces las políticas de los dos grandes Estados españoles, el castellano-leonés y el catalano-aragonés, pero en adelante los reyes de Aragón seguirán considerándose príncipes castellanos, interviniendo por tanto en la política de Castilla. En consecuencia, el siglo xv español implica una compenetración absoluta de los dos pueblos, lo que hará posible, en definitiva, la unión peninsular. La unión española arrancó realmente del Compromiso de Caspe, y conviene destacar cómo en la solución castellana del conflicto planteado, tomó parte muy activa Valencia, lo que se explica por su posición geográfica de reino intermedio, castellano y aragonés.

Por otra parte, es digno de resaltar, como ya lo hiciera Jerónimo de Zurita, que nunca, en la historia de ningún pueblo, rayó a tanta altura el sentido político y jurídico de un pueblo. En opinión del gran historiador de Aragón, el Compromiso es el hecho más importante de toda la Edad Media en España, después de la conquista musulmana; y es realmente admirable contemplar cómo en aquella época turbulenta, en que los derechos se resolvían por las armas, imperaron para solucionar pacíficamente el gravísimo conflicto, la prudencia política y el sentido jurídico, hecho sin igual en su tiempo.

Fernando I, aun sin olvidar su origen castellano, fue un verdadero rey de Aragón, digno continuador de la serie ilustre de sus antecesores en el trono. Consiguió asentar el dominio aragonés en Cerdeña y Sicilia, casi

La dinastía de Trastámara

(87) LEONARDO SANCHO BONAL, *Historia del Compromiso de Caspe* (Prólogo de A. Ossorio y Gallardo, Barcelona, 1912).

independientes, al amparo del interregno, y se consagró a la pacificación del reino, tras de la guerra insensata promovida contra él por su competidor, el pretendiente Conde de Urgel.

Los hijos de Fernando representan, en verdad, un positivo avance para conseguir la unidad peninsular, pues se dio el caso de que todos ellos reinasen en España: el mayor, Alfonso V, en Aragón, Juan II en Navarra, María reinó en Castilla como mujer de Juan II, y Leonor en Portugal, por su casamiento con el rey Duarte. Todos los tronos cristianos de la península estuvieron, pues, ocupados por los cuatro hijos de Fernando I, lo que hace que intervengan en relaciones más estrechas cada vez, sobre todo Castilla y Aragón.

El reinado de Alfonso, llamado el Magnánimo, sucesor en Aragón de Fernando I, es de los más interesantes de la historia española y de gran trascendencia, puesto que señala el comienzo del predominio, primero aragonés y luego español, en la península italiana, política que ocupará gran parte de la actividad de la Edad Moderna española hasta el siglo XVIII y aun llegando sus consecuencias hasta el XIX (88).

El rey Alfonso, con su conquista de Nápoles cierra brillantemente el ciclo de las conquistas aragonesas en el Mediterráneo, siendo el primer monarca español de política francamente internacional, el primero que fue eje de la política europea, marcando con su orientación la línea seguida después por Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II.

Una de las incidencias de su política italiana fue la memorable derrota de Ponza, en la que el monarca y su hermano el rey de Navarra, eran hechos prisioneros por el Duque de Milán. La repercusión de la misma nos evidencia la solidaridad ya existente entre Castilla y Aragón, dado que fue tan sentida en los territorios de la corona aragonesa, como en el reino castellano, en donde el marqués de Santillana escribía su "Comedieta de Ponza", fausto acontecimiento, por otra parte, para las letras castellanas.

Conviene destacar también, del reinado de Alfonso V, su intervención en Oriente, política igualmente de amplio alcance (89), en la que seguía la tradicional de la monarquía aragonesa y que más tarde habrían de continuar los reyes de España, en su lucha con los turcos. El único monarca europeo que se dio cuenta del peligro inmenso que para Europa entrañaban éstos, en su incontenible avance, fue Alfonso V. Comprendió que el gran poder

(88) A. GIMENEZ SOLER, *Retrato histórico de Alfonso V de Aragón* (Revista de Aragón, I, Zaragoza); *Itinerario del Rey Don Alfonso de Aragón, el que ganó a Nápoles* (Zaragoza, 1904); *Itinerario de Alfonso V de Aragón* (Zaragoza, 1909).

(89) FRANCISCO CERONE, *La politica orientale di Alfonso di Aragona* (Nápoles, 1903); J. MIRET Y SANS, *La politica oriental de Alfonso V de Aragón* (Barcelona, 1904).

de los turcos, en lucha con el Imperio de Constantinopla, no se contentaría con su destrucción y absorción, sino que tras del triunfo en Oriente, sobrevendría su expansión por Europa, muy difícil de contener, dadas las luchas internas constantes, en que las naciones cristianas se desenvolvían.

Su propósito era presentarles un frente único; al servicio de esta idea, puso Alfonso V todo su talento diplomático, concertando tratados numerosos con los soberanos balcánicos y del norte de Africa, para que, unidos al Imperio bizantino y a Aragón, ofreciesen resistencia adecuada. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, no consiguió nada, caso de ceguera verdaderamente imperdonable.

En la realización de su empeño, se esforzó por ayudar al último emperador de Constantinopla, Constantino XII, y gracias a las naves aragonesas, por él enviadas, pudo resistir algún tiempo más. En la heroica defensa de Constantinopla, se contaron, entre los que más lucharon, el Cónsul de Aragón, Pedro Julián, y Francisco de Toledo, capitán de aguerridos escuadrones aragoneses. Todos murieron en aquella postrera jornada del gran baluarte de la cristiandad en Oriente, que sucumbió al fin, ante el poder vistorioso de Mahomet II, Sultán de Turquía.

Desde aquella fecha, 1453, hasta su muerte, en 1458, Alfonso V realizó esfuerzos desesperados para rescatar Constantinopla, fracasando ante la indiferencia general europea. Su actividad encaminada a aunar todas las voluntades, para presentar una acción unificada de lucha, si fracasó entonces, habría de ser precursora de la gran política española de Carlos I y de Felipe II, que salvó a Europa, impidiendo fuese arrasada por los turcos, orientación transmitida a España por el Rey Magnánimo.

El sucesor de Alfonso V en sus Estados de Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares, Cerdeña y Sicilia, fue su hermano Juan II, rey de Navarra, padre y antecesor del Rey Católico, cuyo reinado es también —como el de Enrique IV en Castilla— el obligado antecedente, desde el prisma de la España oriental, para la debida comprensión del alborear de nuestra Edad Moderna.

c') *Las instituciones*

Las instituciones españolas de la Baja Edad Media, fueron de las más adelantadas de Europa. Téngase en cuenta que, en muchos sectores, fueron las nuestras, cronológicamente, precedente histórico de las de Inglaterra, país que pasa por ser de los de organización más perfecta. El estudio de las mismas reviste cada vez mayor interés y trascendencia, por la complejidad de sus aspectos y el amplio sentido que las mismas generalmente suponen.

La repoblación del solar nacional, paralela a la Reconquista, política admirablemente seguida, antecedente de nuestra acción en América; el Justicia mayor de Aragón y sus dos privilegios esenciales, la firma de derecho

y el de manifestación; la institución de las Cortes; el régimen municipal; los fueros y cartas-pueblas; la emancipación de los siervos; el Derecho, el estado social, la caballería, la cultura, las Universidades, el humanismo, las artes, la Iglesia, el régimen económico...; todas las manifestaciones en suma de la vida española, se hallan nutridas de poderosa y genuina savia hispánica, que en todos los órdenes de su actividad, dejó impresa, con indeleble impronta, las modalidades propias de su peculiar contextura.

III. LA POLEMICA INTERPRETATIVA

Aunque nos duela reconocerlo, el estudio de nuestro pasado histórico ha sido influido, durante largo tiempo, por un cúmulo de circunstancias adversas, que debemos examinar cuidadosamente.

Al tratar del hispanismo como nota antecedente de la exposición acometida del acontecer histórico, hemos tenido ocasión de aludir a ellas. Una historiografía de apasionados y violentos detractores, que inicia la leyenda negra, produce, por mimetismo o por rencores políticos emocionales, la larga cohorte de hispanóforos que mantienen, siglo tras siglo, el encono crítico contra España.

Lo que, en su origen fue miedo a la avasalladora política del Imperio, o despecho de los enemigos de la Casa de Austria, o una necesidad moral de defensa, se convirtió con el tiempo en una pasión tóxica que tergiversó torpemente el sentido real de nuestra Historia.

Los excesos fueron de tanto bulto que nació de los propios extranjeros una reacción reparadora. Pero estaba fundada en bases estrictamente científicas. Los hispanófilos alumbran verdades auténticas de nuestra Historia, antes oscurecidas o negadas, y contribuyen a robustecer la autoridad de los historiadores españoles que habían reaccionado valientemente contra la insidia seudohistoricista extranjera. Tales son, en líneas generales, los antecedentes más directos de la polémica, que vamos a analizar, siquiera sea someramente, para que podamos explicarnos el por qué nos separa a los españoles la interpretación del fenómeno histórico patrio.

LA LEYENDA NEGRA ANTIESPAÑOLA

Hasta épocas muy recientes, la visión de España por los escritores extranjeros, era completamente adversa. De dicha concepción participaron también algunos españoles, sobre todo desde que, con el advenimiento de la Casa de Borbón en el siglo XVII, penetraron en nuestra patria las corrientes francesas; y, por circunstancias que no son del caso exponer aquí, la orientación negativa de España, por oposición a lo que se entendía ser el

patrimonio tradicional hispánico, pasó a constituir, en gran medida, el ideario político de buena parte de nuestros liberales españoles, durante la centuria del XIX.

Convendrá que para la debida comprensión del proceso polémico, exponamos, a grandes rasgos, la génesis formativa de este criterio contra España, que habría de suscitar, naturalmente, la airada protesta de los amantes de las tradiciones patrias.

Desde luego, España antes del siglo XV, replegada en su solar patrio, no despertaba recelos de ninguna especie. Pero a partir de aquellos años, iniciadores de nuestra gran época, empezó a formarse en Europa una atmósfera de hostilidad manifiesta con relación a nuestro país.

Con los Reyes Católicos comenzó la política imperialista de España, la cual chocó, inevitablemente, con otros intereses contrapuestos, franceses especialmente. Aquella política suscitó odios; el crecimiento del poderío español, despertó envidias.

Además, la actividad diplomática de Fernando el Católico, creador de aquel imperialismo, con facetas tales como la anexión de Navarra y la conquista de Nápoles, en las que desplegó una política tortuosa, que, aunque muy extendida en su tiempo, de mala fe internacional —el siglo de Maquiavelo—, fue realizada por nuestro monarca del modo más señalado; por fuerza habría de concitar las naturales antipatías de los pueblos que estuvieron en relación con él.

Esta corriente antiespañola fue incrementándose en el siglo XVI, por efecto de formarse entonces el gran Imperio español. Los reyes de la Casa de Austria acentuaron, cada vez más, aquella política imperialista, y, en consecuencia, la prevención contra España fue creciendo también. La Casa de Austria peleó contra toda Europa y, naturalmente, tuvo enemigos en todas partes.

Felipe II fue el monarca que suscitó contra él mayor aversión entre los europeos. Téngase en cuenta, además, cómo dentro de aquella política de hegemonía española, hubo manifestaciones especiales de la misma, en dicho reinado, en los Países Bajos, por la violencia desplegada por el Duque de Alba, con sus represiones e intransigencias, que levantaron, tanto en aquel país, como en otros, un general clamor contra la actuación de los españoles, pasando España a ser objeto de manifiesta animadversión.

Por otra parte, todos los monarcas de la dinastía austríaca, se erigieron en adalides de la Iglesia católica. España se convirtió en perseguidora, en todas las latitudes, del protestantismo. Mas quienes vencen, en definitiva, en la gran contienda entablada en el mundo, con ocasión de la Reforma, fueron los protestantes, en la paz de Westfalia, y como es lógico, los pueblos vencedores, los países protestantes a quienes habíamos perseguido, tan tenaz-

mente y con tanto encono, fueron nuestros detractores, nuestros enemigos implacables.

Además, el excesivo poder de España, sus dilatados dominios, suscitaron envidias. A ello contribuyó también la colonización española, que fue dura —como todas—, pero que, en parte por los antagonismos de los que envidiaban nuestra hegemonía y en parte también por el acontecer natural de la actuación desplegada por un pueblo fuerte en tierras salvajes o semisalvajes, dio ocasión a los enemigos para hacer de ella una bandera de combate.

Hoy en día, todos los historiadores están conformes en que nuestra colonización no fue más brutal que la francesa, la inglesa, portuguesa u otra cualquiera, antes al contrario, es timbre de legítimo orgullo para el pueblo que la llevó a cabo; pero sí fue la que promovió más escándalo. La política colonial de nuestro Imperio, no exenta de errores, naturalmente, fue con gran avidez explotada por nuestros adversarios para combatirnos, a pesar de que en punto a demasías y atropellos coloniales, España fue mucho menos culpable que las demás potencias.

Y por si todo ello no fuera bastante, contribuyeron también algunos españoles a nuestro descrédito, dando con sus escritos armas a los extranjeros enemigos. Así, el célebre dominico Fray Bartolomé de las Casas, al publicar su famosa "Historia de las Indias", llena de recriminaciones contra nuestro sistema colonial, realizaba una crítica severísima contra los malos tratos que los conquistadores daban a los indios. Procedía Las Casas movido, ciertamente, por ideal humanitario, cristiano, bien patente; profesaba el sentimiento más puro de la fraternidad universal, y en nombre del mismo, exageraba las impurezas de la realidad de la colonización española, que tenía defectos indudables —ya lo hemos dicho—, por las naturales condiciones de los que la realizaban, por la dificultad de comunicaciones, etc., pero que al ser públicamente denunciadas por persona de tanta autoridad y tan conocedora de aquello, levantó contra nosotros una protesta general en toda Europa.

Otro español, Antonio Pérez, secretario que había sido de Felipe II, perseguido por el monarca, logró tras de las múltiples incidencias a que dio origen con su proceso y rebelión, huir al extranjero, y en su forzada emigración de París y de Londres, hallándose a sueldo de los monarcas de estos países, publicó en Londres, en 1594, con el seudónimo de "Rafael Peregrino", sus célebres "Relaciones", dedicadas al Conde de Essex, serie de artículos y escritos violentísimos contra el Rey, contra su política y la política española en general, revestidos en el elegante lenguaje renacentista, del que Pérez, hombre de gran talento, era muy versado. Con su obra, en la que daba rienda suelta a su deseo de venganza, añadía nuevas acusaciones calumniosas. Naturalmente, todos los enemigos de España, utilizaron con amplitud aquellos argumentos, para contribuir a nuestra difamación.

Otro escrito, finalmente, de mucha resonancia en el siglo XVI, fue el célebre “Manifiesto” o “Apología” del Príncipe de Orange, campeón de la insurrección de los Países Bajos, al que se debe la independencia de Holanda. El “Manifiesto”, lanzado por Guillermo de Nassau a los príncipes y potentados de Europa, en 1581, contra la proscripción decretada contra él por Felipe II, responde a la política de este monarca, al que acusa con los epítetos más denigrantes, respirando violencia y odio contra los atropellos perpetrados por los tercios españoles desmandados.

Lanzado en pleno fragor de la lucha religiosa, aparece cuando, con el apoyo de Francia e Inglaterra, se había ya iniciado con éxito la rebelión. Los guerreros de España, establecidos en Flandes, por obra de la guerra, habrían de ser, por fuerza, tan antipáticos a los naturales del país, como lo fueron los alemanes en Bélgica en 1914, o los franceses en España en la Guerra de la Independencia, o como lo son, en fin, todas las tropas de ocupación de cualquier país sometido contra su voluntad.

Pero aquellas acusaciones contra el Rey y contra los españoles, verdaderas calumnias, fueron acogidas y ampliamente difundidas, como otras tantas armas de combate, por los protestantes franceses, ingleses y alemanes, secundándolas y ampliándolas en las “Philippiques” y en las “Antiespañoles” de Clairry, Arnauld, Huraul de l’Hôpital y otros escritores.

A las alegaciones citadas, vinieron a sumarse las imputaciones, no menos gratuitas, de otro español, refugiado en Heidelberg, protestante y émulo de Antonio Pérez, Reinaldo González (Montano), contra la Inquisición española, libro que, publicado en latín, se tradujo al inglés en 1568, renovándose sus ediciones, hasta el punto de que todavía seguía imprimiéndose en Londres, en 1857.

Todo esto fue, como es lógico, echar leña al fuego, y así, gradualmente, llegó a formarse, en pleno siglo XVI, lo que llama Julián Juderías “la leyenda negra”, conjunto de cargos contra España, formando un verdadero “cliché” en el que aparece deformado enteramente el espíritu español, visión de España completamente denigrante, pues según esta interpretación histórica, los españoles hemos sido el pueblo más cruel de la historia, lo que se revela tanto en nuestras guerras como en nuestra colonización; el más fanático e intolerante en materia de ideas, de lo cual da fe el Tribunal del Santo Oficio; pueblo perezoso, indolente, incapaz para el trabajo, enemigo del mismo, inepto para la ciencia.

Mattien, Brantôme, De Thou y Leti, acogieron tales diatribas y especies en sus “Historias”, y así se constituyó la leyenda, cuyo desarrollo ha sido estudiado detenida y documentalmente.

Aún nuestra literatura y nuestro arte, que son los productos españoles más generalmente elogiados, las únicas manifestaciones que algunos enemigos de España respetan de nuestro país, también, según este concepto extremo,

son literatura y arte artificiosos, extremados, de mal gusto. Este criterio impera sobre todo en el siglo XVIII, en el que aparece claramente formada la leyenda negra, y se explica el hecho por ser una centuria netamente neoclásica, en contradicción con el espíritu español, genuinamente romántico.

Tal fue, en líneas generales, el patrón de España creado en el extranjero, con tintas más o menos negras, naturalmente, según los autores.

LA HISPANOFOBIA

Con arreglo a él, se formó, del siglo XV al XVIII, sobre todo en Francia e Italia, una literatura que podemos denominar hispanófoba, llena de invectivas contra los españoles; afianzada, en parte, por los viajeros que observaban y transcribían nuestras costumbres, muchas veces con prejuicios y ligereza notorias; así como también por los filósofos innovadores de la última centuria expresada, que nos combatían por sistema, al considerarnos el pueblo más acentuadamente tradicionalista y reaccionario.

Los dos elementos más persistentes en la formación de la hispanofobia fueron, en efecto, los viajeros extranjeros de nuestro país que, en el siglo XVII especialmente, exageraron las peculiaridades españolas, cultivando la nota pintoresca y haciendo manifestaciones sin el menor fundamento, y los filósofos enciclopedistas de Francia.

Viajeros de la índole aludida, los hubo en España desde el siglo XV, El anónimo "Peregrino de Compostela" fue el primero, el más antiguo que cita en su obra *Juderías*: las impresiones de su viaje contienen innúmeras falsedades. A partir de él, continuaron los dicterios, hasta formar una España grotesca y deformada. No todos los autores, claro está, procedieron así, pero casi todos ellos describen en sus relatos, no lo que vieron, sino lo que querían ver.

Fueron preferentemente franceses. Citemos, como ejemplo representativo, a Alcide de Bonnacasse, autor de un verdadero libelo, para quien ni había tierra en España, ni se podía comer, ni existía una mujer honrada...

Con menos saña, pero también con prevención notoria, los escritores políticos de la Corte de Luis XIII y los italianos contemporáneos, por las guerras mantenidas bajo Felipe IV, continuaron esta tradición, siendo quizá los más característicos de entre aquellos viajeros la Condesa de Aulnoy, que escribió unas interesantísimas memorias de su estancia en España, en los últimos años del reinado de Felipe IV y en el de Carlos II; los Marqueses de Villars; más tarde el Mariscal Grammont, etc.

La literatura polémica originada por la rivalidad política entre España y Francia, presenta entre los hispanófobos más caracterizados en siglo XVII, a Bessiano Arroyo, Jacobo Cassano, el anónimo autor de las "*Vindiciae Gallicae*" y Juan Chapelain.

En el último tercio del siglo XVIII está ya perfectamente constituida esta literatura antiespañola, escribiéndose algunas obras, que no son más que estudios sistemáticamente hostiles contra España. Podemos citar, entre otras muchas, la “Histoire philosophique”, de Raynal; la titulada “Viaje de Figaro”, del falso Marqués de Langle (90); el célebre artículo del abate francés Masson de Movilliers, inserto en la “Enciclopedia metódica”, en donde sostiene, en crudo, que España no había hecho nada por la civilización, y la del francés De Limiers, “Historia del reinado de Luis XIV” (91), recopilación igualmente de toda una serie de invectivas contra nuestro país.

En el siglo XVIII, además, surgió en Francia el movimiento de la Enciclopedia, de alcance revolucionario, para combatir las ideas, costumbres e instituciones a la sazón existentes. Aquellos filósofos enciclopedistas, para exponer sus tesis, tomaron a España como verdadera cabeza de turco —perdónesenos lo vulgar de la frase, en aras de su expresividad—, tratándonos con sin igual dureza.

Así Voltaire, al intentar combatir el predominio de la Iglesia católica, pretendiendo emancipar los espíritus de toda influencia religiosa, zahiere a España por su fanatismo; nuestro país, campeón que había sido de las ideas católicas, le inspira sus más rudos ataques.

Del mismo modo Montesquieu, para probar su doctrina de que el clima lo es todo en la obra de la civilización, divide a los pueblos en dos clases, los del norte y los del sur o meridionales, siendo éstos, en su sentir, fanáticos, indolentes, ineptos para la cultura, estacionarios, retrógrados, sensuales...; y pone como ejemplo típico de ellos a España, presentándonos como pueblo enteramente incapaz de progreso.

Al mismo siglo XVIII corresponden también muchos hispanófobos italianos, y se explica, en cierto modo, el hecho, pues éramos todavía en Italia, por nuestra persistente dominación, objeto de odios. Citaremos dos escritores representativos: Tiraboschi y Bettinelli. El primero (92) combatió nuestra literatura y nuestro arte, haciendo una crítica durísima de ambas actividades, acusándonos de haber introducido la afectación, el artificio, el mal gusto general, en la literatura europea, Bettinelli (93), siguiendo a Montesquieu, afirmaba que el clima de la Península inclina a las sutilezas, de tal modo que no podía haber en ella más que escolásticos, calificación des-

(90) 1784.

(91) Primera edición, 1717.

(92) *Storia della letteratura italiana* (Florencia, 1774 y sigtes.) y *Diario de Módena*.

(93) *Risorgimento d'Italia negli studi, nella arti, e ne'costumi, dopo il mille* (Bassano, 1775).

preciativa en aquel entonces, y declaraba que España era un pueblo holgazán, paralizado, acusándonos de indolencia, de odio al trabajo.

En el siglo XVIII llegó, pues, a su momento máximo, la leyenda negra, con arreglo a los caracteres extremos que apuntados quedan.

LA REACCION DEFENSIVA EN ESPAÑA

Aquellos ataques tan injustos, tuvieron su natural reflejo en España, y determinaron una lógica actitud defensiva.

Sin embargo, en el orden literario, algunos escritores españoles del siglo XVIII, influidos por el afrancesamiento general, propio de la época, y el academicismo neoclásico imperante, contribuyeron también a denigrar nuestro pasado, especialmente en la literatura, simpatizando con los detractores y burlándose de nuestros clásicos; como, por ejemplo, Moratín. Nuestro excelso comediógrafo, no comprendió el teatro español del XVII y se unió al coro de los debeladores.

Pero también en este orden, otros escritores, como García de la Huerta, uno de los pocos mantenedores de la tradición clásica, defendió calurosamente nuestra literatura del XVII, publicando violentos escritos (94), de controversia contra Tiraboschi y todos cuantos habían atacado a la literatura española. Replicaron los aludidos, contrarreplicaron los nuestros, y hubo así toda una literatura de polémica, originando multitud de trabajos, esparcidos en artículos, folletos y libros, acerca de los méritos y deméritos de España.

Pero dejando aparte el sector literario, hubo naturalmente, historiadores y literatos que se aprestaron a romper lanzas en defensa del pasado nacional. Recordemos de entre los escritos que en el siglo XVII se publicaron con ocasión de la polémica política entablada, el "Marte Francés", de Alejandro Patricio Armacano (95), el de Andrés Hoyo, el del Arcediano de Amberes Francisco Zypeo (96), el de Juan Jacobo Chiflecio (97), el de Fray Pablo de Granada; el primer libro de la *Política indiana*, de Solórzano, con toda la literatura defensora de la colonización española, que el autor cita y aprovecha; el interesantísimo opúsculo de Quevedo, "España defendida y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros y sediciosos" (98) y su "Carta a Luis XIII"; y el curiosísimo "Arbitro entre el Marte Francés y las Viadicias gálicas, respuesta por la Verdad, por la Patria y por los Reyes", que publicó en Pamplona, en 1646, Hernando de Ayora Valmisoto.

(94) *Theatro español...* (Madrid, 1785).

(95) Traducido al castellano por Sancho de Moncada.

(96) Amberes, 1640.

(97) Bruselas, 1645.

(98) 1609.

También debemos incluir en este grupo a Saavedra Fajardo, por sus obras “Idea de un Príncipe político cristiano, representada en cien empresas” (99), “Corona gótica, castellana y austríaca, políticamente consideradas” (100) e “Introducciones a la política y razón de estado del Rey Católico Fernando” (101); al doctor Carlos García, cuya obra se publicó, traducida al italiano, con el título de “Antipatia dei francesi e spagnuoli” (102); y a Juan Adam de la Parra, autor de la interesantísima “Conspiración herético-cristiana” (103).

Todos estos escritores rebatieron las grandes imposturas lanzadas contra España; pero sus polémicas, puramente políticas, no compensaron la indiferencia de los españoles, a la que opusieron los extranjeros, con el influjo de la pasión política y el prejuicio religioso, una perseverancia en la difamación de España, cuyos efectos habrían de alcanzar hasta épocas muy recientes.

En la centuria siguiente, destacaron, entre otros, el Padre Feijóo, el primero por orden cronológico (104); Juan Pablo Forner, que dedicó sus escritos a refutar muchos de los cargos de los extranjeros (105); el Conde de Aranda, quien a pesar de su marcado afrancesamiento, publicó una obra para combatir e impugnar “El viaje de Fígaro”, de Langle (106); Cavanilles (107) y Denina (108). Hasta la misma Academia Española anunció,

(99) Ediciones de Münster, 1640; Munich, 1640; Milán, 1642; Amberes, 1655; Amsterdam, 1658; Valencia, 1660 y 1675; Madrid, 1675 y 1689-90, y muchas más.

(100) Münster, 1646.

(101) Obras completas: ediciones de Alcalá de Henares, 1670; Amberes, 1681; Madrid, 1759, 1788, 1790, 1819 y 1853; Valencia, 1768 y 1772; tomo XXV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

(102) Edición castellana en el tomo VII de la colección de “Libros de Antaño” (Madrid, 1877).

(103) Traducción de Angeles Roda Aguirre, prólogo de Joaquín de Enrambasaguas (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1943)

(104) Dos discursos de *Glorias de España* (1730); *Mapa intelectual y cotejo de naciones* (*Teatro*, II, 1728); discurso *Amor de la Patria* (1728, tomo III).

(105) Por encargo del Conde de Floridablanca, publicó su “Oración apologética por España y su mérito literario, para que sirva de exornación al Discurso leído por el Abate Denina...” (Madrid, 1786).

(106) *Dénontiation au public du Voyage d'un soi-disant Fígaro en Espagne, par le veritable Fígaro* (Londres-París, 1785).

(107) *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article de la Nouvelle Encyclopédie* (París, 1784).

(108) *Réponse à la question “¿Que doit-on à l'Espagne?” Discours lu à l'Académie de Berlin dans l'Assemblée publique du 26 janvier de l'an 1786, par M. l'abbé Denina* (traducción española, por Urcullu, Valencia, 1786); *Cartas críticas para servir de suplemento sobre la pregunta “¿Qué se debe a España?”* (Madrid, 1788).

en 1785, como tema de su concurso, una “Apología o defensa de la Nación, ciñéndose solamente a sus progresos en las ciencias y en las artes”.

Por lo que respecta a las acusaciones contra la actuación de España en América, objeto preferente de las historias de Raynal y Robertson, encontraron su réplica en las “Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias”, del abate Nuix (109).

Añadamos también, muy especialmente, al jesuíta Masdeu, que dedicó sus trabajos a vindicar a España de los ataques injustos que se la dirigían, publicando con este motivo, en su destierro de Palermo, su monumental “Historia crítica de España y de la cultura española” (110), dedicada exclusivamente a recordar los servicios prestados por España a la civilización, demostrando cuanto nuestra nación había hecho por ella.

Merecen también especial mención las defensas de los Padres Mohe-danos, en su *Historia literaria de España* (111) y G. Torrubia (112), así como las obras de Juan Andrés (113), Lampillas (114), Tomás Serrano (115) y otros.

En la misma dirección reivindicadora, se halla la “Apología pro adserenda hispaniarum eruditione”, de García Matamoros, obra escrita en 1553 pero traducida al castellano en el XVIII por García de la Huerta.

Agreguemos, del mismo siglo, el tratado *De hispanorum literatura*, de Martín Panzano (116); las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, del P. Sarmiento (117), y la *Historia de España vindicada*, de

(109) Su título completo es el siguiente: “Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos. Para ilustrar las historias de MM. Raynal y Robertson. Escritas en italiano por el abate don Juan Nuix, y traducidas con algunas notas por don Pedro Varela y Ulloa, del Consejo de Su Majestad...” (Madrid, 1782). Su obra, aunque exagerada en ocasiones, por su criterio apoloético, todavía hoy —aseguraba Altamira— contiene consideraciones y datos que pueden ser utilizados con provecho; la mayor parte de sus argumentos se dirigen contra Las Casas, destacando atinadamente cómo los extranjeros que le utilizaron, tan sólo se interesaron en poner de relieve las acusaciones, y no la corriente humanitaria en que su obra se inspiró, que tanto debe honrar a los españoles.

(110) El tomo I de la edición italiana es de 1781; el de la edición castellana, de 1783. El volumen XX, último de la obra, se publicó en 1805.

(111) Segunda edición 1769.

(112) *La Gigantologia spagnuola vendicata* (Nápoles, 1760).

(113) *Lettera sopra una pretessa cagione del corrompimento del gusto italiano* (Cremona, 1776).

(114) *Saggio storico apologetico della Letteratura spagnuola. Dissertatione* (Génova, 1778-81); traducción española, 1782.

(115) *Super iudicio Hieronymi Tiraboschii de M. Valerio Martiali, L. Anneo Seneca, M. Anneo et aliis argentae aetatis Hispani* (Ferrara, 1786).

(116) Mantua, 1750.

(117) 1775.

Pedro Peralta Barnuevo (118). Cerremos esta lista con el gran político y escritor Jovellanos, quien publicó también defensas ardorosas de la España antigua (119).

LA HISPANOFILIA

Al comenzar el siglo XIX mejoró bastante el concepto que de España corría en el extranjero, merced principalmente a nuestra guerra de la Independencia, que promovió un movimiento general de simpatía, sentimientos unánimes de admiración hacia España, en los países de Europa; lo que fue motivado, en parte, por nuestro heroísmo, y en parte también, conviene reconocerlo, por el odio de las potencias contra Bonaparte, pesadilla de su tiempo. Esto nos rehabilitó de la mala fama que, en general, padecíamos más allá de las fronteras.

En Alemania, sobre todo, el entusiasmo por España fue verdaderamente celirante. Sabido es cómo la resistencia española impulsó el movimiento patriótico de la nación germana, levantada contra Napoleón. El filósofo Fichte, al encauzarlo debidamente, con sus célebres *Discursos a la nación alemana* (120), llamamiento de trascendental valor histórico y cívico, se inspiró precisamente en nuestra gesta de la Independencia y en la tragedia *Numancia*, de Cervantes; en la misma línea se colocaron otros grandes patriotas, como el Barón de Stein y Humboldt. También Inglaterra participó de análogos sentimientos, como lo atestiguan las *Cartas sobre la Revolución Española*, de Coleridge.

Pero de la misma manera que, por nuestra desidia e impreparación, no obtuvimos en el orden político el fruto debido a nuestro esfuerzo, tampoco fue causa eficiente la anterior para desvirtuar del todo la corriente adversa, puesto que al implantarse con Fernando VII la feroz pugna entre absolutistas y liberales, que llenan aquel reinado, de violentas reacciones, sobrevino la expatriación en masa de buen número de españoles, los unos por afrancesados, los otros por liberales, y el espectáculo de nuestra situación nos des-

(118) Lima, 1730. Su título completo es "Historia de España vindicada en que se hace su más exacta descripción, la de sus excelencias y antiguas riquezas, se prueba su población, lengua y reyes verdaderos primitivos".

(119) Ediciones de sus *Obras* por V. de Linares (Barcelona, 1839-40, 9 volúmenes); Francisco de Paula Mellado (Madrid, 1845-46, 5 vols.); edición de Logroño y Zaragoza (1846-47, 8 vols.); *Obras publicadas e inéditas*, de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra (por Cándido Nocedal, dos volúmenes, Madrid, 1858-59); nueva edición de Linares (Barcelona, 1865-66, ocho volúmenes); *Oraciones y discursos* (Madrid, 1880); *Colección de obras* (Barcelona, 1884); *Obras escogidas* de la *Biblioteca Clásica* (Barcelona, 1884, cuatro volúmenes), etc.

(120) Traducción castellana de Altamira (Madrid, La España Moderna).

conceptuó ante Europa, con harta razón, en aquella época crítica en que se asistía a la renovación más profunda, en todos los órdenes, renacida la esperanza tras del desastre de la guerra.

La actuación de algunos de los emigrados, en París y Londres, sobre todo, formando núcleos, publicando periódicos, significaba una protesta viva contra el orden español establecido; y algunos de ellos, llevados de la pasión, se dejaron arrastrar hasta hacer propaganda francamente antiespañola. De ahí que también hubiese en el siglo XIX detractores de España, influidos en su mayor parte por estas campañas que hicieron en el extranjero ciertos afrancesados. Podemos citar especialmente, de entre ellos, al célebre abate Marchena, de espíritu inquieto y gran humanista, que había vivido fuera de España desde antes de la Revolución francesa, siendo uno de sus protagonistas, quien escribió por este tiempo, en París, violentas diatribas contra la historia y la cultura españolas (121).

En consecuencia, volvió a haber movimientos hispanóforos, promoviéndose el recrudescimiento, nunca extinguido, del antiespañolismo, en algunos libros; y así, cuando el gran político e historiador Guizot, ministro de Luis Felipe, publicó su magna obra "Historia de la Civilización en Europa", pudo afirmar en ella —como los detractores de antaño—, que España no había hecho nada por la cultura del mundo, siendo, pues, uno de los historiadores más injustamente sistemáticos de la civilización española.

Recuérdese también, cómo algunos literatos franceses, viajeros por España, como Teófilo Gautier, Próspero Merimée y otros muchos, aun escribiendo, en general, con cariño, en sus obras de asunto español, exageraron el carácter local, desfigurándolo enteramente, por acentuar las pretendidas notas pintorescas; destaquemos, por ejemplo, la "Carmen" de Merimée, tan popularizada después en música por Bizet. Estas españoladas, aunque algunas de la mejor intención, unidas a los ataques por la actuación de España, fueron, por consiguiente, elementos que contribuyeron, sobre todo en Francia, buena parte de cuya literatura nos fue manifiestamente hostil, a intensificar la hispanofobia.

Pero, afortunadamente, hubo también, a la vez, otros elementos favorables a nuestro país. Incluso antes de la virulencia extrema contra España, autores tales como Grimm, De Vayrac, Orleans, Hermilly, Schotto, Alvares de Colmenar (122), Beaumarchais, los redactores de la efímera revista hispanófila "L'Espagne" (123) y otros muchos, escribieron razonablemente acerca

(121) *Discurso preliminar a las lecciones de filosofía moral y elocuencia* (París, 1820); reimpresso en el tomo II de las *Obras literarias de don José Marchena, recogidas de manuscritos y raros impresos* (Sevilla, 1896).

(122) *Délices de l'Espagne*.

(123) Publicada en 1774.

de España, contribuyendo a iniciar una lógica campaña hispanófila en el extranjero. Sus obras fueron ampliamente utilizadas por Feijóo y Masdeu.

La campaña no dejó de producir su efecto, dado que por otra parte, existían muchos admiradores de nuestras literaturas clásica y medieval, tales como Fielding, Grimmelhausen, Gestenberg, Gozzi, Heiberg, Herder, Keller, Lessing, Metastasio, Richardson, Southey, Wieland, Baretti, Thiek, Hoffman, Contessa, el propio Walter Scott, y muchos más, algunos de los cuales tradujeron obras españolas o reflejaron en sus escritos la influencia de Cervantes, del *Romancero* y de otras fuentes de nuestra literatura.

Pero, con todo, el factor primero y principal, el que nos puso más en boga en toda Europa, fue el hecho literario del Romanticismo, una de las corrientes literarias y artísticas más transformadoras de los tiempos modernos, cuyo apogeo puede fijarse en 1830 —primer tercio del siglo XIX—, en que se señala su triunfo, si bien anteriormente ofreció, como es lógico, atisbos y ensayos.

España contribuyó positivamente al triunfo del Romanticismo, por la obra de sus literatos del XIX, pero sobre todo por la influencia de nuestra literatura. Nuestros llamados clásicos, es decir, la literatura castiza de los siglos XVI y XVII, fueron en realidad románticos, como lo fueron también los clásicos ingleses en el teatro; románticos, en el sentido de opuestos a los idealistas, un tanto violentos, exentos de reglas, personalistas, lo contrario en suma de los clásicos franceses, siempre serenos, esclavos de las reglas preceptivas.

De ahí que, en general, prevaleciese en Europa, por dicho motivo, una corriente favorable a España, mantenida sobre todo en Alemania. Como la literatura española era genuinamente romántica, los alemanes se declararon campeones entusiastas de nuestra literatura, divulgándola por todo el mundo.

Cuando aquella corriente general romántica apuntaba en Europa, el matrimonio alemán Böhl de Faber, entusiasta del teatro de Calderón, realizó una activa propaganda en Alemania de nuestra dramática clásica y consiguieron, en efecto, que Calderón de la Barca fuese imitado, traducido y popularizado en su país. Y los hermanos Schlegel, el preceptista Augusto y especialmente Federico, en su "Historia literaria", estudiaron ampliamente a nuestro gran dramaturgo, poniéndole de moda en Europa, dándole a conocer a los extranjeros. En opinión de los escritores alemanes, Calderón se levantaba como una verdadera cumbre, sobre el páramo de la planicie europea, opinión extrema que no puede aceptarse hoy en día. Y, naturalmente, a través de aquél, inspiró simpatías España, por ser su patria.

También, algo después, otros alemanes, entusiastas de nuestro país, acometieron la empresa de historiar parte de nuestra literatura: Wolf se consagró a la poesía lírica, y Schack hizo lo propio con la historia de la poesía

dramática y la poesía y arte de nuestros musulmanes (124), facetas ambas que estudiaron con todo amor, procurando disculparnos de las diatribas lanzadas, resultando verdaderas apologías; y el Barón Alejandro de Humboldt acometió de igual modo, la reivindicación de los servicios prestados por los españoles en América (125) y la rehabilitación de la ciencia española, tan mal tratada por los extranjeros (126). La simpatía de Alemania hacia la literatura española, extendida luego a las restantes actividades culturales, ha continuado hasta nuestros días.

Este hispanismo o amor a España que, por la causa del triunfo del romanticismo, hemos señalado en Alemania, prendió también en todos los demás países, siendo el estudio de España, de su historia, de su arte, de su civilización, de su literatura, materia que ocupa a especialistas en las principales naciones, en todas las cuales existen centros de estudios hispánicos, clases y cursos de español y de las diferentes ramas especializadas de nuestra cultura.

En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Bélgica, en Dinamarca, etc., el hispanismo es materia científica de estudio y elemento de cultura. Los trabajos y esfuerzos realizados, muchos de ellos con el patrocinio oficial de los diferentes Estados, denotan la existencia de una solidaridad internacional, cada vez más firme. La animadversión hacia España quedó desterrada, y en el extranjero, lo mismo que en nuestro país, se estudia a España en el plano adecuado de la objetividad y de la comprensión histórica.

PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL

La polémica interpretativa de nuestra historia, descansa en buena parte en el pretendido estudio de la psicología nacional. Es evidente que existe un espíritu español, que se revela al correr de los siglos, manifestándose en ciertos rasgos comunes. Pero desgraciadamente la psicología española, el estudio del alma nacional, no ha sido hecho en firme nunca; primero porque no están estas disciplinas muy arraigadas en nuestro país, y en segundo lugar, porque es muy difícil hacerlo, puesto que los pueblos sufren modifi-

(124) Esta última obra, *Poesie und kunst der Araber in Spanien und Sizilien*, fue traducida al español por don Juan Valera (3.^a edición, Madrid, 1881).

(125) *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España* (1808).

(126) De su obra *Examen crítico de la historia de la Geografía del Nuevo Continente*, los párrafos sobre lo que se debe a los españoles en ciencias físico-naturales, fueron copiados por Menéndez y Pelayo en su estudio sobre *Los historiadores de Colón* (*Estudios de crítica literaria*, segunda serie, Madrid, 1895).

caciones profundas en su carácter, en su manera peculiar de ser, ya que no se trata de una orientación recta, seguida.

Tan sólo se ha abordado fragmentariamente, al través de libros de polémica, de estudios de carácter social o político, de obras de circunstancias y de impresiones de viajes, particularmente de los extranjeros, a los que les ha importado, acaso más, conocer el carácter español, que los propios hechos de nuestra historia. No está, por consiguiente, enteramente formada una psicología del pueblo español, pero sí existen ensayos numerosos sobre el particular.

Las polémicas internacionales, anteriormente aludidas, sobre cómo habíamos sido los españoles, hizo agudizar el ingenio de los extranjeros para atacarnos y de los españoles para defendernos.

Pero hubo una época muy reciente, el año 1898, en que se produjo el derrumbamiento del poder colonial de España, lo que originó una inmensa depresión en la colectividad nacional, por haber sido tan confiados en la lucha, tan desproporcionada, que emprendimos con los Estados Unidos. El despertar a la realidad de la derrota, fue verdaderamente espantoso.

Surgieron entonces pensadores, en todas partes, que se aplicaron a estudiar el caso de España, lo que habíamos sido y nuestra evidente decadencia. Fue aquélla una literatura pesimista, como la de todos los países en derrota, pero sumamente provechosa. Pusieron aquellos escritores sobre el tapete, pretendiendo valorarlos, todos los valores hispánicos.

Se publicaron multitud de libros y artículos, algunos de ellos muy notables, que vienen a ser, en su mayor parte, estudios de psicología española, destacando principalmente los de Joaquín Costa, el gran español, el vallisoletano Macías Picavea, Isern, Morote, Sales y Ferré, Unamuno... (127). Todos

(127) Principales obras de esta peculiar literatura. De las anteriores a 1898, citaremos : Joaquín Costa, *Historia de España. Una ley de nuestro pasado* (discurso inaugural pronunciado en el Congreso español de Geografía Comercial y Mercantil, 1883) ; Pompeyo Gener, *De la incivilización de España* (Barcelona, 1887) ; Lucas Mallada, *Los males de la patria y la futura revolución española* (Madrid, 1890) ; Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* (artículos publicados en 1895, en "La España Moderna") ; Angel Ganivet, *Idearium español* (Granada, 1897) ; Juan Valera, *Disertaciones y juicios literarios y A vuelo pluma* (1897).

También podemos incluir en este grupo, con la consideración, en cierto modo, de precursores de estas tendencias, al escritor Adolfo de Castro y Rossi, por su *Examen filosófico de las principales causas de la decadencia de España* (Cádiz, 1852 ; traducida al inglés, 1853), y la curiosa e interesantísima colección titulada *Los españoles pintados por sí mismos*, publicada por Ignacio Boix hace más de cien años, verdadera imagen derrotista de la España del siglo XIX, trazando sus colaboradores —García Gutiérrez, Duque de Rivas, Fermín Caballero, Estébanez Calderón, Gil y Zárate, Mesonero Romanos, Eugenio de Ochoa, Antonio Flores, Martínez Villegas, Vicente

estos autores compusieron obras muy distintas, siendo por lo general libros de circunstancias, de desigual valor político y social, sobre nuestra psicología, historia, carácter, etc., con la intención de comprender cómo pudo ocasionarse la depresión completa de nuestro espíritu, hasta culminar en la lamentable tragedia, que con su aldabonazo doloroso, repercutía en toda España. Acaso el estudio más psicológico sea, sin duda alguna, el del malogrado pensador granadino Angel Ganivet, *Idearium español*, publicado un año antes del desastre colonial, libro muy jugoso y hondo, en el que pretende recoger las ideas básicas que presiden el desarrollo del espíritu español al través de las épocas.

A esta misma literatura, aunque desde otro aspecto, corresponde una obra muy notable del profesor Rafael Altamira, quien supo conservar, frente al general desánimo, un optimismo con relación a España y una ecuanimidad verdaderamente excepcionales. En el mismo verano de 1898, cuando todo el mundo se expresaba en la forma más triste y despiadada, dando la impresión de que, al parecer, no había esperanza, compuso su *Psicología del pueblo español* (128), proclamando paladinamente los valores hispánicos, lo que

de la Fuente, Enrique Gil y Carrasco— el “manual del calumniador de sí mismo”, como la ha calificado José María de Cossío.

Posteriores a 1898: Ricardo Macías y Picavea, *El problema nacional* (1899); Emilia Pardo Bazán, *La España de ayer y la de hoy* (París-Madrid, 1899); Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España* (Madrid, 1899); Eduardo Ibarra y Rodríguez, *Las enseñanzas de la Historia ante el estado de España* (Madrid, 1899); Luis Morote y Greus, *La moral de la derrota* (Madrid, 1900); Directorio de la liga nacional de productores, *Reconstitución y europeización de España* (Madrid, 1900); libro realmente escrito por Costa, autor también de *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*, y el *Informe-resumen* sobre el mismo tema (Madrid, 1901); Damián Isern y Marco, *Del desastre nacional y sus causas* (Madrid, 1900); César Silió y Cortés, *Problemas del día* (Madrid, 1900); Gumersindo de Azcárate, *La Spagna dopo la guerra* (en *Riforma Sociale*, Torino, 1901); Manuel Sales y Ferré, *Psicología del pueblo español* (1902); Francisco Giner de los Ríos, *Problemas urgentes de nuestra educación nacional* (1902); Julio de Lazurtegui, *Un modelo para España* (Bilbao, 1902-3); Vicente Gay y Forniér, *Constitución y vida del pueblo español* (obra incompleta, de la que sólo se publicó el tomo I en 1905); Eloy Luis y André, *El histrionismo español*, ensayo de psicología social del pueblo español (Barcelona, 1906); Miguel de los Santos Oliver y Tolrá, *Entre dos Españas* (1906), colección de artículos y estudios muy notables; Rafael Padilla, *España actual* (1908); Ramón Sánchez Díaz, *Europa y España* (1910); Santiago Valentí y Camp, *Vicisitudes y anhelos del pueblo español* (Barcelona, 1911), con prólogo de Dorado Montero; Juan Guixé, *Problemas de España* (1912), *Idea de España* (1915), *La nación sin alma* (1918); Francisco de Asís Cambó y Batlle, *El pesimismo español* (1917); José María Salaverría, *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos* (Barcelona, 1917), etc.

(128) RAFAEL ALTAMIRA, *Psicología del pueblo español* (1.ª edición, 1902; 2.ª edición, Barcelona, 1917). Buena parte de dicha obra, publicada con el título de *El problema actual del patriotismo*, integró el discurso de apertura de curso en la Universidad de Oviedo, en octubre de 1898.

España había hecho y lo que podía hacer aún, visión consoladora, aunque en modo alguno aduladora, que representaba una nota, alentadora y discordante, en medio del pesimismo general.

No era, con todo, un estudio sistemático de las manifestaciones todas del alma española, pero en él se abordaba por vez primera, cómo nuestro país había sido visto por los extranjeros, los defectos y las cualidades que nos habían atribuido y el por qué de los mismos y se intentaba destacar algunos de los rasgos más acusados de nuestra psicología política.

Con posterioridad, se han escrito varios trabajos referentes al juicio que España ha merecido a los extranjeros. Hay que reconocer, en justicia, que éstos han hecho, a su modo, más psicología española que los españoles, porque el que viaja por un país desconocido, lo observa en su intimidad, encontrando matices en él que los connaturales, acostumbrados a la realidad en que viven, no pueden percibir. La mayor parte de las Historias de España escritas por los extranjeros, no son, en rigor, más que verdaderos ensayos de psicología nacional.

Tal sucede, por ejemplo, con la obra del inglés Buckle, *Historia de la civilización de Inglaterra*, cuyo tomo V quiere ser un estudio del carácter español, muy abultado, exagerado y erróneo, atribuyéndonos rasgos y defectos que han sido comunes a todos los pueblos, de los que ninguno puede realmente considerarse libre de pecado; verdadera caricatura de la historia y de la civilización española.

El portugués Oliveira Martins, en su "Civilización Ibérica", estudió también el carácter ibérico, tal como se desprende de sus hechos históricos, suponiendo un verdadero atisbo en muchas de sus consideraciones.

Martín Hume en su "Historia del pueblo español", cuya edición española se publicó con un pequeño prefacio de Unamuno, juntamente con un resumen muy interesante de nuestra evolución histórica, estudiaba con gran ponderación los rasgos característicos del alma nacional, tal como ésta se manifiesta en la historia, destacando, por ejemplo, nuestro regionalismo agudo, cómo tan sólo la unidad religiosa pudo hacer deponer las diferencias regionales, etc., consideraciones muchas de ellas oportunas y acertadas.

En algunas obras generales de psicología colectiva, se pretendió también incluir a España, pero sin la menor fortuna. Así, el pensador francés Alfredo Fouillée, en su "Bosquejo psicológico de los pueblos europeos", dedicó un capítulo, bastante superficial e inconsistente, a la psicología española.

De gran interés es, a este respecto, examinar los libros de los viajeros que vienen a España, sobre todo en los siglos XVIII y XIX, particularmente los franceses, que son los que más abundan. Siempre ofrecen observaciones sobre nuestra manera de ser, algunas estimables, otras —las más— superficiales en demasía, pero de utilidad indudable para estos fines.

El estudio de esta literatura es de gran valor. Sobre ella existen, funda-

mentalmente, los trabajos, ya clásicos, de García Mercadal, *España vista por los extranjeros* (129), resumen de todo lo que han publicado los extranjeros que han visitado España, y el de Julián Juderías, ya mencionado, *La leyenda negra*, defensa ardorosa de nuestra patria, frente a tantos conceptos absurdos con los que hemos sido presentados al público; siendo su autor hombre de gran cultura y con conocimiento de muchos idiomas, espigó considerablemente en todas las literaturas, ofreciendo una información muy interesante, por el gran caudal de noticias acumuladas, respecto al concepto que se formó de España en todos los tiempos y las cualidades nacionales, comparadas con las extranjeras.

Pueden citarse también las obras de Liske, *Biblioteca de viajes por España y Portugal*; los estudios de Farinelli (130), Foulché-Delbosc (131), etc.

Abad de Santillán publicó también una "Psicología del pueblo español" (132), bastante estimable, aunque ofrece el defecto de no documentar sus afirmaciones; intentó hacer un estudio sistemático de todos los rasgos del pueblo español, tal como se revelan en la literatura y en la historia.

También el profesor de la Universidad de Barcelona, Tomás Carreras Artau, abordó el tema, en su folleto "Sobre psicología colectiva hispánica", discurso pronunciado en el Congreso de Ciencias, celebrado en Valencia en 1910. Y el editor Bergua, en fin, intentó en 1934, realizar otro estudio de conjunto de "Psicología del pueblo español".

EL ENSAYISMO CONTEMPORANEO

Hemos aludido a la literatura polémica española, promovida por la honda huella del verano trágico de 1898. Convendría destacar, para la debida valoración de nuestro problema interpretativo, algunas de las más destacadas de aquellas producciones.

Ganivet. Aunque con anterioridad se habían publicado estudios estimables, como el del ingeniero y publicista Lucas Mallada, *Los males de la patria y la futura revolución española* (133); la polémica en torno a España cobró, de pronto, con la aparición de ese ser extraño y genial que fue Angel Ganivet, una dimensión filosófica.

Las principales figuras que, desde Masdeu, se habían enfrentado abierta-

(129) Tomo I, Madrid, 1918.

(130) *Apuntes sobre viajes y viajeros por España y Portugal* ("Revista crítica de Historia y Literatura", 1898).

(131) *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (París, 1896).

(132) Madrid, 1918.

(133) Artículos publicados en la "Revista Contemporánea", recogidos posteriormente en un volumen (Madrid, 1890).

mente en nuestra patria contra los ataques del seudohistoricismo extranjero, se apoyaban en la interpretación escueta de los hechos, tomados en su raíz documental. Pero Ganivet busca la raíz metafísica de España, lo que le hace prescindir de lo episódico, de la tramoya histórica. El *Idearium* (134), su obra cumbre, es un ahondamiento en el espíritu español, impregnado, quizá como ningún otro pueblo en el mundo, de la sustancia telúrica de su solar patrio.

“La evolución ideal de España —decía Ganivet— se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia, con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros” (135).

No es enteramente casual que sobre las ásperas y abruptas tierras peninsulares, se haya asentado este pueblo nuestro, producto étnico acabado de mezclas raciales explosivas, en cuyos cimientos ideales descubre Ganivet, como su elemento más característico, el estoicismo senequista. Y no es que lo inventara Séneca, afirma, sino que lo vio en el alma del español de su época, que lo recibiría sin duda alguna de aquella raza celtibérica que dio ejemplos impecederos de hombría en su larga lucha contra los romanos.

Si Ganivet representa el lado filosófico en la interpretación de nuestro pasado, Costa es el revulsivo que opera sobre las dormidas masas populares, buscando el alma del pueblo en las comarcas y paisajes más apacibles de la geografía peninsular, en los medios no contaminados por el caciquismo y la corrupción política.

Costa.

Con un ardor polémico desusado, denunciando abiertamente los males que dañaban el cuerpo y el alma de España, pedía para los españoles, escuelas y despensa, sabiendo, como Fichte, que la cuestión social es en primer lugar una cuestión pedagógica, y un problema de primaria equidad en la distribución de la riqueza.

Sus clásicos *slogans*, el de “Hay que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid”, especialmente, hicieron creer que estaba en contra de las glorias históricas patrias. Pero su pensamiento era bien otro.

Conocía profundamente y amaba la grandeza de España, pero era la suya una época de crisis interna, que había que superar acumulando toda la sana energía del pueblo en una labor abnegada de reconstrucción. Replegada en sí misma, España necesitaba olvidar su pasado esplendor, para dedicarse afanosamente a los menesteres de la paz.

Era el suyo un programa urgente de regeneración nacional, cuyas con-

Altamira.

(134) ANGEL GANIVET, *Idearium español* (1897, numerosas reimpressiones) y *El porvenir de España* (apéndice al *Idearium*) (Madrid, 1905; publicado con anterioridad en “El Defensor de Granada”).

(135) *Idearium*, pág. 34.

diciones esenciales habría de expresar también magistralmente Altamira, en conclusiones coincidentes con las de don Juan Valera.

Hay que restaurar, decía Altamira (136), el crédito de nuestra historia, para devolver al pueblo la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, aprovechando todos los elementos útiles que ofrece nuestra conducta de otro tiempo. Lo que importa es no creer en el fetichismo de las formas pasadas, no inmovilizarse, seguir “el sentido de la civilización moderna, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza”.

Al cabo del tiempo, estas palabras proféticas, no han perdido ninguna actualidad.

El vendaval pesimista de la generación del 98 (137), que tuvo la virtud, justo es reconocerlo, de avivar la adormilada conciencia de nuestro pueblo, no encontraría una fórmula más eficaz de regeneración nacional que el programa propuesto por Altamira, quizá porque éste era entre todas aquellas grandes figuras del pensamiento español, coetáneas y posteriores —Ortega, con su inquieto y profundo magisterio filosófico; Unamuno, con su robusta raíz celtibérica; Maeztu, y los demás insignes estilistas del idioma—, la única que no estaba contaminada de pesimismo.

Una de las figuras que con más ahincado pesimismo fustigó los vicios de la sociedad española, fue el catedrático de enseñanza media de nuestro Instituto de Valladolid, Macías y Picavea.

En la breve existencia de este gran pedagogo, cuya importancia no ha sido valorada con entera justicia, ocupó un lugar preferente en sus estudios y meditaciones, la postración a que había llegado el pueblo español.

Macías y Picavea, con una fría agudeza, pasó revista a todos los males que aquejaban a la vida nacional: la paralización del progreso, el exceso de retórica, la atrofia de las corporaciones públicas, la incultura, la incivilidad y demás lacras que enumera, una a una, con una precisión descorazonadora.

Su análisis de la enfermedad española era clarividente y, cuando menos, tuvo la virtud de ponerla al descubierto. Pero su pesimismo no le dejaba ver las reservas morales que, aún en su época, tenía España para incorporarse a la marcha de las demás naciones europeas.

De todos modos, su obra, al igual que la de los escritores del 98, fue, aunque parezca paradójico, esencial, fundamentalmente constructiva.

Maetzu Ramiro de Maeztu, que había sentido la preocupación angustiosa por

(136) *Psicología del pueblo español*, 2.^a edición, págs. 210 y sgte.

(137) Son fundamentales, para su debida valoración, los estudios recientes sobre la generación del 98, de Melchor Fernández Almagro y de Pedro Laín Entralgo (este último, publicado en Madrid, 1945).

España, desde su primer libro, al percibir la crisis del mundo espiritual europeo —*Crisis del Humanismo*—, no vacila en tratar de inquirir la verdadera esencia nacional, descubriéndola al fin, tras de penoso recorrido, en su *Defensa de la Hispanidad*, consagrada en buena parte a destacar la tarea misionera de nuestra patria.

El propio Ortega superó también su etapa juvenil de pesimismo, y de vuelta de las escuelas filosóficas alemanas, se encaró con la realidad española para esbozar esos indicios geniales que afloran en los breves estudios que componen la *España invertebrada* y que merecían, desde el punto de vista historiográfico, un desarrollo más amplio, más ambicioso.

Ortega.

El hecho cierto es que, inmediatamente después de la *débacle* histórica, las propias figuras de la generación del 98 o, por lo menos, las más representativas, rebasan el clima pesimista, para alinearse al compás de los acontecimientos del reinado de Alfonso XIII y de la segunda República.

Otras figuras contemporáneas

En ese período relativamente pacífico de nuestra historia —porque no hay que olvidar que durante el mismo se suceden acontecimientos tan trascendentales en la marcha de la humanidad, como el triunfo de la técnica con sus implicaciones sociales, la revolución rusa y la primera guerra mundial—; en ese período, tan breve y tan fecundo, sin embargo, aparecen las obras capitales de mentes hispánicas tan relevantes como Menéndez Pidal (138), el propio Ortega y Gasset, Unamuno y Marañón.

Actualidad polémica.

El Movimiento Nacional del 18 de julio dio un giro a la Historia de España, en el cual nos encontramos. Si nos atenemos al criterio metodológico, sentado por nosotros al comienzo de este trabajo, faltos de verdadera perspectiva, por estar en él implicados, no podemos hacer, hoy por hoy, el examen de un período que todavía vivimos.

Pero el problema de España sigue apasionando los ánimos, dando origen a publicaciones y estudios, más numerosos y de calidades cada vez más acusadas. De una manera parcial, aparece en obras generales, algunas importantísimas, como las de Menéndez Pidal, Sánchez-Albornoz (139), Madañariaga y Américo Castro (140); y en su aspecto de implicaciones y sugerencias del mayor valor, conviene citar también la polémica en torno al problema de España, de tres personalidades destacadas de la hora actual, Calvo Serer, Laín Entralgo y López Ibor (141), así como a Julián Marías, quien en su

(138) Prólogos a la *Historia de España* por él dirigida, recopilados en *España y su Historia*. La caracteriología del español, que figura en el vol. I, avalada con gran acopio de testimonios históricos, habrá de ser considerada como clásica, durante mucho tiempo.

(139) *España, un enigma histórico* (Buenos Aires, 1956, 2 tomos).

(140) *España en su historia* (Méjico, 2.^a edición).

(141) RAFAEL CALVO SERER, *España sin problema*; PEDRO LAÍN ENTRALGO, *España como problema*; JUAN JOSÉ LOPEZ IBOR, *El español y su complejo de inferioridad*.

último libro, *Los españoles*, publicado en este mismo año, analiza agudamente los frutos espirituales del más reciente y palpitante período de nuestra Historia.

IV. ESQUEMA VALORATIVO

A) *Bases para una interpretación histórica*

En el estado actual de la ciencia, de una gran fluidez doctrinal, toda interpretación histórica entraña un riesgo polémico. No lo eludimos en modo alguno, pero debemos sentar previamente las líneas generales que, a nuestro juicio, deberá ofrecer una interpretación de la Historia, a la luz de las modernas corrientes filosóficas e historiográficas.

La quiebra de un orden pacífico, que tenía por base el hombre en sí, son sola su razón, y la creencia en un progreso constante, ha impuesto también el descrédito de las ideas filosófico-históricas de los siglos XVIII y XIX, que buscaban explicar el curso de la humanidad, de acuerdo con pretendidas leyes rectoras. La inmensidad de la crisis moderna ha hecho que el hombre sienta un tremendo vacío ante las sombrías perspectivas de un porvenir incierto.

García Morente nos ha referido en su memorable discurso, cómo el hombre sin Dios, encarnación de la soberbia científica del pasado siglo, ha vuelto los ojos hacia lo alto, para encontrar en él su camino de salvación.

De la misma manera, el pueblo español necesitó hacer acopio de energías, ayudado por la providencia divina, para encontrar el camino de su verdadera historia, enraizada en el destino común de la cristiandad. Nuestra historia más próxima, tibia aún de dolorosas memorias, es un ejemplo que nos muestra palpablemente un designio providencialista en el acontecer histórico, que nos redime de los errores y de la desnuda aridez del racionalismo, incapaz de alumbrarnos ningún horizonte en las grandes épocas de crisis, cuando el espíritu se siente sobrecogido ante la inestabilidad de las instituciones y de la propia vida.

Entonces se advierte claramente lo aventurado que resulta para el hombre querer señalar cauces al destino de la humanidad y la falacia de la razón para aprisionar, con su frágil lógica, los imprevisibles e inescrutables hechos de la Historia. Como dice García Morente: "Sustituir la providencia divina, con su dimensión de infinita fecundidad, por un esquema racional más o menos ingenioso, es como matar la vida o como reducir a geometría la riquísima variedad de las formas naturales. Por amplias y flexibles que sean las mallas del esquema racional, nunca podrán caer en ellas las inimaginables posibilidades que nos ofrece la realidad histórica" (142).

(142) García Morente, pág. 15 del Discurso.

En este criterio del ilustre filósofo se encuentran los elementos necesarios para fundamentar una posición que, aceptando como base suprema de toda humana interpretación el providencialismo histórico, nos permita utilizar los dones de la inteligencia, que recibimos de Dios, para el esclarecimiento de los hechos, hasta allí donde la razón humana pueda alcanzar, deduciendo del pasado de cada pueblo su posible proyección histórica, que es el contenido propio, sin más vanidades ridículas, de la Filosofía de la Historia.

Con esta guía, que nos abre un camino de seguridades, podemos remontar el hilo de la peripecia del pueblo español en el pasado, buscando en lo más íntimo de su esencia, de lo que le da carácter, estilo, personalidad, y le diferencia de otros pueblos, su razón de ser en el futuro, sus posibilidades de pervivencia para cumplir la misión a que ha sido destinado por Dios.

Y una tal Filosofía de la Historia de España, nos obliga a inquirir la esencia de lo español, que ha sido definido con indudable fortuna por una palabra de hondas resonancias espirituales, lanzada primeramente por Zacarías de Vizcarra y popularizada por Ramiro de Maeztu: Hispanidad (143).

Es indudable que la idea hispánica aparece en germen, formándose en nuestra historia más remota, pero adquiere madurez y significación durante el reinado de los Reyes Católicos, cuando el alma española se desborda por el ancho mundo e imprime en la Historia la huella de un estilo de vida y civilización peculiares, que constituyen todavía hoy una reserva moral de incalculable eficacia para el mundo atribulado de nuestros días.

Bajo Isabel y Fernando, la idea española se hace dinámica y se vierte hacia fuera, con un impulso genético de asombrosa fecundidad. España se convierte en creadora de pueblos, en hacedora de historia.

Y al hacer historia y crear nuevos pueblos, lo hace a su imagen y seme-

(143) RAMIRO DE MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad* (Madrid, 1934); MANUEL GARCIA MORENTE, *Idea de la Hispanidad* (Buenos Aires, 1938; tercera edición, Madrid, 1947); JUAN FRANCISCO YELA UTRILLA *El problema de la Hispanidad* ("Revista de la Universidad de Oviedo", 1941, páginas 5-29); ANTONIO J. GUTIERREZ MARTIN, *¿Qué es la Hispanidad?* ("Ejército", Madrid, 1941, págs. 27-29); LUIS MARICHALAR, VIZCONDE DE EZA, *El concepto de Hispanidad* (Conferencia, Madrid, 1942); JOSE IGNACIO ESCOBAR, MARQUES DE LAS MARISMAS, *La Hispanidad ante el actual momento histórico* ("Revista de Estudios Políticos", Madrid, 1943, págs. 163-178); B. W. DIFFIE, *The ideology of Hispanidad* ("Mid-America. An historical review", Chicago, 1943, págs. 457-482); SANTIAGO ANDRES ZAPATERO, *Del Imperio Español a la Hispanidad. Breves reflexiones sobre la historia imperial de España* (Barcelona, 1950); F. MAYAN FERNANDEZ, *El sino de la Hispanidad. Análisis de las fuerzas ideales y de los fundamentos de la actuación de España en el mundo* (Madrid, 1943); PIERRE JOBIT, *Initiation à l'Espagne, Hispanité, Chrétienté* (Barcelona, 1945); RAFAEL GIL SERRANO, *Nueva visión de la Hispanidad* (Madrid, 1947).

janza, como una parábola de la voluntad divina, y les da su lengua, su religión, su cultura, su arte, su espíritu. Es maravillosa la aportación del hombre español en esta hora crucial de nuestra historia, animada de increíbles e insospechadas energías.

Pero no cabe considerarlo aisladamente, porque ha nacido dentro de una colectividad, recibiendo su esencia, su estilo, su alma; de modo, que al materializar en obras de arte, de cultura o de fe su yo creador, está influido de la sustancia de su propio pueblo, en el que también influye, a su vez, como artista o como científico. La historia de un pueblo quedaría incompleta si se desgajara de ella todo cuanto ha creado el hombre en el campo de las Bellas Artes o de la ciencia, ya que un excesivo afán de especialización nos conduciría a fragmentar el contenido de la historia, cuya visión auténtica sólo es posible contemplándola en su conjunto, concibiéndola en su unidad, y únicamente así, nos dará la medida de su grandeza.

De ahí que, en rigor científico, consideremos equivocada la idea de una historia del arte español, del derecho, de la filosofía o de la economía, aunque sea defendible su existencia por necesidades pedagógicas, puesto que la historia de las instituciones, de las artes, y, en general, de cualquier manifestación de la cultura española, forma parte, esencial e integrante, de la historia general de España.

B) *Consideraciones para la valoración de la Historia y el problema de España*

Permitidme que esboce ahora —como consecuencia y corolario de cuanto llevo dicho, interpretando el fenómeno histórico que es España a través de su acontecer humano, con las influencias y limitaciones a que lo condicionó el medio— unas consideraciones valorativas que nos aclaren las sombras y misterios que velan las sibilinas respuestas de la Historia.

Apelamos a la serenidad y al desapasionamiento en la apreciación de los acontecimientos históricos, como obligada premisa para formular un juicio exacto, que no es necesariamente ecléctico, sino la reflexión capaz de la mente para ponerse en el sitio justo, en el de la realidad histórica, aunque a veces no concuerde con nuestro idealismo.

La primera idea clara que debemos considerar, para no importa qué formulación crítica, es la certeza de que nos enfrentamos con la vida y milagros de un gran pueblo, con un pasado a sus espaldas rico en peripecias, tan viejo como la Historia, continuamente ensalzado, combatido, menospreciado...

Seamos ante todo comprensivos. Los que nos alaban y los que nos denigran, convengamos en ello, operan siempre sobre aisladas parcelas his-

tóricas, que pesarán más o menos, ciertamente, pero que no valen, por sí solas, para un juicio universal.

Lo que nos duela por un lado, por lo que nos agrade del otro, hemos de ser solidarios de todo nuestro pasado, de la larga, profunda y tumultuosa historia de España.

Reconozcamos los errores cometidos, las grandes y pequeñas afrentas nacionales; aceptemos, de mejor o peor talante, las críticas y las exageraciones de los que nos denostan; ponderemos en todo lo que vale, esa legión de hispanistas eminentes, que han reconocido las viejas virtudes españolas, antes incluso que nosotros mismos.

Parafraseando la metáfora de un historiador francés de Luis XI, podríamos colocar nuestras buenas y malas acciones históricas en uno y otro platillo de una balanza ideal, con la seguridad de que habría de señalar, a la postre, que somos, que hemos sido un gran pueblo.

Es ésta una idea que debemos analizar cuidadosamente, porque quizá radica en ella la clave de nuestro destino.

* * *

Convengamos también, modestamente, pero con toda sinceridad, que no hemos escrito aún la verdadera Historia de España. De ahí que nuestro pueblo nos sea desconocido, en gran medida, en sus raíces auténticas. Y ese desconocimiento es propicio para favorecer la aceptación general de una imagen que está a cien leguas de la realidad histórica.

La buena voluntad de los hispanistas no basta para llegar a la entraña misma del ente hispánico, no sólo por falta de datos, sino también porque el pueblo español no se deja captar fácilmente. Hay que ser un verdadero iniciado en estas materias, para sorprender su alma, tan singular y compleja.

Hay que rehacer la historia de España desde su base, con verdad objetiva y sin clarines épicos. Para ello necesitamos acometer urgentemente la investigación documental, a fin de encontrar los materiales que han de servir a la reconstrucción histórica de nuestro pasado.

Desde el año 1842 hasta el 1896, la erudición española, digna heredera de las generaciones anteriores, publicó la importante *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España e Indias*. De 118 volúmenes consta la obra, de trascendental importancia para nuestra historiografía.

Pero, aunque no se trata de publicación única, pues son varias las empresas acometidas de esta índole, sus beneméritos coleccionadores, no hicieron, en rigor, más que abrir brecha en nuestro riquísimo venero documental. Por fortuna para los estudiosos, todavía quedan hoy en nuestros archivos y bibliotecas millares de legajos, códices, infolios, etc., con innumerables

manuscritos inéditos, en donde duerme el sueño del olvido la historia de España auténtica y verdadera, exenta de fábulas y de mentiras, de dicterios y de culpables omisiones o maliciosos engaños.

Sin apasionamiento de ninguna clase, nadie negará hoy en el mundo culto, que desde la Protesta de Lutero a la paz de Westfalia, no hay suceso importante alguno en el mundo civilizado que escape a la influencia de España, quien actuó provocándolos en ocasiones, resistiéndolos otras, obrando tenaz y penetrantemente siempre. Durante una época, la historia del mundo entero fue sencillamente un capítulo de nuestra historia nacional, siendo las victorias y las derrotas de España a modo de cauces por donde desembocaron en la Edad Moderna las naciones europeas.

Todo esto que constituyen ya afirmaciones inconcusas, aceptadas por la crítica imparcial, mal se compadece con el estado de letargo y abandono en que yacen en el olvido nuestros riquísimos tesoros documentales. Importa, pues, reaccionar contra esta general tendencia, para reconstruir nuestra historia, extirpándola de las concepciones erróneas, infiltradas en la manera de tratar nuestras etapas históricas más genuinas.

En esta línea de trabajo fue intentada, con la colaboración de nuestra Facultad y del Archivo de Simancas y bajo el patrocinio de la Academia de Estudios histórico-sociales de Valladolid, otra colección documental, con el título genérico de "Archivo Histórico Español", de la que se publicaron cinco volúmenes de 1929 a 1932, y que debería continuarse, generosamente impulsada, por responder la misma a la evidente necesidad de que los investigadores tengan a su alcance los materiales auténticos del vivir español de nuestra gran época.

Mas como el pueblo español escribió las páginas de su historia en todas las latitudes, es preciso que busquemos también en los archivos y depósitos extranjeros de fuentes, los testimonios que nos hagan falta para completar la estructura del edificio histórico que debemos levantar entre todos, porque es la obra común de las generaciones que nos precedieron.

* * *

El pueblo español, que sólo en contados períodos de su historia —admitámoslo— ha tenido clases dirigentes verdaderamente capaces, posee virtudes raciales que no hemos valorado siempre con la debida justicia.

Generalmente, al enjuiciarle, incurrimos en el manido tópico de sus defectos. Hasta su individualidad, que es consecuencia de una poderosa vida interior, la apreciamos negativamente, sin parar mientes en que esas terribles individualidades hispánicas han sido protagonistas de las más grandes empresas colectivas.

Durante mucho tiempo, la superficialidad, incluso en historiadores de

cierto renombre, ha sido el denominador común de muchas interpretaciones de nuestra historia, especialmente en sus fases críticas. En todas ellas el prestigio del pueblo español sale malparado, como salía Don Quijote de manos de yangüeses, venteros, galeotes y demás malintencionados que encontraba en su camino.

De la misma manera que no es posible juzgar la grandeza de nuestro heroico caballero, por las menudas incidencias a que daba lugar su trato con gentes de bajas pasiones, tampoco los fracasos, las derrotas y los errores de nuestro pueblo pueden servir para enturbiar o menospreciar su historia.

La mera apariencia no basta para juzgar los hechos históricos, y menos el acontecer de un pueblo cuyos gobernantes, aun contando y en número no escaso con figuras eminentes, de valor excepcional, no han estado generalmente a la altura moral de sus súbditos.

Una de las características más acusadas, que se observa ya en la historia de los primitivos pueblos hispánicos, es la carencia de verdaderos caudillos. En esto concuerda la historiografía clásica, bien puesta a contribución por Menéndez Pidal. El caso excepcional de Viriato, confirma la regla.

“Así —dice nuestro gran crítico— el principal valor que era visto en los hispanos al iniciarse el Imperio, residía ya, como después, en el pueblo mismo, o sea en la colectividad, que desarrolla alguna alta iniciativa bajo oscuros dirigentes; pueblo valioso, aunque mal jerarquizado, aunque torpe para la confederación; superando difícilmente estos defectos, él es el que realizó los grandes hechos simbolizados en los doscientos años de resistencia, que nunca podremos personificar en una figura de nombre glorioso, sino en los anónimos capitanes caídos sobre el mustio collado de Numancia” (144).

A pesar, pues, de la relativa parvedad de mentes directoras, el pueblo español, en aquella, como en todas las épocas, ha escrito páginas inmarcesibles, con la sangre y el esfuerzo de los héroes anónimos.

La guerra de la Independencia es el ejemplo más típico a este respecto. Sin rey y sin gobierno, que no sólo no se hallaron a la altura de las circunstancias del momento, sino que hasta hicieron traición horrenda a la causa de España, en un reinado de claudicaciones y desdichas, la comunidad española entera, con verdadera unanimidad nacional, no vacila en enfrentarse con aquel invasor, coloso del siglo, que la había menospreciado, al juzgarla sólo por la bajeza moral de la Corte que estaba al frente de sus destinos. Este fue el error de Napoleón, del que se confesaría arrepentido más tarde, en su famoso “Memorial de Santa Elena”.

¿Quién iba a suponer, por otra parte, que la sociedad española de Carlos IV sería capaz de producir aquel movimiento popular que se enfrentó a las fuerzas invasoras venidas de Francia? Pero el hecho es que del fondo

mismo del pueblo, no contaminado por la impiedad ni el relajamiento moral, surge impetuosamente una fuerza arrolladora, insospechada, con la violencia característica de las razas fuertes, que bate en Bailén al mejor ejército de la época. Los improvisados soldados, los guerrilleros españoles, los “garrochistas” andaluces, héroes de la jornada, sobrepujan y obligan a capitular, sin condiciones, a las disciplinadas huestes francesas, vencedoras de Europa. El suceso alcanza resonancias universales y el patriotismo de los pueblos oprimidos se apresta a mover sus peones de ataque contra Napoleón, el genio de la guerra, porque los españoles habían demostrado que la “Grande Armée” no era invencible.

Una vez más producíase el milagro español. Como expresa admirablemente Menéndez y Pelayo, “nunca, en el largo curso de la Historia, despertó nación alguna tan gloriosamente, después de tan torpe y pesado sueño, como España en 1808”. “Pero ¡qué despertar más admirable! —prosigue el maestro—. ¡Dichoso asunto en que ningún encarecimiento puede parecer retórico! ¡Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia; asperezas del Bruch, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los nueve mil, tan gloriosa como la que historió Jenofonte!... ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe y prenda de victoria para el que sobrevive?” (145).

Hemos aludido y ensalzado las virtudes cívicas de nuestro pueblo en determinados momentos cruciales de su historia. Su reacción, a menudo heroica, es un mentís rotundo a las falsas apreciaciones de algunos historiadores, que toman como ejemplo, con culpable ligereza, los períodos históricos decadentes. Es ésta una postura, que incide en el tópico de la leyenda negra, lo cual está absolutamente reñido con el rigor científico de la historia moderna.

No puede generalizarse mirando sólo los acontecimientos en que el pueblo español desempeña un papel pasivo: unas veces, por simple apatía; otras, por haber prendido en él la desidia y la corrupción de los malos gobernantes.

La Historia, sin embargo, nos ofrece ejemplos bien aleccionadores. Podría servirnos como punto de referencia, para demostrar el error de las visiones superficiales de nuestro pueblo, el reinado de los Reyes Católicos.

Remontémonos por un momento a contemplar el panorama histórico de la Castilla de Enrique IV. Una nobleza turbulenta, dirimía en luchas intestinas la pervivencia de privilegios feudales; se hallaba relajada la disciplina eclesiástica, vendida la justicia, y en las clases bajas coexistían la

(145) MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, segunda edición refundida, tomo VII, págs. 7 y sigtes.

miseria y la abyección más absolutas. Nada estaba seguro sobre el viejo solar castellano.

Y en estas circunstancias críticas, adviene al trono la reina Isabel. Asombra pensar el talento, la energía y perspicacia políticas que hubo de desplegar la gran Reina para mantener sus derechos y para enderezar la nave de aquel Estado en bancarrota. Pero, probablemente, los mejores deseos, las realizaciones políticas más perfectas, sus ideales religiosos más elevados, no hubieran podido prosperar de no haber contado con un material maleable: el pueblo español.

Cuando la corrupción se extendía a todas las clases sociales, y el noble, y el plebeyo, y el clérigo, y el letrado, se miraban en el ejemplo del Rey Impotente, y no había en la Corte castellana hueco alguno para la virtud y para la viril entereza, en el fondo del pueblo estaban latentes las viejas energías raciales.

La quiebra de las clases elevadas, cuya nobleza, en buena parte, era hija de las mercedes con que premiaron los Trastamaras el partidismo en la contienda civil, no llegó a alcanzar por fortuna el alma colectiva de Castilla. En su obra "Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Isabel", el Marqués de Lozoya nos ofrece una visión animada del ambiente de lujo y poderío en que se desenvolvía la nobleza, a expensas de las dejaciones de los Reyes: "En Castilla —afirma—, las circunstancias en que asciende a la realeza la Casa de Trastamara aumentan extraordinariamente el poder, la riqueza y el influjo de la alta nobleza, pues la nueva dinastía, de tan dudosa legitimidad, empleó como uno de los medios más eficaces para su consolidación el repartir pródigamente tierras, señoríos y juros, no sólo para ganarse amigos con las mercedes, sino, sobre todo, para ligar poderosos intereses a su fortuna... Introdujose en Castilla por entonces la jerarquía nobiliaria del centro de Europa, tardía floración de un feudalismo que nunca arraigó en tierras castellanas, y los señores de muchos vasallos comenzaron a obtener de los reyes licencia para titularse duques, marqueses, condes y vizcondes. La institución de mayorazgos se fue haciendo cada vez más frecuente y contribuyó a consolidar y perpetuar la riqueza en las grandes familias. Los castillos adquirieron prestancia palaciana, unas veces conteniendo el palacio, con su patio de complicadas arquerías y sus maravillosos artesonados mudéjares dentro de las viejas murallas, como en el castillo de Escalona, que fue de don Alvaro de Luna, o el de Cuéllar, de don Beltrán de la Cueva; otras veces fundiendo ya el palacio y el castillo, en un mismo impulso constructivo, sin que sea posible precisar si torres, matacanes o barbacanas, se emplean como gala o como defensa, como sucede en Coca, de los Fonseca; en Manzanares, de los Mendoza, o en Belmonte, de los Villena. También en las ciudades tenían los grandes señores palacios suntuosos en que los esplen-

dores del último gótico se complican con las tracerías moriscas. Son cada vez más frecuentes los torneos, en que se agota el ingenio en la invención de cimeras, de motes, paramentos y divisas, las justas y los saraos, y aun algunos señores, como un lujo supremo, comienzan a coleccionar en sus bibliotecas códices miniados” (146).

La reina Isabel fue la voluntad poderosa y fecunda que galvanizó las energías subyacentes. En contraste con la debilitada naturaleza del hermano, mezcla de groseras desviaciones y de tendencias artísticas acusadas, Isabel, mujer de auténtica raíz femenina, encarna el sentimiento de dignidad de Castilla.

Nos hallamos en las postrimerías del Medievo. El viejo sueño de Reconquista no se ha desvanecido. El mismo Enrique se puso al frente de una expedición en 1465, con propósitos de desalojar a los musulmanes de Granada; pero no había consistencia en el empeño, y todo fue puro artificio, en consonancia con el apocado ánimo de sus componentes.

La consumación de la Reconquista era una empresa para otro temple de soldados, que sólo se forjaría bajo la égida de un poder real fuerte, que resultó providencial en la historia de nuestro pueblo.

Isabel la Católica domina los reductos feudales de la nobleza levantisca, instaura la disciplina en las costumbres, vigoriza la hacienda, eleva la condición de los humildes y hace sentir a grandes y pequeños el peso de su fuerza y de su justicia.

La reconstrucción del Estado es vital para España, diríamos que es la premisa política necesaria para que su expansión geográfica se haga conciencia y realidad históricas, que no había podido tenerla ni bajo la dominación romana, con su servidumbre a un poder extranjero, ni bajo el dominio godo, ni en las etapas subsiguientes, con la tendencia desintegradora del feudalismo.

Gracias a ella, la España inconcreta, dividida y turbulenta de la Edad Media, pudo arribar felizmente a la otra orilla de la Historia, para incorporarse a la singladura del mundo moderno, que de seguida empujaron los vientos helénicos del Renacimiento, y para colocarse en vanguardia de las nuevas nacionalidades.

Los Reyes Católicos hacen posible el viejo anhelo medieval de la Reconquista y, al mismo tiempo, sientan las bases de la unidad española. Su obra fue tan gigantesca que, aun hoy, vivimos a expensas de lo que ellos crearon. La misma incorporación de Portugal al destino hispánico, bajo Felipe II, fue consecuencia de su política de matrimonios, que la muerte del príncipe don Miguel malogró en su momento propicio, abortando uno

(146) JUAN DE CONTRERAS, MARQUES DE LOZOYA, *Los orígenes del Imperio: La España de Fernando e Isabel*, Madrid, 1939, págs. 24 y sigtes.

de los grandes caminos para la peninsularidad nacional. Y después de la efímera unión portuguesa, ya ningún cambio fundamental sobre la inmensa piel de toro hispánico, en la que nos hemos refugiado, tras de derramar quijotesicamente por el mundo, las esencias civilizadoras y cristianas que anidan en el alma de nuestro pueblo.

Los Reyes Católicos fueron, pues, una cima que marcó el nivel posterior de toda la historia española. Lo asombroso es que pudiera subirse tan alto, partiendo de la ciénaga política en que se debatía el Reino en los últimos años de Enrique IV; que de la fragmentación del poder, se pasase a la integración total del mismo, en las fuertes manos reales; que un Estado medieval y turbulento, se convirtiese, como por arte de magia o encantamiento, en un Estado moderno, con las puertas abiertas a las corrientes renacentistas.

El reinado de los Reyes Católicos, que da a España su definitiva unidad, tiene en el pueblo castellano, salido del marasmo y del oprobio en que le sumiera el desdichado desgobierno del último de los Trastamaras, uno de los principales pilares del naciente Estado.

Pero esta transformación honda, trascendental y definitiva, que parece puro milagro, no es un hecho aislado o único en la historia del pueblo hispánico.

La España desangrada en la guerra de Sucesión, con un poderío minimizado por el tratado de Utrecht, consigue en el espacio de cuatro breves años, bajo la dirección del ministro Julio Alberoni, cauto y perspicaz, apoyado en la mejor escuela de gobernantes españoles, una fortaleza, un vigor, que le permite acometer la conquista de Cerdeña y Sicilia, provocando el pánico de las cancillerías extranjeras, que creían haber reducido a la impotencia el temple heroico de nuestros viejos tercios. Experto conocedor de las energías de la raza, puso a contribución todos los recursos nacionales, y de nuevo el pueblo español, bien administrado, con probidad e inteligencia, renacía de su letargo, recobraba toda su pujanza, haciendo necesaria la alianza de las principales potencias de Europa, para conseguir el abatimiento de nuestra improvisada grandeza.

No es necesario multiplicar los ejemplos. Esto quiere decir simplemente que en las ocasiones en que España tuvo a su frente gobernantes capaces de compenetrarse con su pueblo, poniendo a contribución debida las energías de su vitalidad vigorosa, resplandecieron las virtudes raciales en una medida que apenas si tiene parangón en la Historia.

Permitidme que vuelva otra vez a tomar por base, para mis disquisiciones, a nuestro famoso hidalgo, cuyo espíritu se fraguó en la austeridad de la gran llanura manchega. Salió sólo, desde un lugar ignorado, a enderezar entuertos por el ancho mundo. Y como su lucha estaba por encima de las

mezquindades políticas, de su tiempo y de todos los tiempos, tuvo que inventarse a Dulcinea, la dama de sus pensamientos.

Mucho antes, el cantor de la vida y milagros de otro caballero castellano, el Cid, exclamaba en son de queja: “¡Dios, qué buen vassallo si oviesse buen señor!” (147).

Pues bien, ésta es la queja constante del pueblo español, en todas las épocas.

* * *

La expansión de las ideas políticas que nacieron con la Revolución francesa y que condicionan el desarrollo histórico del siglo XIX y parte del XX, introdujo también en España la división y el antagonismo ideológicos.

La sumisión general al poder del Estado en la Edad Moderna, igualaba a todos los súbditos. No había opiniones distintas respecto al modo de llevarse los negocios públicos. Ese quehacer les era ajeno. Fue el constitucionalismo contemporáneo el que les echó sobre los hombros la carga, para la cual no todos estaban preparados. Esta natural impreparación de las masas, esta falta de criterio propio en los individuos, determinó que el régimen de partidos estuviese sostenido por la pasión, más que por las ideas. El encono ideológico de unos y de otros llegó a negar las más claras virtudes raciales de nuestro pueblo histórico.

Se impone una rectificación a fondo. Lo que somos, lo que es nuestro pueblo en este momento de su historia, es consecuencia de lo que hemos sido a lo largo del tiempo. Lo reconozcamos o no, nuestro presente está determinado por la suma heterogénea de éxitos y de fracasos, de culturas y sangres diversas, que se han ido decantando siglo tras siglo. No podemos dejar de ser solidarios con el pasado, so pena de negarnos a nosotros mismos.

Nos guste o no, es un legado irrenunciable, que actúa sobre el hoy histórico, en una medida más importante de lo que creemos.

* * *

A lo largo de la peregrinación histórica, del examen del acontecer español en su génesis formativa, bajando desde los remotos orígenes hasta la confluencia genial que se produjo por el matrimonio de Isabel y de Fernando, haciendo realidad el viejo sueño de la monarquía visigótica, hemos señalado,

(147) *Poema del Mío Cid*, cantar I, 3.

ton obligada síntesis, la serie de acontecimientos y vicisitudes que se sucedieron en nuestro país, hasta desembocar en la fusión política más resonante del siglo xv.

Es indudable, a poco que ahondemos en el proceso unitario de la famosa diarquía —el “tanto monta” de las inscripciones—, que para llegar a esta concentración de reinos y para que fuera viable históricamente, tenía que asentarse sobre la base de elementos afines.

El poder o el prestigio de los reyes, por sí solos, no hubieran sido suficientes para lograr la adhesión de pueblos heterogéneos. Por encima de las diferencias históricas que los separaban, había una unidad superior que los comprendía a todos. Es precisamente ésta la característica más esencial de España, abarcando bajo tal denominación a la totalidad de los territorios y de los pueblos peninsulares.

La diferenciación interna de las comarcas, de una variedad extrema, no afecta a la consistencia de su maciza unidad peninsular. Como tampoco las diferencias regionales niegan el fondo unitario de la raza española, como afirman la mayor parte de los antropólogos modernos.

Desde fuera de nuestro ruedo ibérico, la unidad hispánica se percibe con más nítida claridad. Desde los tiempos de Roma, los extranjeros la han señalado con absoluta unanimidad.

El grado de cohesión de esta unidad es tan elevado, que no sólo impide que se diluya en las culturas que penetran en la Península, sino que imprime su poderosa huella en los pueblos que la han conquistado. El ejemplo más concreto —ya lo hemos señalado— es Roma, cuyo siglo I después de Cristo se impregna del carácter, de las esencias vitales de España, a través de sus emperadores, filósofos y poetas.

Y cuando, formada la nacionalidad, el espíritu español trasciende más allá de sus fronteras, deja también en las tierras más diversas la impronta de su viejo estilo unitario, que se refleja magníficamente en las manifestaciones culturales de Hispanoamérica, donde el barroco español se universaliza.

La españolización de Carlos V, rey flamenco, ¿no es una muestra elocuente del influjo del espíritu hispánico?

De una parte, España asimila las culturas de los pueblos foráneos, e imprime en ellos su poderosa personalidad; de otra, en la época de su plenitud hegemónica, de los grandes descubrimientos geográficos, al propagar por vastas y lejanas tierras la civilización cristiana, lo hace con un sello genuinamente propio, que perdurará indefectiblemente, a pesar de todas las contingencias históricas.

Por mucha sangre indígena que haya en los pueblos de la América española, y no obstante los largos años de independencia, se reconoce en todos ellos, con sus vicios y virtudes, la vieja estirpe hispánica.

Es ésta una singularidad histórica que, después de Roma, sólo se ha dado en una colonización (148) como la nuestra, de la que, aparte sus yerros conocidos, nos debemos sentir orgullosos.

Estamos lejos de caer en la tentación de exaltar un fácil patriotismo, pero debemos rechazar de plano cualquier inducción pesimista.

España tiene una gran tradición, y páginas imperecederas de la historia de Occidente se han escrito con la sangre y el espíritu de su pueblo. Ha tenido, como es lógico, sus períodos de decadencia, esa especie de cansancio histórico que gravita a veces sobre los grandes países. Pero, como comprueban los tratadistas de geografía humana, no hay nada que indique que España sea un pueblo gastado, decaído.

Esa Europa que se está formando, todavía sin nosotros, debe a España —así lo reconocía paladinamente en su tiempo el gran hispanista francés Morel-Fatio—, el que cerrara, mediante ocho largos siglos de lucha, el camino a la expansión de los árabes, y salvase en Lepanto a la cristiandad toda, sin cuyas premisas históricas no se podría hablar ahora en las cancillerías de integración ni de unidad europeas.

Nos atreveríamos a asegurar que Europa, sin España, no sería Europa del todo. Porque esta comunidad política que se perfila en lontananza, y que será, a no dudarlo, uno de los acontecimientos capitales de nuestra época, es hija de la civilización occidental, en la que trascienden, además de las virtudes y cualidades específicas de otros pueblos —el cartesianismo galo, el idealismo filosófico alemán, el renacimiento de los italianos—, algo que es genuinamente nuestro, el sentido quijotesco, el misticismo literario, la dignidad humana que hay en el fondo del individualismo hispánico.

Cualesquiera que sean las dificultades con las que debemos enfrentarnos, estamos seguros que España, como lo hizo en sus épocas históricas más gloriosas, sabrá superarlas con la fe, la abnegación y el coraje de sus hijos, para dar continuidad a su pasado, por una ruta acaso nueva, insegura, incierta, pero también fascinante, como lo han sido todos los cambios de rumbo en la historia de la humanidad.

Para este quehacer, ni estamos cansados ni somos viejos. La idea de perfectibilidad de la especie humana es, pese a todos los grandes cataclismos históricos, una constante en la que debemos creer. Somos un pueblo en marcha, poseedores de una gran cultura, de una gran tradición, y tenemos la misma aptitud que cualquier otro para la vida civilizada. Y este mirar

(148) Empleamos el vocablo en su más amplio sentido, aunque compartimos con Ricardo Levene y otros historiadores hispanoamericano, la inexactitud del mismo, aplicado a la acción de España en América.

hacia el futuro, que vamos llenando día a día de sustancia actual, en los trabajos, las ideas y los sentimientos de hoy, cualquiera que sea el camino u orientación de España, no se perderá, si lo ensamblamos fuertemente con el pasado, la sal, la originalidad, el sentido y el espíritu de nuestro genio histórico.

HE DICHO

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN:	
El tema elegido: la Historia y el problema de España	9
I. EL MEDIO GEOGRÁFICO	13
II. EL ACONTECER HISTÓRICO EN SU PROCESO FORMATIVO	18
Notas previas:	
A) Grandeza y servidumbre de la Historia	18
B) La influencia extranjera en los estudios de nuestra Historia	22
La trayectoria histórica	23
A) Occidentalismo prehistórico	23
B) La Antigüedad	29
1. Protohistoria: indigenismo autóctono	29
2. Aportaciones orientales a la cultura hispánica: las colonizaciones	32
3. El intento de dominación militar de Cartago	34
4. Provincialismo romano	35
5. El Cristianismo en España	40
C) El Medievo	41
1. La España germánica	41
2. La España musulmana	43
3. La España cristiana	47
a) Alta Edad Media	47
b) La Gran Reconquista	53
a') La Monarquía castellano-leonesa	53
b') La Corona de Aragón	64
c') Las instituciones	79
III. LA POLÉMICA INTERPRETATIVA	80
La leyenda negra antiespañola	80
La hispanofobia	84

	<u>Págs.</u>
La reacción defensiva de España	86
La hispanofilia	89
Psicología del pueblo español	92
El ensayismo contemporáneo	96
IV. ESQUEMA VALORATIVO	100
A) Bases para una interpretación histórica	100
B) Consideraciones para la valoración de la Historia y el problema de España	102
INDICE	115

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO DE APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO 1962-63, DE LA UNI-
VERSIDAD DE VALLADOLID, EL 3 DE
OCTUBRE DE 1962, EN LOS TA-
LLERES DE LA EDITORIAL
"SEVER-CUESTA", DE
VALLADOLID

